

MI BOCA CONTARÁ

הועתק והוכנס לאינטרנט
www.hebrewbooks.org

ע"י חיים תשס"ט

Cuentos recopilados

por el Rabino Efraim Jadad
en parte traducidos
del judeo-árabe

Publicados por Majón Haktav

Traducción del hebreo
Rabino Daniel Litvak

JERUSALEM 5749-1989

©

כל הזכויות שמורות
הוצאת "מכון הכתב", ת.ד. 6040, ירושלים
91060

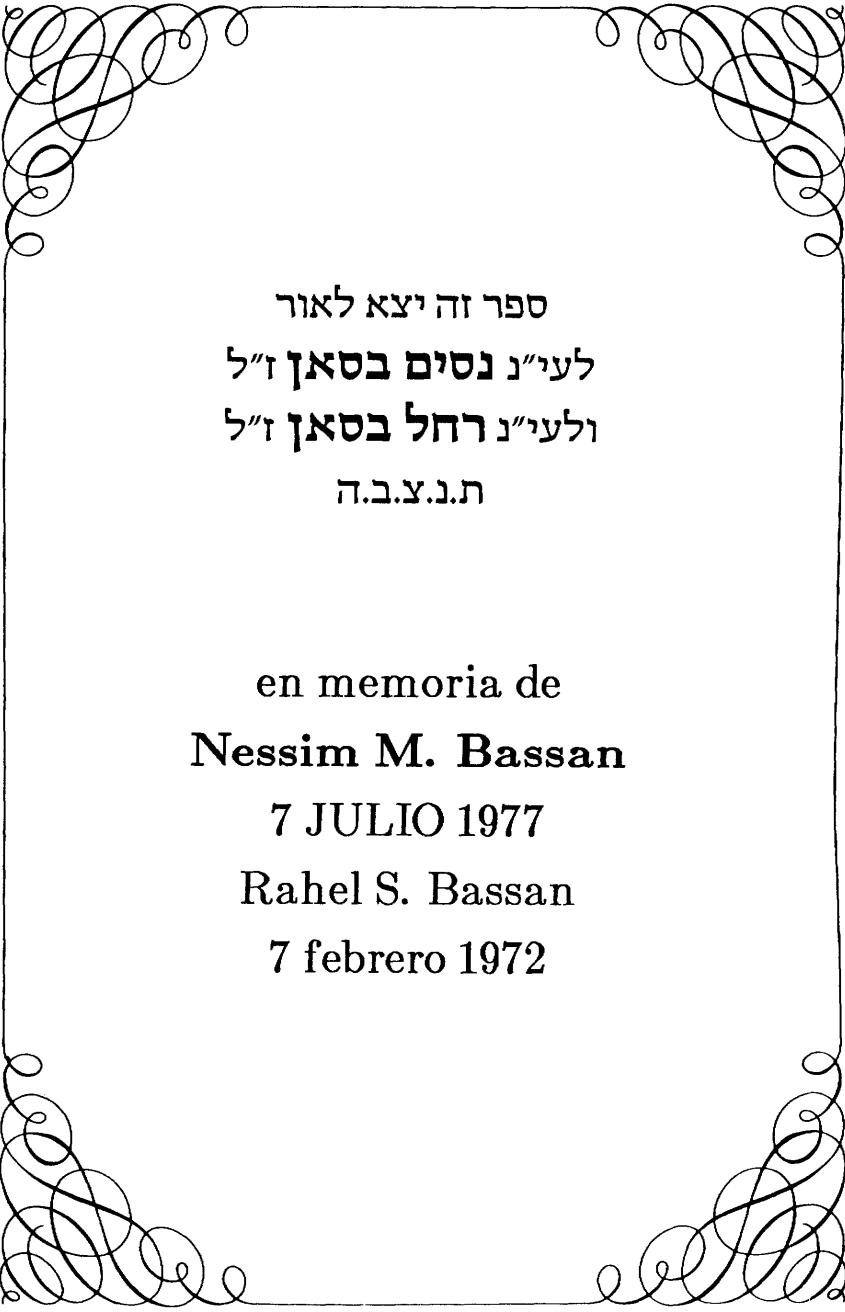
הקטאן אינסטיטוט

for torah research and the publication
of manuscripts and printed works
p.o.b. 6040, jerusalem, israel



מכון הכתב

לשיווק וטובת הוצאת ספר יד ושם
ת.ד. 6040, ירושלים, ישראל



ספר זה יצא לאור
לעי"נ נסים בסאן ז"ל
ולעי"נ רחל בסאן ז"ל
ת.נ.צ.ב.ה

en memoria de
Nessim M. Bassan
7 JULIO 1977
Rahel S. Bassan
7 febrero 1972

Introducción

He aquí delante nuestro un libro muy especial que contiene cuentos y relatos de grandes rabinos de diferentes generaciones, que recopiló el ilustre Rabino Efraim Jadad de diferentes fuentes, antiguos libros y manuscritos.

Es conocida la enseñanza jasídica que de los cuentos se puede aprender como servir al Creador, hay aquellos que acercan al hombre a la Torá y fortalecen al hombre en su temor a D-s al ver Sus maravillas.

Con este libro satisfacemos el pedido de muchos que me pidieron editar un libro de cuentos por intermedio del Majón Haktav.

Debe señalarse, que muchos cuentos fueron traducidos del judeo-árabe de manuscritos únicos en el mundo, entre ellos el de Rabí Abraham Calfón, autor del libro "Jaiei Abraham". Sobre el séntido de las costumbres judías y "Leket Hákatsir" sobre el "Shuljan Aruj" que todavía no fue editado.

El autor vivió en la época de Rabi Hajidá, los cuentos fueron escuchados oralmente, hay aquellos traducidos del árabe hablado por los judíos de Túnez y otros.

Gran trabajo invirtió el autor del libro y ya se distinguió con sus cuatro libros publicados hasta la fecha.

Cabe destacar, que el autor preparó al Majón Haktav un gran libro sobre los sabios de Irak y sus manuscritos y con la ayuda de D-s lo podremos editar pronto.

Este libro fue publicado en memoria de sus queridos padres Sara Hanono Bat Guilson y Salomón Hanono Ben Altun por sus hijos y nietos.

Un gran mérito les corresponde por contribuir a la publicación de este libro, que nos puede acercar a través del Creador por mérito a este obra puedan ver a sus descendientes allegados a la Torá y las buenas acciones, que tengan éxito en todo su proceder y que satisfaga D-s todos sus deseos para bien.

Amén.
Rabino Ezra Batsri

Entre el hombre y Su Creador

Maran, el santo Rabí Iosef Caró, residió en un principio, en la ciudad de Nicopol, en el norte de Bulgaria. Deseó trabajar para alimentar a su familia y abrió un negocio en sociedad con otro judío.

Pero, ya en el día de la inauguración, se desató una rencilla entre ellos. Maran, estudiaba hasta las horas entradas de la noche y también a la mañana después de las oraciones matutinas estudiaba "arba amot halajá" (así denominaron la reunión de los sabios que estudiaban juntos Torá.) y llegaba al comercio mucho después del horario de apertura de los negocios.

Todos los días, al llegar Maran al negocio, volvía a repetir su socio la misma pregunta: Cuál es el motivo del retraso. Maran no respondía y sólo se contentaba con el silencio. Una mañana se presentó en el Beit Midrash, una importante cuestión rabínica y los sabios, entre ellos Maran estuvieron enfrascados en el estudio hasta el mediodía. Y sólo entonces se dirigió Maran al mercado, donde se encontraba el negocio. Cuando llegó, su socio enfurecido por la tardanza, lo reprendió severamente. Le informó que la situación no podía continuar así y que debían hacer cuentas para concretar la separación de bienes.

Te pido un favor pidió el rabino a su socio esperame hasta mañana para poder aconsejarme con mi mujer, y el socio aceptó.

Volvió el rabino a su casa y le contó a su mujer lo acontecido.

Aconsejó su mujer: Dile a tu socio que aceptas la separación y D-s ya nos ayudará. Si tu socio nos cerró una puerta, D-s puede abrirnos muchas puertas por las cuales puede entrar lo necesario para nuestra manutención.

Fue el rabino a lo de su socio hicieron cuentas y dividieron los bienes.

Trajo Rabí Iosef el dinero que le correspondía y se lo entregó a su mujer, que le aconsejó, que con el dinero compre algún objeto de valor y ganarán la diferencia en la reventa.

Salió el rabino de su casa y en lugar de dirigirse al mercado, se dirigió al Beit-Midrash y estuvo estudiando hasta el anochecer.

Cuando retornó a su casa le preguntó su mujer: ¿te presentó D-s hoy alguna compra exitosa?

Se disculpó su esposo y le dijo: cuando salí de la casa me olvide el objetivo de mi salida y me dirigí al Beit Midrash a estudiar.

Se enojó la mujer y le explicó a su esposo, que era imposible continuar así. No podían dejar el capital paralizado sin trabajarlo, ya que corrían el riesgo de quedarse sin contar con lo mínimo necesario para comer.

Prometió el rabino que al día siguiente con la ayuda de D-s saldría a la mañana al mercado a buscar algún buen negocio.

A la mañana siguiente se encontró en el mercado con un esbelto personaje, nunca en su vida había visto una persona tan elevada. Todos los que se acercaban a él, llegaban sólo hasta sus hombros.

Le dijo el hombre al rabino: ¿estás interesado en comprar este mortero?

Cuando Vio Rabí Iosef el mortero oxidado, le dijo al vendedor, toma el dinero que está en mi bolsillo y dame el mortero.

Aceptó el vendedor la oferta y le entregó el mortero.

Fue el rabino contento a su casa y le mostró el mortero a su esposa. No encontró el mortero gracia en los ojos de su esposa; ¿qué tipo de mortero compraste? lo reprendió. Tomó el mortero de sus manos y lo escondió en un armario.

El rabino se dirigió al Beit-Midrash, mas en el camino estuvo preocupado por las palabras de su mujer, que lo criticó

por la compra no exitosa. Al llegar al Beit-Hamidrash se puso a estudiar y se olvidó de las necesidades materiales.

Cuando su esposo salió, la mujer mandó llamar a uno de los orfebres judíos, que era una persona muy confiable.

Cuando vio el orfebre, el mortero casi se desmaya, después de examinarlo unos instantes le dijo a la mujer: Sabe, que este mortero es de oro puro y trabajado en forma muy fina, su valor es extraordinario.

La mujer se alegró mucho, escondió el mortero y no le contó nada a su esposo.

A la noche, cuando dormía, Rabi Iosef soñó con el hombre que le vendió el mortero.

Soy la "Suerte tuya", le dijo el hombre en sueños, mucho tiempo estuve esperando, que te separes de tu socio, para enriquecerte. Ahora te he enviado el mortero que es de oro puro y de gran valor. Véndelo de acuerdo a su verdadero valor, abandono esta tierra y radicate en la ciudad de Safed y D-s te enviará el éxito.

Le contó Rabí Iosef el sueño a su mujer y ésta a su vez le contó lo que había dicho el tasador.

Vendió Rabi Josef Caro el mortero, se trasladaron a la ciudad de Safed, D-s le envió su bendición en todos sus actos y se transformó en poco tiempo en una persona muy adinerada.

Con el dinero del mortero publicó su libro "Beit Iosef", comentario al "Arba'at Haturim", en el año 5314.

En esa época vivió en Safed Rabí Itzjak Luria (Ari Hakadosch), cabalista muy renombrado.

Rabí Iosef Caro casó a su hijo con la hija del gran cabalista, Arí Hakadosch y tiempo después, publicó su obra conocida con el nombre de "Shuljan Aruj."

Falleció en la ciudad de Safed em el año 5335.

Fuente: traducido del judeo-árabe del manuscrito de Rabí Aharon que a su vez copió del manuscrito de Rabí Abraham Calfón.

“El recipiente” y su contenido.

Rabí Abraham Ibn Ezrá era un gran erudito, pero así como muy grande era su sabiduría, grandiosa era su pobreza. Sus ropas eran muy rústicas y tenía apariencia muy sencilla, acentuada más por su cuerpo endeble y sobre todo por la carencia de “panza” que ayude a resaltar su importancia.

Como consecuencia de su situación económica, Rabí Abraham se desplazaba de ciudad en ciudad, para obtener su manutención como maestro o algún otro tipo de actividad comunitaria.

Al llegar a una ciudad, se presentó como Rabí Abraham Ibn Ezrá, y preguntó si estaban interesados en nombrarlo Rabino de la ciudad.

Le respondieron violentamente como se atrevía a semejante insolencia, que con su lamentable figura, intente hacerse pasar por el gran Ibn Ezrá.

Salió Rabi Abraham de la ciudad avergonzado y acongojado por lo ocurrido, y se dirigió a otra ciudad. También allí se repitió una escena similar.

Desesperanzado, Ibn Ezrá continuó su camino y se encontró con un hombre de fornida apariencia y exuberante vientre, que vestía ropas principescas. También este hombre viajaba de ciudad en ciudad, como Rabí Abraham, pero la ignorancia de esta persona era total, y también el objeto de sus viajes era diferente del de Rabí Abraham: la recolección de dádivas.

Rabí Abraham le ofreció al hombre un consejo con el cual iba a poder mantenerse dignamente.

— Yo te conseguiré un puesto de rabino y juez rabínico en una ciudad y yo seré tu siervo.

Cuando llegemos a la ciudad nos recibirán con grandes honores y vas a poder recibir varias veces tus ingresos con la recolección de limosnas. La condición entre nosotros será, que yo reciba la mitad de tu sueldo.

Preguntó el hombre atónito:¿ como puedo ser nombrado juez rabínico, sin poseer ningún conocimiento en asuntos religiosos y judiciales?

— Ese es el motivo por el cual, yo voy a recibir la mitad de tu salario. Yo voy a resolver todos los problemas que se presenten.

Continuó explicando Rabí Abraham: cuando llegemos a la ciudad y deseen los dirigentes de la comunidad escuchar una predica, les dirás, que estás muy cansado por el trajín del viaje y que tu criado hablará en tu lugar. Yo daré um sermón sumamente interesante y ellos pensarán, si el criado es tan erudito, cuan sabio ha de ser el juez en persona. De la misma manera, yo hablaré en público de vez en cuando y tú no tienes que preocuparte.

Muy bien, contestó el candidato a Daian — pero¿ qué haré si algún día desean, que yo en persona predique?

No debes preocuparte, volvió a tranquilizarlo R. Abraham siempre podrás encontrar una buena excusa para escabullirte del pedido. Una vez es posible argumentar que tienes una muy difícil pregunta halájica para resolver, otra vez que estás enfrascado en el estudio de um asunto muy delicado, etc.

¿ — Cómo me arreglaré, si me formulan una pregunta halájica?

Contestó el Rábino, en esta ciudad no se presentan muchas preguntas de halajá. Por lo general se presentan tres preguntas,

la primera: en relación el pulmón de un animal, en el cual hay duda, acerca de su aptitud para el consumo. La respuesta que darás es la siguiente: colocar el pulmón en un recipiente con agua e intentar inflarlo, si burbujea no es apta.

La segunda pregunta: ¿qué debe hacer un orante al cual se le cayeron los tefilin de sus manos? La respuesta, debe ayunar un día para expiar su culpa.

La tercera cuestión que se puede presentar: si viene un matrimonio que tiene una disputa y desean, que escuches sus argumentos para juzgarlos o para llegar a un compromiso entre ellos, entonces tomarás nota de sus argumentos y les pedirás que vuelvan en unos días. Mientras tanto yo te daré la respuesta.

Una vez obtenido el consentimiento del hombre, se dirigieron Rabí Abraham y el candidato a Daian a la ciudad.

Rabí Abraham se adelantó y al llegar a la ciudad, informó que se acercaba a la ciudad el gran erudito, Rabí Abraham Ibn Ezrá, que tiene un importante ofrecimiento en otra ciudad, mas si le insisten en nombrarlo Daian de la ciudad, quizás acepte quedarse aquí.

Los acontecimientos se desarrollaron según lo planeado, al llegar el presunto gran rabino a la ciudad, salieron a su encuentro los líderes de la comunidad y empezaron a presionarlo, para que acepte servir como Daian en la ciudad.

Luego de emprender negociaciones con el "criado", concernientes al salario, vivienda, etc. firmaron contrato acerca del importante puesto.

Los miembros de la comunidad se condujeron con gran reverencia hacia el Daian, le rindieron todos los honóres y le entregaron una agradable vivienda para residir en ella con su sirviente. Prepararon un agasajo para el flamante Daian, al cual fueron invitados todos los miembros de la comunidad y el rabino fue invitado, a pronunciar palabras alusivas al acontecimiento.

El rabino se disculpó, que debido a su cansancio como consecuencia del largo viaje, iba a hablar su criado en su lugar.

Se levantó de su asiento Rabí Abraham Ibn Ezrá y predicó de manera maravillosa, condimentando sus alocución con palabras de la Biblia, fábulas y cuentos, quedando todos los oyentes encantados con la prédica. Al escuchar las dulces palabras que salieron de la boca del criado, los oyentes pensaron: si así habla el criado como debe hablar el rabino en persona.

Toda pregunta que llegaba a la oficina del “rabino” era respondida inmediatamente por el criado.

Así continuaron las cosas durante el primer mes de “rabinato”. Al concluir el mes, le informó Rabí Abraham, al falso rabino que debía viajar a una ciudad vecina, así que convenía repasar la respuesta a los tres problemas, que se solían presentar en la ciudad.

— ¿Porqué me abandonas? — dijo el hombre — y yo he de quedar aquí como un “animal con forma humana”, incluso la respuesta a los tres problemas, ya he olvidado.

— ¡No te preocupes! — respondió Rabí Abraham, antes del viaje vamos a repetir juntos las respuestas, hasta que las sepas de memoria.

Se sentó Rabí Abraham y empezó a repetir las respuestas al falso Daian, que rápidamente las olvidaba y confundía a que asunto correspondían. Después de varias horas y grandes esfuerzos, el hombre ya dominaba las respuestas adecuadas y Rabí Abraham se preparó para partir.

En el mismo día que “el criado” viajó se le presentaron al “rabino” los tres asuntos.

A la primera pregunta relacionada al pulmón, se equivocó y contestó la respuesta correspondiente a los tefilin que se cayeron: ayunar un día. Al que preguntó acerca de los tefilin respondió: regresar en ocho días. Cuando llegó un matrimonio

con intención de divorciarse, respondió: colocar a la mujer en agua, inflarla y esperar a ver si burbujea.

Quienes formularon las preguntas, quedaron atónitos frente a las respuestas obtenidas.

Pera amenguar el asombro los habitantes de la ciudad, decidieron entrar a la oficina del rabino y preguntar acerca de las extrañas respuestas, pero el rabino ordenó a su secretario, que no permita a nadie ingresar a la oficina y que vuelvan en ocho días, con la esperanza que hasta entonces, regrese Rabí Abraham.

Vieron los miembros de la comunidad que las respuestas no eran claras y que “el rabino” no quería explicar su significado, y pensaron, que quizás el rabino es un ignorante y el verdadero erudito era el criado.

Se dirigieron inmediatamente a ver si Rabí Abraham Ibn Ezrá, ya emprendió el viaje; lo encontraron en medio de los preparativos y le dijeron: el Daian que nos trajiste es un ignorante. Nosotros creemos que tú eres Abraham Ibn Ezrá y no el falso rabino, y le contaron las respuestas dadas a las diferentes preguntas.

Sonrió el gran rabino al escuchar las ridículas respuestas y les preguntó: Diganme: ¿qué hubieran hecho en mi lugar?. en toda ciudad que visitaba no creían que yo era Abraham Ibn Ezrá, debido a mi magro aspecto y mis simples ropas, así que no tuve alternativa, fuera de lo planeado. Inmediatamente Rabí Abraham fue nombrado como Daian de la ciudad, con el pleno convencimiento, que era el verdadero Ibn Ezrá, y se avergonzaron aquellas personas que no supieron reconocer enseguida al verdadero rabino.

Fuente: traducido del árabe-judío del libro “Musar Ab”. El autor del libro Rabi Shaul Makikatz Sheh. Vivió en la ciudad Sherva, Túnez y vivió entre los años 5645-5730.

La sabiduría de Rabí Itzjak Abarbanel

Rabí Itzjak Abarbanel era un gran erudito, y debido su gran sabiduría incluso en temas mundanos, fue nombrado por el rey de España como consejero real.

Sus razonables consejos lo convirtieron rápidamente, en el principal ministro en el gabinete real. Los ministros cristianos envidiaron su encumbrada posición y empezaron a confabular contra su vida, pero abandonaron sus malos designios, temiendo actuar considerando el aprecio y estima del rey, hacia Rabí Itzjak.

Un día, decidieron complotarse de manera tal, que consigan que el mismo rey condene a Rabí Itzjak a pena de muerte.

Resolvieron entre ellos, simular una rebelión contra el rey. Cada cual iba a recibir diferente puesto, uno rey, otro primer ministro, etc. Luego programaron visitar a Rabí Itzjak y pedirle que firme la proclama de rebelión y con la firma, se iban a dirigir al rey para mostrarle su deslealtad y que pretende complotar contra el reinado. El rey lo condenará a muerte y así se librarán del odioso judío.

Y así fué, diez ministros firmaron la proclama y esa misma noche llevaron la carta a la casa de Rabí Itzjak. Cuando llegaron fueron atendidos amablemente por Rabí Itzjak, que no sospechaba lo tramado.

Después de palabras de cortesía, le extendieron “la proclama de rebelión” y lo invitaron a firmar, prometiéndole un importante puesto, el el próximo gobierno, que se iba a establecer durante los días venideros.

Tomó el rabino la carta, y escribió con su pluma la siguientes palabras: “Por cuanto vosotros decidisteis rebelarse, aceptó bajo coerción yo también, Itzjak Abarbanel.” Los ministros contentos de haber conseguido su objetivo, tomaron la proclama sin poner atención a las palabras agregadas por el rabino. Cuando salieron, Rabí Itzjak alertó a su familia, tomó

su dinero llevando una parte con él y el resto escondió en una bodega secreta que tenía en su casa.

Montaron sus caballos y salieron de la ciudad por un camino diferente al habitual, para pasar desapercibidos. Viajaron de ciudad en ciudad, hasta que atravesaron las fronteras de España.

Rápidamente se difundió la sabiduría de Don Itzjak Abarbanel y fue nombrado Primer Ministro por el rey del vecino país, con mayores honóres de los que contaba en España.

Al día siguiente de la fuga de Rabi Abraham se dirigieron los malvados ministros al palacio real, le entregaron al rey la proclama de rebelión y le dijeron: ¡ Su Excelencia! Vuestra majestad aprecia y le brinda tantos honóres a Don Itzjak Abarbanel, fíjese como Don Abarbanel, se complotó contra el rey para derrocarlo.

Al ver la firma de Rabí Itzjak, se despertó la cólera del monarca, que mandó a llamar a su desleal consejero, mas no lo encontraron en la ciudad.

Mientras tanto, el Rey empezó averiguar acerca de la rebelión y encontró culpables a los diez ministros y ordenó ejecutarlos.

En relación a Rabí Itzjak, su nombre se hizo famoso y escuchó el Rey de España, que se encontraba en el país vecino.

Escribió una carta a su colega, al rey del país vecino y le pasó un reporte acerca de Rabí Itzjak, que no era persona en la cual se podía fiar y que intentó complotar contra el reino de España, después que depositó en él todo su confianza, lo engrandeció por encima de todos los demás consejeros en la corte, y antes de que pudiera castigarlo como corresponde, fugó del país; y acompañó le epístola, con "La proclama de rebelión firmada por Don Itzjak."

Cuando el monarca recibió la carta, la leyó con gran atención y mandó a llamar a su Primer Ministro. — Me he enterado que

eres un traidor y desagradecido, que intestaste rebelarte contra el rey de España, después que te brindó todo su aprecio y estima, colocándote en el puesto más encumbrado del gobierno — le dijo el rey y continuó diciéndole: seguramente, algún día te vas a rebelar en este reinado.

— D-s me libre y guarde de hacer semejante acto expresó Rabi Itzjak. Todo lo que dijeron acerca de mi persona es falso.

— ¿Cómo pretendes negar semejante acusación, he aquí “La ploclama de rebelión contra el rey de España, con tu firma? — preguntó el rey indignado.

— Que me sea cortada la cabeza — replicó Abarbanel — si el rey encuentra mi firma entre los rebeldes.

El rey enfurecido, le mostró la carta con su nombre y le pidió que reconociera su firma.

Respondió Rabi Itzjak, por favor Su Majestad, lea la carta con detenimiento. Entonces, el rey leyó lo escrito por Rabí Itzjak “como vosotros decidisteis rebelarse, aceptó yo, *bajo coerción* Itzjak Abarbanel.”

Todo lo que escribí fue por temor y coerción.

Vinieron a exigir mi firma en la oscuridad de la noche y si no hubiera aceptado firmar me hubieran asesinado.

Estoy seguro que el rey no prestó atención a lo escrito, la prueba de mis palabras, que el rey de España investigó y encontró culpables a los diez ministros y los condenó a muerte. Si realmente me hubiera rebelado, no tendría que haberme escapado del país, sino quedarme para participar en la rebelión — culminó sus palabras Rabi Itzjak.

Le escribió prontamente el rey, respuesta al rey de España, con toda la explicación del asunto.

Al recibir de epístola, reconoció el rey que las palabras de su ex-Primer Ministro eran verdaderas y se avergonzó de haber desconfiado de su fiel asesor.

Pidió el rey de España de su colega, el rey vecino, que le sea enviado Don Itzjak Abarbanel, para restituirlo en su antiguo puesto.

Al retornar a España, lo bendijó el rey y le dijo. A tu persona se refirió el versículo: “la sabiduría mora junto al sagaz” (Proverbios 8:12).

Fuente: traducido de los manuscritos de Rabí Aharon Hacoheh, escritos en judeo-árabe. El cuento fue publicado en el libro “Orjot Jaim”, comentarios al libro de “Proverbios” de los sabios de Sherba, Túnez.

El autor comentó por intermedio de la historia de Rabí Abarbanel, el versículo: “Fuente de vida, la inteligencia para los que la poseen” (Proverbios 16:12).

Rabí Itzjak Abarbanel nació en Lisboa en el año 5197, fue alumno de Rabi Josef Jaiun, y estudió además de Torá, filosofía y varios idiomas.

Sirvió como ministro del tesoro del rey Fernando de Castilla, y continuó en su puesto hasta la expulsión de los judíos de España, en el año 5252. No aceptó la propuesta del rey de permanecer en España y se exilió con sus hermanos judíos. Su principal obra fue su comentario al Tanaj (Biblia), que se convirtió en una de las más importantes explicaciones al mismo.

La bendición del Rabino enriquecerá.

Los violentos vientos del mes de Tevet asomaron y azotaron con vigor al barrio judío, de la ciudad de Túnez.

Rayos, relámpagos resplandecieron en la oscuridad de la noche, truenos resonaron estrepitosamente y fueron seguidos por una colosal lluvia.

La hora era cercana a medianoche y entonces se levantó de su cama el Rabino Tzemaj Tzorfatí, hizo Netilat ladaim, se aprestó a decir Tikun jatsot y estudiar Torá como lo hacía diariamente.

Se sentó sobre el shald, especie de alfombra de cuero, hecha por su mujer y reveló que no había luz en su casa.

Buscó en todos los rincones, algo para prender la lámpara, pero la búsqueda fue infructuosa.

Tikun Jatzot podía decir de memoria, pero para estudiar necesitaba leer, y para leer necesitaba luz.

Una brillante idea cruzó su mente. En la casa contigua había una panadería y un cuarto, en el cual pernoctaba el panadero árabe. — Golpearé a su puerta y le pediré que me encienda la lámpara—pensó Rabí Tzemaj.

“Bendito sea él que dice y hace”, Rabi Tzemaj vistió rápidamente su larga túnica, tomó en su mano la lámpara y golpeó la puerta de su vecino.

—¿ Quién está allí? — preguntó el panadero.

— Soy el vecino Tzemaj, disculpeme por la molestia, necesito que me haga un importante favor — contestó el rabino.

El panadero abrió la puerta y preguntó en que podía ayudar a su vecino.

Replicó Rabí Tzemaj que debía estudiar toda la noche y no tenía con que encender la lámpara.

Encendió el panadero la mecha de la lámpara y se la entregó al Rabino, que con cuidado la cubrió con la falda de su túnica.

Todos los intentos del Rabino para evitar que el fuerte temporal apague la mecha fueron en vano. Antes de llegar al umbral de su casa, el fuego ya se había apagado.

Nuevamente se acercó a la puerta de su vecino y titubeó si correspondía volver a molestarlo.

Todos los esfuerzos valen la pena para estudiar Torá — concluyó en su pensamiento — y resolvió intentar una vez más.

Después de varios golpes a la puerta, volvió a abrirle el panadero con sus ojos entreabiertos.

— Siento mucho volver a molestarlo, pero la lámpara se apagó como consecuencia de la tormenta.

Con evidente malhumor, accedió el panadero a volver a encender la lámpara.

Esta vez intentó Rabi Tzemaj ser más cuidadoso con la preciosa fuente de luz, pero nuevamente fracasó.

No sabía el rabino que hacer. Si volvería a golpear la puerta de la panadería, ¿acaso el panadero aceptaría abrirle?

Vaciló el Rabino, acerca de los pasos a seguir. Al final decidió volver a la panadería, ya que lo principal es poder estudiar Torá.

Esta vez, sólo después de insistentes ruegos y promesas de bendiciones del rabino, aceptó el colérico panadero abrir la puerta, una vez más.

El panadero descargó su furia, sobre el piadoso rabino y le mostró la pesada viga, que debía levantar toda vez que abría la puerta. — Tengo que empezar a trabajar antes del alba y con todo este trajín; ¿cómo voy a hacer para despertarme para empezar a trabajar? — protestó el panadero.

Rabi Tzemaj se disculpó y agradeció al panadero por el favor

que le hizo. Yo te bendigo le dijo, que D-s te envíe plata y oro como el peso de la ancha viga que debiste levantar.

Se alegró el panadero, que conocía la reputación y el gran nombre del rabino, al escuchar le bendición de su boca y esperó al desenlace de los acontecimientos.

Al despedirse, le dijo el panadero a Rabí Tzemaj: por favor, permítame que este vez yo lleve la mecha hasta su casa y así fue. Esta vez no se apagó la lámpara, y pudo Rabí Tzemaj según su vieja costumbre estudiar Torá hasta el amanecer.

Un día, cuando el panadero, caminaba por las calles de la ciudad, se le presentó una persona forastera que le dijo: por favor, me podrías decir ¿dónde trabajas? y ¿cuál es tu salario? -

— Trabajo en la panadería, y me pagan dos francos por día — respondió. El forastero siguió preguntando: ¿estarías interesado en trabajar conmigo durante dos meses? — Yo te pagaré diez francos por día — afirmó.

— Preguntaré a mi patrón si puedo tomar dos meses de vacaciones sin goce de sueldo, ya que temo que al finalizar el bimestre de trabajo, no me necesites más y me quede sin trabajo.

Rápidamente se dirigió el panadero árabe a lo de su patrón y obtuvo el permiso de ausentarse del trabajo por dos meses y corrió con la respuesta afirmativa hacia el hombre que lo esperaba.

Fijaron los dos hombres encontrarse al día siguiente a las ocho de la mañana en la entrada del mercado.

A la mañana, se encontraron los dos, caminaron por las calles de la ciudad hasta que llegaron a un conjunto de estrechas callejuelas, que el panadero no conocía, ni sabía de su existencia.

Después de media hora de caminata, el forastero sacó un pañuelo de su bolsillo y le dijo al panadero, que se aproximaban

al lugar de trabajo y lo sentía, pero debía vendarle los ojos; ya que el lugar de trabajo es secreto.

Le vendó los ojos con el pañuelo y lo desató al llegar al interior de la casa.

Ascendieron y descendieron varios escalones en la casa que poseía varios niveles, hasta llegar a una bodega, en la cual se encontraba enorme cantidad de bolsas con perlas y piedras preciosas.

— Tu trabajo — le dijo el hombre al panadero — es seleccionar las diferentes piedras según su color, tamaño y debes mantener tu trabajo en secreto absoluto.

Empezó a creer el panadero que la bendición del rabino empezó a concretarse. Todos los días se encontraban los dos hombres a la mañana y el panadero era conducido con los ojos vendados hasta la casa.

Terminados los dos meses, volvió el panadero a su trabajo en la panadería.

Poco tiempo después, cuando el panadero se desplazaba por el mercado, escuchó al heraldo que pregonaba acerca de un remate estatal de una mansión con gran cantidad de amplios cuartos.

Culminó el pregonero diciendo: la casa pertenecía a un extranjero, que fue encontrado muerto en la mansión, sin dejar testamento, desconociéndose quienes son sus herederos legales.

Inmediatamente al escuchar los detalles, anunciados por el heraldo, se imaginó que se trataba de la casa en la cual trabajó seleccionando diamantes. Luego de hacer averiguaciones acerca del remate judicial le fue verificado que en efecto se trataba de la misma.

Para cerciorarse si las las bolsas con su valioso contenido aún se mantenían en su lugar, intentó ingresar a la casa, pero el gobierno prohibió la entrada.

A pesar del riesgo de la adquisición, el panadero trató de juntar fondos para adquirir la casa, vendió sus bienes, tomó todos sus ahorros y triunfó en el remate de la vieja mansión.

Al dirigirse a la casa, su corazón estaba dividido entre la preocupación y la alegría.

Por un lado lo azotaba pensar que seguramente las bolsas ya fueron retiradas, pero por el otro lado lo tranquilizaba pensar que si las bolsas se encontrarían en la casa se convertiría en el hombre más rico de la ciudad.

Cuando llegó al portón de la casa todo su cuerpo se estremeció y sus manos temblorosas empezaron a abrir el candado.

Cuan grande fue su alegría al comprobar que las perlas y diamantes se encontraban en la bodega, tal cual como los había dejado, y no faltaba ni siquiera una de las piedras.

Así pasó el pobre panadero, repentinamente a transformarse en una persona muy acaudalada.

Su alegría era infinita, su rostro irradiaba regocijo. Tomó una perla, entre las cientos que se encontraban en la bodega para venderla y pagar las deudas contraídas para poder adquirir la casa.

Al verificar el valor de la perla, pudo saber que el valor del tesoro que se hallaba en su poder era de varios millones de francos.

Decidió que debía conducirse con suma prudencia para no causar la impresión que se había convertido repentinamente en un millonario, y evitar que lo saqueen.

Luego de pensar sobre diferentes ideas, decidió viajar por un corto periodo a Estambul y al volver, difundir el rumor que su tío que vive en Turquía, lo nombró su representante en la venta de hilos, en la ciudad de Túnez.

En efecto, así hizo. Viajó a Turquía, y volvió como “representante” de una prestigiosa firma.

Al término de un año, pasó todo su fortuna a Estambul y se convirtió en la más opulenta persona del país.

A todo esto, el ex-panadero no olvidó a Rabí Tzemaj y deseó encontrarlo para agradecerle y retribuirle de alguna manera.

La oportunidad no demoró en llegar. Al cumplir Rabí Tzemaj 70 años anheló establecerse en Eretz Israel, para poder ser enterrado en la Tierra de Santidad.

Los dirigentes comunitarios debatieron el tema del viaje de su venerado Rabino y a pesar del dolor de la despedida, decidieron respetar el deseo de Rabí Tzemaj.

Decidieron enviar junto al Rabino, un acompañante que lo ayude en los trajines del viaje y en el transporte de sus pertenencias.

Luego de bendecir y despedirse de su congregación Rabí Tzemaj emprendió viaje a Estambul, ciudad que en aquellas días congregaba a una numerosa e importante comunidad judía.

Los líderes de la comunidad de Estambul salieron a su encuentro y le prepararon una espléndida bienvenida, en presencia de los más ilustres miembros de la congregación.

Terminada la recepción de bienvenida, el Rabino y su acompañante se dirigieron al hospedaje donde iban a morar durante su estadía en la ciudad.

En el medio del camino se toparon con un grupo de nobles musulmanes, entre ellos un hombre de opulenta apariencia, vestido con ropas de lino bordadas, a la usanza de los musulmanes importantes.

Al vislumbrar el acaudalado individuo la figura de Rabí Tzemaj, lo saludó amablemente, se prosternó, le besó su mano con respeto y calurosidad.

Todos los presentes se sorprendieron por el extraño comportamiento y el propio Rabí Tzemaj no entendió la causa de la veneración que le propinaba el encubrado gentil.

—¿Adónde os dirigís, caballeros? ¿de dónde viene el Santo Rabino y cuál es su destino? — preguntó el noble musulmán.

Contestó el acompañante: El Rabino viene de Túnez y se dirige a “El kuds.” (así denominan los árabes a Jerusalem).

Si es así dijo el árabe, invito al rabino y a su acompañante a hospedarse durante tres días en mi residencia y les pido con todo mi corazón que acepten mi invitación y no se abstengan de honrarme con vuestra presencia.

Los días que reposen en mi casa me van a otorgar gran felicidad y los voy a considerar como jornadas festivas; y les brindaré todos los honóres.

El asombro de los presentes fue total, y no se imaginaban, cuál era el significado de los honóres rendidos por el rico musulmán y de dónde conocía al rabino recién llegado a Turquía.

Sin esperar respuesta, tomó al rabino del brazo con sumo respeto y lo condujo a su casa, que se parecía al palacio de un rey.

El piso del vestíbulo estaba revestido con lujosas alfombras, todas las paredes recubiertas con piedras de mármol que relucían a larga distancia y todos los cuartos amueblados con costosos muebles.

Todos los miembros de la familia y la servidumbre salieron a darle la bienvenida y bajo la orden del dueño de casa, besaron la mano del importante huésped.

El perplejo rabino no comprendía lo acontecido y el anfitrión le prometió que al término de los tres días todo se iba a aclarar.

Al finalizar los tres días del agasajo, en los cuales fueron respetadas estrictamente las leyes judías de alimentación, tomó

el anfitrión a su huésped de la mano e ingresaron en el cuarto donde se concentraba toda su fortuna. Le mostró su tesoro compuesto por piedras preciosas, oro, plata, perlas y objetos de alto valor y le preguntó al Rabino: ¿ Conoce Su Excelencia la fuente de todo este tesoro?

— Lo desconozco, mi señor — contestó el Rabino.

— Acaso su excelencia conoce al panadero que trabajó varios años atrás en la panadería aldeaña a su casa? — continuó el rico con sus preguntas.

— Lo conozco muy bien — respondió Rabí Tzemaj — es un hombre muy honrado y amable.

En ese mismo instante besó el hombre la mano del rabino y le declaró: Mi señor, Su Excelencia, yo soy su siervo, que le abrí varios veces la puerta de la panadería y recibí la bendición del Rabino para convertirme en una persona adinerada.

Sus ojos pueden contemplar mi riqueza y mi grandeza — siguió sus palabras el ex-panadero — y le contó al Rabino todo lo acontecido desde el día en el cual conoció al desconocido forastero hasta que se radicó en Estambul.

Antes de despedirse, le entregó el hombre a Rabí Tzemaj un cheque, para ser depositado en un banco de la Tierra Santa y el banco en retribución le iba a pagar una asignación mensual hasta el fin de sus días. Además le dio un importante regalo y pidió del Rabino su bendición de despedida antes de su viaje a la Tierra de Israel.

Apoyó Rabí Tzemaj sus manos sobre su cabeza y lo bendijo con una gran bendición y al terminar le dijo: que D-s agregue a estas bendiciones, si siempre procuras beneficiar a los judíos.

Se separó Rabí Tzemaj de su anfitrión, agradeció a los miembros de la comunidad por sus bondades y ascendió a la Tierra de Israel con su acompañante.

Al llegar a la Tierra de Israel entregó el cheque al banco y recibió del banco una importante asignación mensual durante

todos sus días con la cual tuvo una digna subsistencia y pudo ayudar en muchas obras de bien.

La fuente del cuento: traducido del judeo-árabe.

El judío que se disfrazó de cura

En la época de la expulsión de los judíos de España creció la enemistad y el odio a los judíos, que sufrieron con resignación los diferentes decretos y humillaciones, poniendo la esperanza en la salvación Divina.

Había un lugar en España, en el cual se prohibió el paso a los judíos, y si un judío pasaba por el lugar, el cura responsable de aplicar la ley podía condenarlo a muerte.

Un día, pasó por el sitio un gran erudito de la Torá, desconociendo la prohibición existente. Al ser divisado por los guardias fue detenido inmediatamente y llevado delante del cura que deseó asesinarlo. Al contemplar la figura del sabio, se sorprendió ante el extraordinario parecido del rabino con su propia persona, tanto en la constitución del cuerpo como en el rostro.

La gran similitud despertó la misericordia del sacerdote, que se contentó con encerrarlo en la cárcel.

Así fue, y el rabino fue encerrado en un oscuro cuarto de la prisión y el cura le traía diariamente pan duro y una mísera cantidad de agua.

En esos días, decidió el Papa probar la inteligencia de los sacerdotes y nazarenos de la ciudad.

Reunió a todos los curas en la catedral de la ciudad y deseó probar la perspicacia de sus subordinados por intermedio de curiosas preguntas.

El Papa empezó a hablar delante de los sacerdotes y dijo: “Vosotros conocéis los esfuerzos de la conducción de la Iglesia para satisfacer vuestras necesidades tanto materiales como espirituales, los gastos efectuados por el Tesoro Eclesiástico son exorbitantes.”

Los curas no comprendieron adónde apuntaban las palabras del Sumo Pontífice, que luego de una breve interrupción continuó sus palabras diciendo: Por lo tanto deseó probar vuestra sabiduría, por intermedio de tres preguntas y a través de vuestras respuestas sabré, si vosotros sois dignos de permanecer en vuestros puestos.

— Mi primer pregunta tronó la voz del dirigente católico. ¿Cuándo ocurrió en la historia de la humanidad, que se escuchó el canto del gallo en todos los extremos de la tierra?

La segunda pregunta: ¿en qué punto del mundo iluminó la luna una sola noche?

La tercer pregunta: ¿qué pienso en este momento?

Al terminar su discurso declaró el Papa: Teneis tres días para meditar y profundizar en las preguntas y obtener las respuestas apropiadas. En caso de no obtener respuesta al cabo de los tres días sereis castigados severamente.

Los sacerdotes sorprendidos, no comprendían lo ocurrido, pero la preocupación ante la urgente necesidad de encontrar respuestas a las misteriosas preguntas, les hizo entender que no se encontraban en un sueño.

Como los demás curas, el cura que apresó al rabino se encontraba en un pésimo estado anímico, al no tener la más mínima idea acerca de las respuestas a las enigmáticas preguntas.

En las horas vespertinas, cuando el cura rutinariamente visitaba al rabino con su ración de comida, observó el rabino, el preocupado rostro del sacerdote y le preguntó cuál era el motivo de la preocupación.

Contó el cura los últimos sucesos y las extrañas preguntas a las cuales, ninguno de los miembros de la Iglesia encontró respuesta.

— Si eso es todo, no hay causa de preocupación — expresó el rabino.

— ¿Cuál es tu consejo? — preguntó el sacerdote reconfortado por las palabras escuchadas.

— Muy sencillo — contestó su interlocutor — cuando llegue el tercer día, yo vestiré las ropas pastorales iré en tu lugar a enfrentar al Papa y nadie advertirá el cambio ya que somos muy parecidos. — Pero, lo principal falta — dijo el cura — ¿acaso tienes respuesta a las tres preguntas?

Con la ayuda de D-s, es posible que encuentre las respuestas adecuadas y si no yo recibiré el castigo y mientras tanto tú puedes huir de la ciudad.

Sus palabras convencieron al cura y así hicieron.

Al llegar el tercer día, el rabino vistió las ropas sacerdotales y se dirigió a la catedral donde se reunían nuevamente los subordinados de la Iglesia, bajo orden pontifical.

Cuando el Papa verificó que todos los curas se encontraban presentes, pidió: Todos los que están dispuestos a contestar que levanten la mano.

Ninguno de los sacerdotes levantó la mano, sólo el rabino disfrazado de sacerdote católico, se levantó y dijo: Su Excelencia, yo estoy dispuesto a contestar a todas las preguntas. Por favor, Su Excelencia podría volver a repetir las preguntas, para que pueda contestarlas una por una.

— La primer pregunta — volvió a preguntar el Papa.

— ¿ Cuando se escuchó en todo el mundo la voz del gallo?

Contestó el judío: Está escrito en las Sagradas Escrituras, que en los días de Noé, el justo, todos los hombres de su generación eran malvados.

D—s deseó borrarlos de la faz de la tierra y ordenó a Noé construir un enorme arca, en la cual ingresaron él, los miembros de su familia y animales de todas las especies; y contaron con la protección Divina.

Luego, el Diluvio azotó la faz de la tierra y sólo sobrevivieron aquellos se encontraron en el arca de Noé. En ese momento se escuchó la voz del gallo, su voz era escuchada en toda la superficie de la nave y allí se encontraban todas las criaturas del mundo, es decir que su voz se escuchó en todo el mundo.

— Respuesta correcta e inteligente — exclamó el Suno Pontífice — un poco asombrado por la respuesta y prosiguió con la segunda pregunta:¿ en qué punto del mundo brilló la Luna una sólo vez?

También la respuesta a esta pregunta se encuentra en las Sagradas Escrituras: Cuando Israel salió de Egipto y llegó al extremo del Mar Rojo, fue perseguido por el Faraón y su ejército. Moisés tomó su bastón y golpeó las aguas por orden Divina y las aguas se abrieron y los hijos de Israel pudieron atravesarla sin dificultades, convirtiéndose las aguas en murallas a sus costados, en ese momento iluminó la Luna el fondo del mar que se había desecado; ya que el mar se abrió a la noche y al día siguiente las aguas retornaron a su posición original. O sea, que en el lugar que se abrieron las aguas y el mar se desecó, brilló la Luna una sólo vez.

Otra vez el Papa se sintió satisfecho con la respuesta y pasó a la tercer pregunta:¿ qué pienso en este momento?

Esta pregunta era más difícil que las anteriores ya que sólo D-s puede conocer lo que se oculta en la mente humana.

Contestó el judío, con una sonrisa sarcástica en su rostro — Su Excelencia piense que yo soy uno de sus sacerdotes y que supe responder a sus preguntas, pero en realidad yo soy un humilde judío, con pequeños conocimientos, que no me aproximo ni a los talones de los sabios de Israel.

— Nuevamente la respuesta es acertada — dijo el Papa atónito: ¿ Me puedes decir quién te trajo a este lugar?

Contó el Rabino todos los sucesos y se asombró el Pontífice, por su inteligencia y picardía y lo envió a su ciudad con importantes regalos.

A los sacerdotes los castigó severamente, diciéndoles: vieron como un judío supo contestar a todas mis preguntas y ustedes no supieron contestar a ninguna.

Lo fuente del cuento: el libro “Vaiomer Itzjak” traducido del judeo-árabe.

Pan y Torá en el mismo lugar

El gran erudito y cabalista, Rabí Ieshuá Nisim que sirvió como Gran Rabino de Túnez, se preocupaba no sólo de las necesidades espirituales de los estudiosos de la Torá en su Ieshiva, sino también de sus necesidades materiales.

Todos los viernes entregaba a los estudiosos una suma de dinero, con la cual podían alimentar honrosamente a sus respectivas familias.

El dinero provenía de donaciones de los miembros opulentos de la comunidad, que contribuían generosamente al mantenimiento de la Ieshivá.

Rabí Ieshuá hizo todos estos esfuerzos, para que los estudiosos de la Torá reciban una generosa beca de estudios, para incrementar el honor de la Torá y que los pequeños que ingresaban al estudio, viendo el esplendor de la Torá, fueran impulsados a estudiar con todas sus fuerzas y con aplicación.

Entre los sabios que estudiaban en la Ieshivá, se encontraba un joven de veinte años muy aplicado y perseverante en el estudio, que tenía un gran conocimiento de la Torá.

Rabí Ieshuá le pagaba al joven semanalmente veinte reales, una importante suma, con la cual podía mantener cómodamente a su familia.

El joven tenía un mal vecino, que era carcomido por la envidia, al ver que el joven y su familia vivían cómodamente.

Pensaba el vecino: este hombre se sienta todo el día sin trabajar, se ocupa del estudio de la Torá y recibe un importante ingreso semanal, sin tener que preocuparse por su mantenimiento.

Siempre pensaba, con que pretexto podría confabular contra su vecino y calumniarlo, de manera tal que las palabras lleguen hasta el Gran Rabino.

Un día pensó que la oportunidad había llegado, observó que el estudioso se aproximó a un kiosco de golosinas y dulces, comprando todo tipo de dulces por una suma importante de dinero.

El vecino decidió ir a contarle al Gran Rabino, lo que hace su discípulo con el dinero que recibe y así seguramente, le será reducido su sueldo.

Se apresuró el hombre a dirigirse al despacho de Rabí Ieshuá le preguntó al Rabino: ¿Sabe Su Excelencia, lo que hace el estudioso fulano, con la beca que recibe semanalmente?

— No; ¿qué hace? — respondió Rabí Ieshuá, con una sonrisa.

— Lo vi comprando en el Kiosko, una bolsa llena de golosinas y demás cosas superfluas, en vez de comprar carne, verduras y frutas, artículos necesarios para el mantenimiento de su familia — continuó el hombre.

— Muy bien hiciste, que viniste a contarme dijo el Rabino y despidió al hombre con una bendición.

El hombre salió satisfecho, seguro de haber logrado su cometido.

Al llegar el fin de semana, Rabí Ieshuá pagó las estipendios a todos los estudiosos y entre ellos al joven “despilfarrador” al que le aumento la beca a treinta reales, en lugar de los veinte que le pagaba en el pasado.

Cuando el joven vio la suma pensó que era un error y fue a preguntar a Rabí Ieshuá.

— ¡No!, No me equivoqué, me enteré que tú compras para tu familia golosinas y confituras, artículos sumamente caros y por lo tanto necesitas más dinero. Tendrías que haberme comunicado acerca de tus necesidades y te hubiera aumentado enseguida, concluyó el Gran Rabino.

Cuando el estudioso, sorprendido, se retiraba, el Rabino intentó alentarlo. Me alegro mucho que compres alimentos agradables al paladar, ellos pueden ayudar a fortalecer al cuerpo que se debilita con el estudio de la Torá.

Al finalizar la semana, preguntó el vecino al joven estudioso:¿ Actualmente a cuánto asciendo tu beca semanal?

— Hoy el Rabino aumento mi estipendio a treinta reales, al escuchar no se cómo, que compro golosinas y dulces — respondió inocentemente el estudioso.

Escuchó el delator, con pesar, las palabras de su vecino y se lamentó por su intervención desafortunada, para obtener una reducción en la beca de su vecino.

La fuente es el libro “Vaiomer Izjak” — traducido del judeo-árabe.

El Rabino curandero

Rabí Abraham Ben Musa nació en Tetuán, ciudad del Marruecos español. De allá pasó a la ciudad de Sali, llena de sabios e intelectuales y al final de sus días (hace unos doscientos cincuenta años) pasó a vivir a la ciudad de Túnez.

Poseedor de una gran santidad, podía a través de sus conocimientos cabalísticos, actuar milagrosamente sobre la naturaleza invocando nombres sagrados.

Al llegar a la ciudad de Túnez, fue con su mujer a buscar un cuarto en alquiler.

Luego de una pequeña búsqueda, encontraron un pequeño cuarto, en uno de los humildes hoteles de la ciudad.

La primer noche de estadía en la ciudad, dejó a su mujer en el hotel y salió a la calle, a ver a los habitantes de la ciudad.

Durante su caminata, se encontró con un hombre, cuya apariencia demostraba su pertenencia al pueblo judío. Observó el hombre al Rabino y viendo que era nuevo en la ciudad, le preguntó: ¿Hermano de dónde vienes y adónde te diriges?

Estudioso de la Torá soy yo — replicó el Rabino. Vengó de Marruecos y no tengo conocidos en la ciudad y salí a conocer la ciudad.

Le quiero informar, le dijo el hombre a Rabi Abraham que hoy a la noche se celebra una boda, en la casa de uno de miembros más pudientes de la comunidad y es costumbre entre nosotros que todos los miembros de la comunidad están invitados a participar de los casamientos. Por lo tanto, le quiero aconsejar que venga a la fiesta y va a ser una muy buena oportunidad de conocer a los rabinos e importantes miembros de la comunidad.

Pensó Rabí Abraham, que en efecto era muy buena idea, y preguntando la dirección a transeúntes llegó a la casa del anfitrión desconocido.

Encontró al fastuoso portón abierto e ingresó a un inmenso salón, en el cual las mesas estaban tendidos con todo tipo de manjares. Grandes candelabros y lámparas iluminaban los diferentes sectores del salón.

Todo estaba preparado, pero sin embargo, el salón estaba vacío.

Rabí Abraham estaba muy cansado por el viaje y decidió sentarse hasta la llegada de los invitados. Miembros de la familia lo convidaron con bebida y los invitados fueron llegando poco a poco.

Al pasar alrededor de una hora, la mansión estaba repleta de invitados y de aquellos que llegaron sin invitación al casamiento.

El dueño de casa, padre de la novia y un representante de la familia del novio, recibían a los invitados en la entrada y de vez en cuando circulaban por las mesas, para ver si algo faltaba a los presentes.

Cuando llegaron a la mesa en la cual sentaba Rabí Abraham, vieron que el hombre vestía ropas viejas y polvorientas. Preguntaron al novio — ¿quién es ese hombre que vino al lugar de nuestra celebración con semejantes ropas? — Avergüenza quien se sienta en su mesa.

— No lo conozco — al parecer, es un pobre que se infiltró a la fiesta — contestó.

El anfitrión se dirigió a la mesa de Rabi Abraham e hizo escuchar palabras de disgusto acerca de la presencia de personas “no gratas” en el lugar.

Al escuchar las palabras de desprecio proferidas por el rico, el rabino vaciló acerca de como conducirse y luego de breves instantes se levantó y alejó de la fiesta, lleno de indignación.

El anfitrión se dirigió a la cocina para traer lo que faltaba a sus invitados y de repente sintió que perdió la visión.

En un principio, pensó que era un mareo provocado por la atareada jornada. Se sentó, intentando abrir sus ojos, pero infructuosamente.

Los parpados se cerraron herméticamente como si los hubieran pegado con cola.

— ¡Oy! ¡Oy! he perdido la visión como consecuencia de mis pecados. Con que duro castigo fui golpeado esta noche, la noche de la boda de mi hija, ¡la niña de mis ojos! — sus palabras pronunciadas en alta voz llamaron la atención de los presentes.

Los presentes no entendían lo que ocurrió repentinamente. El dueño de casa pidió ser llevado frente a los sabios que se sentaban en la mesa principal.

Los sabios lo bendijeron con todo tipo de bendiciones, pero nada ayudaba y un fuerte dolor azotaba los dos ojos del rico.

Se acercó a él, el representante de la familia del novio, — según mi parecer-exclamó — tu ceguera es consecuencia de la palabras de oprobio pronunciadas contra el desconocido que se sentó a la mesa con humildes vestimentas, quizás es un estudioso de la Torá y D-s te da el pago a su ofensa.

— Estoy dispuesto a pedir su perdón, todo lo que pida haré — gritó con amargura.

Buscaron al hombre por toda la casa pero no lo hallaron, sólo encontraron al hombre que le había aconsejado a Rabí Abraham a participar en la boda.

— ¿Acaso ustedes buscan al sabio extranjero que se hospeda entre nosotros? — preguntó.

Sepan que es un gran erudito y hoy llegó de Marruecos.

Convencidos que la ofensa al gran erudito, era responsable

de la ceguera, se dirigieron el dueño de casa junto con familiares al hotel, donde se hospedaba el rabino.

Con pasos ligeros, se aproximaron al hotel; conducidos por el hotelero, llegaron al cuarto de Rabí Abraham. Golpearon a la puerta y salió la señora de Rabí Abraham. Golpearon a la deseaban a una hora tan tarde de la noche.

— Nosotros somos los anfitriones de la boda en la cual estuvo su marido y deseamos hablar con él acerca de un asunto muy importante respondieron los visitantes.

— Lo siento mucho — dijo la mujer — ya está durmiendo, está muy cansado de un viaje muy largo y no lo puedo despertar.

— Por favor — invocaron los visitantes — el asunto es muy importante. Pedimos perdón por la molestia, pero debemos hablar con él.

— Intentaré — contestó la señora — y se aproximó a su esposo, tratando de despertarlo delicadamente.

— ¿Qué quiere de mi ahora? ¡Ya perdió la visión! No les es suficiente para dejarme en paz — dijo el rabino con los ojos entreabiertos.

Al escuchar la mujer las palabras de su marido, conociendo su sabiduría y santidad y que lo que él decretaba, D-s cumplía, intentó apaciguarlo y le dijo: Levantate por favor y habla con ellos, me rogaron que te despierte para pedir tu perdón.

Aceptó Rabí Abraham y les permitió entrar al cuarto.

Al ingresar se avalanzaron todos a los pies del rabino y pidieron que perdonara al rico por las palabras pronunciadas y le imploraron que pida a D-s, que retorne la visión al jefe de la familia.

El rico, en persona, se prosternó y besó las manos del rabino temblando y conmocionado, llorando como un bebé recién nacido. — He pecado, me he equivocado terriblemente. Su

Excelencia por favor perdóneme — imploró con todas sus fuerzas.

— Si no fuera por el mérito de tu padre, que fue en estudioso de la Torá, no te perdonaría.

— Eres sumamente vanidoso y orgulloso — dijo Rabí Abraham duramente. Tú únicamente honras a aquellos que visten ropas bellas y a los ricos, pero no a los hombres por el sólo hecho de ser hombre, incluso si tienen aspecto sencillo.

— ¿Cómo pretendes que pueda pedir a D-s que te devuelve la vista?

Si me prometieras que hoy en adelante vas a respetar y honrar a todas las personas, sean pobres o ricas y vas a cumplir le enseñanza rabínica “no desprecies a nadie,” sólo entonces estoy dispuesto a orar para que te cures.

— Aceptó hacer por completo teshuvá — respondió el hombre — cuando lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Me comprometo a honrar a todas las criaturas y a cumplir todo lo que Su Excelencia diga. Sólo pido de Su Excelencia, perdón por mi mal comportamiento.

Di tres veces “me arrepiento” — dijo el rabino.

Después de dichas estas palabras, el rabino pronunció la frase “y se aparte tu pecado y tu error sea expiado”, pasó sus manos por los dos ojos y en ese momento los ojos se abrieron, volviendo a recuperar la vista y los dolores desaparecieron.

Los parientes agradecieron al rabino y antes de retirarse besaron con reverencia sus manos y volvieron a la casa a concluir el festejo de la boda.

Desde ese día se hizo famoso el nombre de Rabí Abraham Ben Musa, en todo el territorio de Túnez.

La fuente: el libro “Imrei Jaim” de Rabí Itzjak Abrahimi.

El Rabino bendice y provoca la huida de los ladrones

Rabí Abraham Ben Musa debió un día viajar a otra ciudad y al llegar a la ciudad fue recibido con todos los honóres, por uno de los acaudalados miembros de la comunidad.

Durante la primer noche, en la cual el rabino se hospedaba en lo del rico, una banda de ladrones vino a asaltar la casa.

Golpearon con fuerza a la puerta, para probar la respuesta del dueño de casa y averiguar si la familia estaba despierta o no.

El dueño de casa escuchó los golpes y se despertó de su sueño. Sacó su cabeza por la ventana para ver quien golpeaba a una hora tan entrada de la noche, quedando sumamente aterrorizado al ver la banda de ladrones, que se aprontaba a ingresar a su casa, estando armados hasta los dientes.

Temiendo y temblando mucho, no supo como actuar, hasta que recordó que en la casa se alojaba Rabí Abraham, cuyos prodigios y maravillas eran bien conocidos.

Se acercó al rabino, con lágrimas en los ojos y le contó: En esta ciudad no hay ninguna ley.

— La ley de la selva gobierna y el más fuerte se aprovecha del débil. Los judíos deben sufrir pasivamente el ataque de los bandidos, que los atacan sin piedad y no hay forma de defenderse contra ellos.

En este momento intenta ingresar a la casa, una banda de bandidos armados y no sé como conducirme. Si no les abro la puerta, la derribarán y entrarán a la casa y se llevarán toda mi fortuna.

— Si grito pidiendo ayuda a los vecinos, mientras tanto derribarán la puerta y nos asesinarán — concluyó temblando.

Al terminar sus palabras, — dijo el rabino — No te preocupes, no hay que temer. Traeme pronto un vaso de anis (arak) — continuó el rabino — quedate tranquilo, nada malo ocurrirá.

Corrió enseguida el dueño de casa a traer el vaso de anis pedido por el rabino. Tomó el rabino el vaso en sus manos, bendijo con fervor y bebió.

En ese instante huyeron los ladrones y se alejaron del lugar. Pero unas dos horas más tarde, retornaron y golpearon nuevamente a la puerta.

El rico que se encontraba en la cama, sin poder conciliar el sueño, saltó de la cama al escuchar los golpes y volvió al cuarto de Rabí Abraham, que se encontraba sentado y estudiando Torá.

Otra vez, tranquilizó Rabí Abraham al rico y le pidió que traiga otro vaso de anis. Como la vez anterior, al llegar al final de la bendición, los ladrones emprendieron la retirada.

Así, se repitió la misma escena, otras tres ocasiones. Cada vez que el rabino bendecía sobre el vaso de anis, los bandidos emprendían la fuga.

Luego de la quinta vez, los ladrones no regresaron, pero de todos modos le era difícil al dueño de casa reconciliar el sueño y sólo después de una hora. sin golpes, el sueño lo envolvió profundamente.

A la mañana se levantó el rabino y fue con su “protector” a la sinagoga.

Al regresar pidió el rabino que le sea traído el desayuno a su cuarto y dijo a su anfitrión que no debía temer más de los ladrones.

Pocos minutos después, se aproximaron a las puertas de la mansión, los ladrones armados hasta los dientes y se pararon frente a ella.

Los bandidos vociferaron diciendo: Debes revelarnos quien se hospeda en tu casa. Temiendo que algo pueda ocurrirle a Rabí Abraham, mintió negando la presencia de huéspedes.

Pero los asaltantes, seguros de la presencia de una persona singular en la casa, hablaron amistosamente, insistiendo que les sea dicha la verdad, aseguraron que no le ocurriría nada al huésped.

— Sepan — dijo el dueño de casa que en mi casa se hospeda, un gran sabio, que viene de otra ciudad, pero ahora está durmiendo y no quiero despertarlo (el rabino, realmente dormía, luego de pesar gran parte de la noche ocupado en el estudio de la Torá).

— Por favor, despierta al sabio, queremos verlo y besarle sus manos.

Al cerciorarse el rico, que los ladrones no tenían malas intenciones y que quedaron tan impresionados con los poderes del rabino, decidió despertarlo y contarle el singular diálogo que tuvo con la banda.

El rabino volvió a tranquilizar a su anfitrión, diciendo que no debía temer de los ladrones y pidió que los traiga a su cuarto, para que conozcan que hay D-s en los cielos, que conduce a sus criaturas.

Les dio permiso a los ladrones a entrar a visitar al rabino. — Excelentísimo Rabino, — exclamaron los bandidos quisiéramos saber qué fue lo que pasó anoche. — Cada vez que nos aprontábamos a romper la puerta, un extraño sentimiento de arrepentimiento nos acosaba y nos encontrábamos alejados de la mansión y todo nuestro cuerpo estaba debilitado y sin fuerzas. Luego de varios minutos de recobrar fuerzas, nos arrepentimos que no destrozamos la puerta y asaltamos la casa.

La misma escena se repitió cinco veces. Cuando la quinta vez quisimos retornar, la puerta de la ciudad estaba cerrada y era imposible el ingreso.

Nosotros quedamos desamparados fuera de la ciudad y una tormenta de nieve se abatió sobre nuestras cabezas, pasamos una noche dura y difícil.

Al llegar la madrugada se volvieron a abrir las puertas de la ciudad y quisimos conocer a la persona, que nos causó todos los problemas de la noche.

— Como vuestras palabras, así fue, yo fui quien provocó los sucesos de la noche. Ahora les pido que juren por lo más importante de vuestras vidas, que no van a acercarse a esta casa, si no quieren que los vuelva a dañar.

Por supuesto, los ladrones le aseguraron al rabino que no iban a hacer ningún daño a los bienes de su anfitrión, inclinaron su cabeza frente Rabí Abraham, le besaron les manos y juraron que no iban acercarse a los bienes del dueño de casa y de los demás judíos.

La fuente: traducido del judeo-árabe del libro “Imrei Kodesh”.

Paralelos: son conocidos varios cuentos acerca de los poderes de nuestros sabios, que por medio de palabras santas ahuyentan a los ladrones o los paralizan. Entre ellos se encuentran Rabí Jaim Josef David Azulai que paralizó al ladrón, que quiso robar subiendo al techo del cuarto en el cual se hospedaba en la ciudad y Rabí Itzjak (Zeevi) Jadad que ahuyentó al ladrón que subió al techo del establo y quiso robar el carnero preparado para la comida de Hoshaná Rabá.

Salvado por un poco de vino.

Había una vez un judío muy acaudalado que se dedicaba a la industria vitivinícola. Pero la fuerza no es eterna y tampoco la fortuna. Un día descendió el hombre de su posición y se fue a la quiebra.

Su situación era sumamente difícil y no tenía dinero suficiente para comprar para su familia y no sabía el hombre de donde llegaría su salvación.

Tenía una madre anciana, que lo amaba mucho. Viendo su difícil situación oraba diariamente y rogaba al Santo Bendito Sea Su Nombre que se apiade de su hijo y que se pueda mantener con decoro.

De vez en cuando, aconsejaba en el tiempo de las oraciones como podría ser su hijo ayudado a volver a su antigua posición, una vez propuso a D-s que lo ayude a ganar en la lotería, otra vez que encuentre un objeto valioso y así pensó diferentes maneras de llegar al éxito, pero el éxito no llegaba.

Un viernes, no tenía el hombre dinero para satisfacer las más mínimas necesidades para Shabat y no encontró forma de conseguir la más pequeña cantidad de dinero.

Meditando acerca de sus dificultades, recordó que tenía una pequeña vasija de vino en su negocio. El vino no era de muy buena calidad y pensó que los que lo prueben, no van a estar interesadas en comprarlo.

Fue y examinó al vino, vio que habían treinta litros. Lleno una vasija con un litro y pidió a su madre que se lo lleve a un judío que era un viejo cliente suyo, que le solía comprar vino para Shabat, y que le proponga comprarle el vino.

Tomó la mujer el vino y lo ofreció al comprador potencial. El judío tomó el vino inmediatamente y pagó el dinero exigido. Cuando el judío olió el vino, cuyo aroma no era agradable en

especial, llamó a la mujer y le devolvió el vino, pidiendo la devolución del dinero.

La mujer volvió acongojada y deprimida, y contó a su hijo lo acontecido, y concluyeron que sólo podían esperar de la misericordia Divina.

En efecto, la salvación Divina llegó. En ese momento, alguien golpeó a la puerta.

Era una opulenta persona interesada en comprar vino.

— Tengo en mi negocio — respondió el comerciante. Quiso el millonario ver la calidad y cuando lo probó le encantó el gusto del vino. — Este es un verdadero vino añejo, de excelente calidad — proclamó — ¿Cuánto cuesta el litro?

Cada litro cuesta un dinar de oro — contestó el esperanzado comerciante — no encontrará un vino como este en toda la ciudad.

— Esta bien — dijo el comprador — envíenme mil seiscientas a la dirección que te entregaré.

El millonario entregó un adelanto de cuatrocientos dinares de oro y acordaron que el día que llegue el envío del vino, pagará el resto.

Con gran alegría, agradeció a D-s que provee el sustento a todas las criaturas, que le presentó una oportunidad de recuperarse económicamente.

Al finalizar Shabat, fue el comerciante a los negocios de vino de la ciudad, compró vino común, lo mezcló con su vino y confió que D-s iba a ayudarlo a que el vino encuentre gracia en los ojos del comprador.

Cargó la carreta con el importante número de vasijas y viajó a la dirección que le fue dada.

Al llegar al lugar, pudo comprobar que se celebraba un festín con cientos de invitados.

— Llegó justo, en el momento más adecuado — exclamó el cliente — sirvió el vino a los presentes y todos alabaron la excelente calidad del vino. Recibió el comerciante el resto del dinero y los elogios por el preciado vino.

Desde ese día, ayudó D-s al comerciante a reponerse y pronto llegó a su antigua posición.

Su anciana madre, quedó muy sorprendida por el camino elegido por D-s para ayudar a su hijo, camino que “ella misma no había pensado, ni ofrecido.”

Le contó la mujer a su hijo: cotidianamente rezaba a D-s que te ayude de todas las maneras posibles, pero no se me ocurrió que la salvación llegaría de unos pocos residuos de vino.

Supieron madre e hijo que la mano de D-s forjó lo sucedido y que ella envía el éxito y la salvación a aquellos que confían en El íntegramente.

Fuente: Traducido del judeo-árabe del libro “Musar Ab”.

El criado y la observanza del Shabat

En una de la ciudades de Noráfrica, había un judío pobre que servía como criado en la sinagoga.

Esa era su única actividad. De la caja de la Sinagoga recibía un misero salario, con el cual debían mantenerse él y su familia.

Como parte de su trabajo, solía abrir las puertas de la sinagoga y cerrarlas al concluir las oraciones.

Una noche de Shabat, quedó solo y según la costumbre se dirigió a cerrar los portones, cuando sus ojos observaron, que en el pequeño depósito que se hallaba detrás de la puerta principal, había algo que brillaba.

Acercándose, pudo cerciorarse que en una de las tantas cajas que habían el depósito, se encontraba una importante cantidad de oro y plata.

Un fuerte impulso lo atacó y lo presionó a tomar parte de los materiales preciosos y dejar de vivir miseramente con grandes privaciones.

Pero por otro lado, la fuerza del bien en su interior le recordaba que hoy era Shabat y le era prohibido levantar incluso un solo centavo.

Titubeando que hacer, se aproximó otro paso y vio que no se trataba de un espejismo.

La lucha entre los dos impulsos, se hacía cada vez más violenta. Todo tipo de pensamientos se cruzaban en su mente para permitirse tomar el tesoro.

Llegó a preguntarse si no se trataba de un caso de "Pikuaj Nefesh," un caso de vida o muerte en los cuales esta permitido profanar el Shabat.

Viendo que si seguía en el lugar iba a sucumbir pronto a la gran tentación, cerró apresuradamente la puerta de la sinagoga y se dirigió a su casa.

Los pensamientos relacionados con el tesoro descubierto lo atormentaron durante todo el camino. ¿Acaso no era preferible tomar parte del tesoro y alimentar cómodamente a su familia toda la vida?

Incluso podría cumplir con el dinero muchas mitsvot, repartir dinero a los pobres y hacer todo tipo de obras de caridad. Varias veces pensó volver a tomar el tesoro, pero siguió avanzando hasta llegar a su casa.

Al santificar al Shabat sobre el vino y al comer la pobre comida sabática, se imaginó los manjares que podrían encontrarse sobre la mesa de Shabat, la próxima semana, si podría levantar una ínfima parte del tesoro. Y así pasó toda la noche acompañado con semejantes pensamientos.

Al día siguiente, se levantó a la madrugada, más temprano que nunca. Corrió a la sinagoga, abrió el portón y comprobó que en el depósito, la cantidad de oro y piedras preciosas había crecido visiblemente llegando hasta el techo.

— Si pudiera por lo menos ocultar el tesoro de la vista de los feligreses — pensó el criado — el terminar el Shabat, alquilaría un burro para poder transportar el pesado cargamento.

Mientras tanto empezaron a llegar los fieles a la sinagoga y para cubrir parcialmente la deslumbrante visión proveniente del depósito, abrió la puerta hasta el máximo posible.

Viendo que al finalizar las oraciones matutinas el tesoro continuaba en su lugar, se encaminó alegre a su casa a almorzar.

Volviendo a la sinagoga para la oración de la tarde, se repitió la misma escena y nuevamente el tesoro se había incrementado.

Deslizando una sonrisa con sus labios, recordó la oración que se dice sobre las velas de janucá: “No tenemos permiso para utilizarlas, sólo podemos mirarlas”, pero tenía la esperanza que inmediatamente después de la oración vespertina iba a poder apropiarse del tesoro.

Al finalizar el Shabat, casi sufre un ataque al corazón, cuando observó que el impresionante tesoro había desaparecido.

Entró al depósito, examinó cada centímetro cuadrado sin mayor éxito, no quedó ni restos de todos los materiales preciosos, como si se los hubiera tragado la tierra.

Deprimido y desesperanzado retornó a su casa. Al bendecir la bendición de Havdalá, pronunció con especial énfasis las palabras: “Por favor, Hashem haznos prosperar..., que prosperen nuestros caminos.”

Después de Havdalá, siguió el hombre, pensando quién pudo tomar todo el tesoro, aparentemente ninguno de los feligreses lo pudo haber visto. Siguió así toda la noche con pensamientos similares, que no lo dejaban tranquilo. Pero... grandes son los pensamientos del hombre y el consejo Divino prevalecerá.

En la misma ciudad existía una persona muy adinerada, que poseía un comercio de muy grandes proporciones.

Esta persona solía viajar una o dos veces por año a países lejanos, para traer mercadería para su importante negocio.

Al aproximarse la fecha del viaje, todos los comerciantes de la ciudad le traían sus listas de pedidos y el acaudalado comerciante les compraba lo que necesitaban cobrando una pequeña comisión por la molestia.

A todo esto, el criado de la sinagoga había conseguido ahorrar una pequeña suma, con la ayuda de sus hijas que empezaron a trabajar en la casa de los ricos.

Cuando escuchó, que el comerciante iba a emprender su viaje, se dirigió con sus ahorros a su casa y se colocó en la fila de los comerciantes, que vinieron a entregar sus pedidos. Cuando todos entregaron el dinero y sus listas, se acercó vergonzosamente hacia el rico.

— Y tú, ¿qué quieres que te compre? — preguntó el acaudalado con una sonrisa en la boca.

— Esto es todo lo que tengo — dijo el criado balbuceando — y le extendió a su interlocutor una pequeña bolsa con unas monedas en su interior.

— ¿Y qué quieres que compre con ellas? — volvió a preguntar el viajero.

— Lo que tú quieras, no tengo idea que se puede comprar con ese dinero, seguro que tú podrás encontrar algo bueno y barato contestó humildemente el pobre criado. Tomó el comerciante el dinero y anotó en su libreta, al margen de las largas listas de sus colegas, comprar “algo” para el pobre.

Al llegar a su destino, bajó del barco, compró en el centro de la ciudad la mercadería necesaria para él y para sus colegas. Al terminar sus compras regresó el barco y al observar su libreta verificó que había olvidado comprar “algo” para el criado.

Vaciló el hombre, si convenía volver a descender del barco en especial para el pobre, pero recordó la manera en la que formuló su humilde pedido y pensó en la vergüenza que le causaría en caso de no traerle nada; así que decidió pedir al capitán que postergue el viaje por unas horas y fue rápido a comprar algún objeto para el criado.

Al llegar al mercado, se encontró con un hombre que vendía una caja, cuyo precio era de treinta dinares.

— ¿Qué hay en la caja? — preguntó el comerciante. — Es un secreto. Si quieres averiguarlo, paga treinta dinares y lo sabrás — contestó el vendedor.

El comerciante dudó y al ver que todo el dinero del pobre eran exactamente treinta dinares, tomó la caja y volvió apresuradamente a la nave.

Cuando abrió la caja, se sorprendió al ver, que en su interior había una gata y cuatro cachorros.

Se lamentó el hombre por la desafortunada compra. ¿Qué va a hacer el hombre con estos gatos? no le es suficiente alimentar a toda su familia, que ahora tendrá que preocuparse por la alimentación de los gatos — pensó con pesar.

Siguió examinando en la caja para ver si había algo más que los indeseables felinos. De repente descubrió una agradable sorpresa. La caja tenía un doble fondo, en el cual se encontraba una importante suma de dinares de oro. Liberó a los gatos y guardó el dinero para el criado.

El barco llegó al puerto de partida y el viajero descendió alegre de haber conseguido bastante más que “algo” para el pobre criado.

Enseguida, llegaron los vendedores de la ciudad a buscar su mercadería.

Sólo el criado no llegó. A pesar de la insistencia de su mujer, el criado se avergonzaba de ir a buscar “su mercadería” — seguramente nos compró algo ridículamente pequeño o nos olvidó por completo le decía a su mujer.

Pasaron dos semanas, en las cuales el comerciante, esperó infructuosamente la llegada del pobre, para entregarle su tesoro. Cuando el tiempo pasaba y el pobre no aparecía, envió un mensajero a llamarlo. Al principio, el pobre se negó a ir, pero luego de la insistencia del mensajero, se presentó en la casa del rico.

— ¿Porqué no viniste a tomar tu mercadería? — preguntó el comerciante.

— Me avergonce — balbuceó el pobre.

— No es para avergonzarse la enorme fortuna que te corresponde — se rio el rico — mostrándole la cantidad de dinares de oro, que le correspondían.

Al principio, el pobre no entendía lo que pasaba, pensaba que

el rico se estaba burlando de su pobreza, pegó media vuelta y pensó marcharse, mas el rico no se lo permitió.

— Debes escuchar lo que pasó — le dijo.

— En principio, en realidad me olvidé de comprarte algo. Pero cuando en la nave, descubrí que me había olvidado, descendí del barco y volví al mercado. Había un hombre que ofrecía una caja sin revelar su contenido por treinta dinares.

Vacilé en comprar la caja sin conocer el contenido, pero al verificar que todo tu dinero era justo treinta dinares, pensé que era una señal Divina para favorecerte.

Cuando abrí la caja comprobé que había “gato encerrado” y me lamenté por la mala adquisición, pero luego descubrí en el doble fondo, que habían monedas de oro escondidas.

Cuando terminó el comerciante su relato, empezó el criado a contar el suyo. Contó como poco tiempo atrás encontró el tesoro en el depósito de la sinagoga, todas las tentaciones que lo acometieron y como pudo sobreponerse a ellas.

Siguió contando como el tesoro, se mantuvo en su lugar todo el Shabat y se desvaneció al llegar la noche. Al parecer ahora me fue enviado este dinero como recompensa a que me pude sobreponer a la tentación y no violé el Shabat — concluyó el pobre su relato.

— Te lo mereces y que lo disfrutes le auguró el comerciante.

El criado quiso pagar parte del tesoro al comerciante, como comisión de la transacción, pero el rico comerciante se negó a recibir parte de lo que consideró era un presente Divino, para el criado, en mérito a la observanza del Shabat.

Desde ese día se transformó el criado en una de las personas más ricas de la ciudad. Sin embargo, no abandonó su puesto como criado de la sinagoga y vivió una larga y feliz vida.

Fuente: contado por Rabí David Sharvit de Kriat Gat.

La ayuda del rabino y la joya de oro

Rabí Iaacov Netef vivía en la ciudad de Túnez, era muy piadoso y trataba de ayudar a todos los miembros de la comunidad.

Todos los años, antes de Pesaj, ayudaba a sus vecinos a hornear pan ázimo y supervisaba personalmente, que todo se haga de acuerdo a la Halajá.

Organizó además un sorteo, para determinar el orden, en el cual los vecinos iban a hornear sus matsot (pan ázimo).

Uno de los años, fue un año de sequía, en el cual la producción agrícola fue muy pobre y el trigo era muy caro. Los judíos de Túnez debieron trabajar duramente para poder mantenerse. La sequía afectó, en especial, a aquellos que pertenecían a la clase media.

La difícil situación, no impidió que Rabí Iaacov, según su vieja costumbre, anunciara que el próximo martes se iba a celebrar el horneo de las matsot.

Uno de los vecinos de Rabí Iaacov, un judío, que en el pasado había ayudado generosamente a los pobres de la ciudad en todas las ocasiones, entre ellas en el reparto de harina para Pesaj, esta vez no sólo que no podía ayudar, sino que el mismo necesitaba que lo ayudaran económicamente.

No quiso el hombre servirse de la caja comunitaria y buscó entre sus pertenencias algún objeto de valor, para venderlo o empeñar, pero su búsqueda fue en vano.

Se aproximaba el día del horno de las matsot y no sabía que iba a haer cuando Rabí Iaacov le pregunte dónde estaba su harina.

La noche anterior al horneo, no pudo conciliar el sueño toda la noche. Antes del alba se levantó de su cama y sin contarle a su

esposa, salió de la ciudad, hasta el lugar al cual sus piernas lo lleven.

A la madrugada, empezaron a llegar los vecinos a la panadería, trayendo sus bolsas de harina y bolsos en los cuales colocar las matsot.

Se sentaron, esperando la llegada del rabino, para hacer el sorteo de la prioridades como de costumbre. También la esposa del judío prófugo, se contaba entre los presentes. Pensó que su marido había madrugado, para ir al mercado a comprar harina para las matsot.

Al llegar el rabino, efectuó el sorteo y la señora salió tercera en la lista de espera.

Ella estaba segura, que hasta que sus vecinos terminen iba a llegar su esposo con la harina, para hornear las matsot. Mas los primeros terminaron y su esposo no llegó, ni envió la harina.

— ¿Dónde está tu esposo? — preguntó el rabino.

— Salió temprano para comprar harina, pero desde entonces no regresó — contestó la mujer.

El rabino aconsejó a la mujer retornar a su casa, quizás allá, había vuelto su marido. La mujer preocupada salió de la panadería, segura que no encontraría en la casa a su esposo y creía que la causa de la desaparición era la carencia de dinero para comprar la harina.

La distancia de la panadería hasta su casa era muy corta. Durante la caminata, se desató una violenta tormenta. Pesados nubarrones cubrieron el cielo y el viento empezó a arrasar lo que encontraba, en su camino. Las personas eran arrastradas por el vigor del temporal.

Entre los transeúntes, se encontraba la sirvienta de uno de los ricos de la ciudad, que llevaba en su mano una pulsera de oro con diamantes.

Por causa de la violencia del viento y la confusión reinante en la calle, la importante joya cayó de su mano y llegó arrastrada por el viento hasta la mujer judía que salió de la panadería. Se alegró la señora, con el inesperado hallazgo y sin retornar a la casa, volvió a la panadería y le contó al rabino lo sucedido.

Le señaló al rabino la difícil situación económica y que desconocía el paradero de su esposo.

— Este es sin duda un regalo de D-s para Pesaj — expresó Rabí Iaacov.

— ¿Qué haré ahora? — preguntó la mujer.

La pulsera es un regalo Divino. Mientras tanto toma dinero mío — dijo Rabí Iaacov, — anda rápido al mercado a comprar harina y retorna pronto a la panadería para hornear vuestras matsot, después D-s ayudará.

La mujer hizo según lo convenido, compró la harina, horneó las matsot y retornó a su casa con la esperanza del pronto regreso de su esposo.

La noche se acercaba, mas su esposo no aparecía. A la noche recibió la visita de Rabí Iaacov, que vino a preguntar si su esposo ya había regresado. Ante la respuesta negativa, Rabí Iaacov pidió de la señora que le detallara todos los artículos que la familia necesitaba para poder celebrar Pesaj, con el brillo de los años anteriores.

Se sentó el rabino anotando detalladamente los artículos y al terminar se marchó, deseando la pronta llegada del marido y que tengan felices fiestas.

Al día siguiente, empezaron a llegar los changadores, trayendo bolsas y cajas repletas de alimentos surtidos y manjares, ropa nueva y zapatos.

La mujer estaba alegre de poder festejar Pesaj, sin tener que privarse de nada. Después de ordenar los diferentes artículos en

sus respectivos lugares, se dirigió a la casa del rabino, para pedir dinero que le permitiera comprar cal y pintura para pintar la casa, según la vieja costumbre de la familia.

Después de pintar las paredes, la casa quedó reluciente, con los armarios y estantes llenos de todo lo necesario para Pesaj.

Pero, lo principal faltaba..., desde la noche en la su cual esposo había salido, todavía no había regresado y la mujer empezó a inquietarse.

Mientras tanto su esposo, al salir de su casa empezó a deambular por las calles sin destino prefijado, salió de la ciudad y se internó en un espeso bosque.

La oscuridad reinaba en el bosque, como consecuencia de al tupida vegetación y se escuchaban las voces de animales salvajes y demas criaturas, habitantes del bosque.

Durante el primer tiempo, se pudo alimentar con la vianda que trajo consigo, pero al terminarse la comida, el hambre comenzó e hacer estragos en su estómago, y debió alimentarse de hierbas y frutos silvestres.

Al anochecer escuchó tronar a los leones que buscaban su presa, y temeroso subió a uno de los árboles para ponerse a salvo de los peligrosas bestias y reptiles que se desplazaban por el bosque protegidos por la oscuridad de la noche.

El hombre estaba sumamente cansado y hambriento. Pensó que con semejante cansancio, iba a ser preso del sueño pronto, pero los diferentes pensamientos que se cruzaban por su mente no le permitían cerrar los ojos.

Se preguntó el hombre a si mismo:¿ Acaso enloquecí para morir solitario en las penumbras del bosque presa de las bestias? ¿Cómo se encuentran mi mujer y mis hijas, que abandoné sin desperdirme de ellos?

No sólo yo, caí en la pobreza, muchas familias fueron afectadas por la sequía y D-s los ayudó a recuperarse, se consoló.

Melancólicamente, recordó la noche del seder de Pesaj del año pasado, él sentado en la cabecera de la mesa la casa impecable, su mujer e hijos vestidos con ropas reales, escuchando atentamente el relato de la salida de Egipto.

Repentinamente atravesó su mente una frase que había escuchado del Gran Rabino Ieshuá Basis, en una prédica, en la cual habló acerca de la caída de Amán y los enemigos de Israel frente a la redención de Israel. Esforzó su mente para recordar la frase completa hasta que lo consiguió:

“El pasado pasó, el futuro no llegó y D-s envía la salvación.”

Pasaron los días de prosperidad, pero podían volver con la ayuda Divina, concluyó sus pensamientos.

Después de fortalecerse espiritualmente con la repetición de la frase, intentó recordar el camino por el cual se internó en el bosque. Con la ayuda Divina fue avanzando, acercándose, hasta llegar a su casa exactamente la víspera de Pesaj, cerca del crepúsculo.

Quiso entrar a su casa pero vaciló. Daba un paso adelante y otro atrás, hasta que al final junto fuerzas y luego de golpear, abrió la puerta. Al poner sus pies en el umbral, casi se desmaya al ver a su familia vestida festivamente con nuevas y deslumbrantes ropas, sentada junto a la mesa colmada de manjares.

— ¿De dónde salió todo esto? — preguntó anonadado.

— No hay tiempo para hablar — replicó la señora. Andá a bañarte y cambia tus ropas en honor a la fiesta, y lleva los niños a la sinagoga. Celebraremos la fiesta con el rabino y los vecinos. Todo lo que ves proviene de la generosa mano del Santo Bendito Sea.

Celebraron alegremente la noche del Seder y cuando se retiraron los invitados, volvió a preguntar le hombre, cuál era la fuente de toda la abundancia.

Contó la señora lo acontecido y agregó que posiblemente quedara más dinero en lo de Rabí Iaacov.

El primer día de Jol Hamoed, le dijo el hombre a su esposa que vaya a ver al rabino a pedirle una pequeña suma de dinero para poder comprar lo necesario hasta la finalización de la fiesta.

Fue le mujer a la casa del rabino, y éste dijo que lo que recibieron era una pequeña suma de adelanto por el valor de la joya. Iré a vender la joya y les traeré el vuelto. Después de una hora llegó el rabino a la casa y le entregó al esposo una bolsa llena de monedas de oro.

Invierte el dinero en tu negocio y D-s te bendecirá como en tiempos pasados y recuperarás tu dinero perdido-le aconsejó — y se despidió bendiciéndolo.

Agradeció el hombre al rabino por la bendición y toda la ayuda que había brindado a su familia, durante su desaparición.

Con el dinero que recibió del rabino, comerció y la bendición de D-s lo acompañaba en todas sus actividades y volvió a su antigua posición, y él y sus hijos pudieron ser benefactores de toda la comunidad.

Fuente: traducido del árabe del libro “Cuentos de justos”.

La mano paralizada

Muy grande era la sabiduría y los conocimientos de la Torá del Gaón Rabí Abraham Antebi.

Todas sus acciones estaban coronadas por la santidad y la rectitud. Su influencia se hizo sentir en la ciudad de Alepo, Siria, cuando fue nombrado jefe del Tribunal Rabínico de la comunidad, hace unos 160 años.

A pesar de su importante puesto y el pesado trabajo que recaía sobre sus hombros, el rabino mismo iba los viernes y vísperas de fiestas al mercado para hacer las compras para Shabat y las fiestas, para honrarlas él en persona como hacían los sabios del Talmud.

En víspera de la fiesta de Shavuot, tiempo de la entrega de la Torá, Rabí Abraham madrugó según su costumbre, se envolvió con el manto ritual, se puso los tefilín, y vistió su larga capa. Se dirigió al Beit Hakneset, besó la mezuzá ingresó a la sinagoga.

Siempre Rabí Abraham intentaba ser uno de los primeros miembros del minian.

Cuando se completó el minian, comenzó el oficiante a decir: "Iehudá Ben Temá decía: "Se fuerte como un tigre para cumplir con la voluntad de tu Padre Celestial; el destino del insolente es heredar el infierno, del vergonzoso heredar el paraíso."

Al finalizar las oraciones, estudió el rabino la clase diaria de Talmud junto con rabinos y feligreses de la ciudad.

Concluída la clase, salió el rabino al mercado, a comprar lo necesario para celebrar Shavuot.

Al llegar al mercado se encontró con un grupo de granujas conducidos por un matón judío de nombre: Abu Shajud Mustafa.

El rabino, al escuchar las indecentes y obscenas palabras en las cuales estaba ocupada la banda, se estremeció y no pudo

contenerse. Se dirigió al jefe de la banda, con severas palabras de reprobación, diciéndole: como no te avergüenzas de pronunciar semejantes palabras, ensuciando e impurificando tu alma.

El bandido que en un principio no había advertido la figura del rabino, quedó absorto y no supo que contestar.

Los compañeros del bribón se miraron unos a otros y se burlaron de quien los conducía con mano de hierro y ahora era duramente reprendido.

El jefe del grupo pensó como avergonzar al rabino, para salvar su posición en ojos de sus camaradas.

El bribón tendió una emboscada al rabino y cuando Rabí Abraham pasó por el lugar intentó acuchillarlo.

En el mismo momento que levantó la mano para atacar el rabino, la mano se detuvo en el aire y no la pudo mover.

Procuró levantar la mano o bajarla, pero todos los intentos fueron vanos.

Se retorció el granuja de dolóres y no pudo encontrar alivio a su sufrimiento.

A causa de sus fuertes dolóres y la paralización completa de su brazo, no tuvo alternativa fuera de acercarse a la casa del rabino y pedir su perdón, quizás así acepte rezar a D-s para que lo cure.

Llegó a la casa de Rabí Abraham, sumiso y avergonzado. Al ver al rabino se prosternó a sus piernas y con lágrimas sobre sus mejillas pidió perdón al rabino por haber intentar atacarlo.

— ¿Acaso piensas que tú puedes decidir acerca de mi vida? — volvió a reprenderlo Rabí Abraham.

En lugar de respuesta, se escuchó el llanto y los suspiros del hombre. Viendo Rabí Abraham que el arrepentimiento del

hombre proviene de lo más hondo del corazón, se acercó a él, le bajó delicadamente la mano y todo volvió a la normalidad.

Inmediatamente le dijo al bribón, “salga tu pecado y sea expiado”. Lo siguió reprendiendo por el pasado y le mostró como debía conducirse de aquí en adelante.

El hombre avergonzado, con la cabeza inclinada, prometió cambiar el curso de su vida.

Bendígame Rabino — pidió humildemente al despedirse. Colocando el rabino sus dos manos sobre su cabeza, le dijo: “Te bendiga D-s y te proteja... y que te de paz,” y se despidieron amistosamente.

Un testigo (Rabí Iosef Iedid Halevi) contó, que vio con sus propios ojos a este hombre estudiando Torá, en una ieselvá de la ciudad santa de Safed.

El personaje de la historia, le mostró la mano doblada parcialmente y le contó la historia de lo acontecido con Rabí Abraham Antebí, en los días de su juventud. Agregó que la bendición del rabino se cumplió, llegando a hacer teshubá por completo y gozó llegar a una feliz vejez.

Cada fiesta de Shavuot, el hombre fijó la costumbre de contar su cuento en público para ayudar a los fieles a acercarse sinceramente a D-s.

La fuente: la introducción del libro “Jojmá umusar” sobre Rabí Abraham Anatebí, escrito por Rabí Iosef Seab.

Rabí Abraham Antebí, juzgó a Israel más de cuarenta años y dirigió el Tribunal con inteligencia y sabiduría, muchos decretos promulgó y contestó muchas preguntas formuladas por sabios de todos los confines del mundo.

Una vez al visitar la casa de uno de los dirigentes de la comunidad, le pidió al dueño de casa que cambie la cama de lugar. El dueño de casa sin entender la causa del extraño pedido cambió el lugar de la cama para cumplir la palabra del rabino.

Esa misma noche, un fuerte terremoto azotó a la ciudad de Alepo. Como consecuencia del vigor del terremoto, la pared en la cual estaba en un principio la cama quedo destruída y la pared a la cual fue trasladada la cama no fue afectada por el terremoto.

Los judíos de Alepo escaparon a los campos y vivieron dieciocho meses en tiendas. Allí escribió Rabí Abraham uno de sus libros.

Se cuenta que el día de su muerte, estuvieron con él ocho sabios y estudiaron Zohar, 'al finalizar el estudio, quisieron decir Kadish, pero faltaba una persona para completar el minian. Rabí Abraham ordeno que digan Kadish diciendo: ¿Acaso Rabí Hamnuna (uno de los sabios del Zohar) que está con nosotros no es digno de completar el minian.

La epístola a D-s

En la ciudad de Alepo vivía un sabio judío llamado Rabí Iehuda Abud. Tenía una familia numerosa y se mantenía magramente como maestro de párvulos.

Antes de la fiesta de Pesaj, recibió su sueldo del consejo comunitario, puso los billetes en el bolsillo y se preparó a ir al mercado, para comprar lo necesario para la celebración de la fiesta.

Al llegar al mercado, pudo comprobar Rabí Iehuda que el dinero que había puesto en su bolsillo había desaparecido.

No sabía que había pasado con su dinero, lo que sabía era que necesitaba urgentemente dinero para hacer las compras para Pesaj.

Regresó a su casa triste, preocupado y con las manos vacías. Una idea atravesó su mente, le escribiría una carta al Santo Bendito Sea. En su carta detallaría todo lo necesario para Pesaj y D-s que redimió a su pueblo de Egipto, también lo redimirá a él, su siervo, de todos sus problemas.

Escribió una numerosa lista con todos los artículos necesarios para Pesaj, la colocó en un sobre, escribió sobre el sobre: destinada al "Santo Bendito Sea." Salió al patio de su casa y arrojó la carta al aire.

Ese día se desató una fuerte tormenta. La carta se elevó por los aires, después de viajar varias horas por los aires y las calles de Alepo, la carta descansó en el hogar de uno de los ricos de la ciudad.

Con gran sorpresa, observó que el destinatario de la carta era "El Santo Bendito Sea." Abrió el sobre y vio la larga lista de productos. Pensó el hombre: si D-s arrastró la carta hasta mi casa, señal que me eligió para ser su mensajero.

Llamó el rico a su sirviente, le entregó la lista de artículos, le pidió comprar el doble de cada cosa y enviarlo a la casa de Rabí Abud.

Con gran alegría, recibió Rabí Iehudá todos los productos del criado. Rabí Iehudá le pidió que se identifique y él contó que el era el criado de Ezrá. Agradeció el rabino al criado y pidió entregar su agradecimiento y sus cálidos saludos a su patrón y con gran regocijo celebró la noche del Seder.

Santificó al día con una hermosa copa que le fue enviada por el acaudalado Ezrá y agradeció a D-s por su infinita bondad.

Terminada la fiesta, fue Rabí Iehudá a la casa de Ezrá, le agradeció per todo lo que había mandado y le dijo que quería devolverle en cuotas, todo lo que Ezrá había gastado, para financiarle los gastos de la fiesta.

— No estoy dispuesto a aceptar un solo centavo — le respondió Ezrá El Santo Bendito Sea me dio el privilegio de ayudarte con el dinero que El mismo me agració, para que puedan pasar cómodamente la fiesta.

La alegría que me da la ayuda que te pude brindar, es el mejor pago. Ahora, vuelve a tu casa y que D-s siempre satisfaga todas tus necesidades y los deseos de tu corazón para bien durante todos tus dias.

Fuente: cuento de los judíos de Alepo, Siria. Hay un cuento similar sobre un judío de Túnez, que envió una carta a D-s la víspera de Pesaj.

El vaso que se convirtió en amuleto

El rabino Ieshuá Basis, que se desempeñó como Gran Rabino de Túnez, obtuvo renombre como gran justo y hacedor de maravillas. Muy grandes eran sus conocimientos en todos los campos de la Torá, incluso en la Torá esotérica, la Cabalá.

Rabí Basis acostumbraba para todo Pesaj, comprar una copa y una botella de vino nueva, para santificar sobre ellas el día, durante la noche del Seder y tomar las cuatro copas de vino.

En esos días, había un judío de Túnez de nombre "Basasi", cuyo ocupación era tocar y cantar en los casamientos y demás festejos, cantos y poemas que compuso para alabar a D-s, al pueblo de Israel y su Torá.

Acostumbraba Rabí Ieshuá, celebrar cada año en la víspera de Pesaj una fiesta de finalización de un Tratado del Talmud, con la cual eximía de ayunar a los primogénitos. (que si no debían ayunar la víspera de Pesaj.).

El rabino solía invitar también al cantor "Basisi" para alegrar con canciones la fiesta.

El cantor tenía un hobby particular, coleccionaba copas de vidrio diferentes.

Una vez le pidió Rabí Ieshua, que le traiga alguna copa agradable para la noche del Seder.

Se apresuró el cantor a cumplir con la voluntad del rabino, y trajo junto con un changador todas las copas que se encontraban en su posesión, para que Rabí Ieshuá pudiera elegir la que más le gustara.

Eligió el rabino una bella copa de la inmensa colección y a cambio, entregó al dueño del vaso, la copa sobre la cual, santificó el día, el año pasado.

Después del fallecimiento de Rabí Ieshuá, se desató una violenta peste en Túnez, que cobró muchas víctimas.

Una de las noches, apareció Rabí Ieshuá en sueños al cantor y le dijo: Toma la copa de vidrio que te di, cuelgala de una de las paredes de tu casa y no ocurrirá nada malo.

Hizo el cantor, de acuerdo al consejo del rabino en el sueño y ningún miembro de su familia, fue afectado por la terrible enfermedad.

Los judíos de Túnez, oyeron acerca de la copa maravillosa y también ellos la llevaron y colgaron por un momento en sus casas y por intermedio del amuleto no se enfermaban los habitantes de la casa.

Con el correr de los años, se transformó la copa en un famoso amuleto y cada persona que se enfermaba, le era traída la copa hasta la cama y se curaba inmediatamente. Si surgían dificultades en un parto, traían le copa y parían fácilmente.

Así, pasaba la copa de mano en mano y la conservaron como lo más valioso existente. Todos supieron que la copa producía milagros por mérito de Rabí Ieshua Basis, sirva el recuerdo de los justos como bendición.

Fuente: traducido del judeo-arabe del libro "Maase Nisim".

“Daienu” fue el ladron

La víspera de Pesaj a la madrugada, llegaron a la ciudad Amadia, Curdistan, algunas familias judías, de las aldeas vecinas para festejar Pesaj en la casa del rabino Iehudá Ben Shimón.

El hijo de Rabí Iehudá, recibió calurosamente a los visitantes y junto con sus hermanos y hermanos ayudó a descargar las maletas de las mulas.

Todos los huéspedes, hombres y mujeres, ayudaron en el horneo de las matsot, repartiéndose los trabajos.

Todos los hombres que se congregaron alrededor del horno empezaron a llamar: ¡Cohen ¡Cohen! y un cohen del grupo se acercó para hornear la primer hogaza. — ¡Levi! ¡Levi! — prosiguieron — y un leví del grupo horneó la segunda matsa. Continuaron el Tercer llamado: ¡Israel ¡Israel! y un miembro del grupo que no era cohen ni leví, se acercó y horneó la tercer matsa.

Las tres matsot shmurot, (cuidadas con el máximo de precaución, para evitar la más mínima posibilidad de fermentación) que fueron horneadas, acompañadas con cánticos de alabanza, las colocaron en una bandeja de bronce, las cubrieron con una servilleta bordada y las llevaron a la casa de Rabí Iehudá.

Al llegar el portador de las matsot al cuarto del rabino, se sorprendió al ver salir del cuarto, al gobernador de la región y sus guardaespaldas.

Al ingresar el hombre, con algunos de los huéspedes al despacho del rabino, se encontraron con Rabí Iehudá pálido, con los ojos cerrados y orando en voz bajo con gran concentración.

Cuando observó Rabí Iehudá a los visitantes con las matsot, abrió sus ojos y se dirigió a ellos con una angustiada mirada,

murmurando: el gobernador me ordenó descubrir en el plazo de tres días al responsable de la desaparición de una copa de oro con diamantes engarzados que se encontraba en su palacio.

Si no logro descubrir al ladrón en el plazo acordado, el gobernador ordenará arrojar harina leudante en nuestras casas en Pesaj amargando la celebración de nuestra fiesta. — Por otro lado, si logro descubrir al responsable, el tesoro comunitario recibirá como recompensa el valor de la copa robada, en monedas de oro—culminó sus palabras.

Las palabras de Rabí Iehudá golpearon rudamente a los presentes y enlutaron sus semblantes ¿Cómo iba a poder el rabino enfrentarse a la pesada misión que el gobernador le había asignado?

Al ver el rabino, la cara de preocupación de sus familiares e invitados, los tranquilizó — Vamos a celebrar la fiesta de Pesaj, según todas sus leyes, esperando la salvación Divina, el mes de Nisán es el mes de la redención. En Nisán D-s redimió a nuestros antepasados y en Nisán redimirá a nosotros y a nuestros descendientes. D-s no abandonará a su pueblo.

Al caer el crepúsculo, se congregó la comunidad en el Beit Hakneset, para las oraciones del festival y rezaron con gran fervor.

La emoción y el temor de los feligreses se sintió en especial cuando subieron el tono de la voz y al recordar en las oraciones al versículo: “y gritarán a D-s en su angustia y de su opresión fueron redimidos.”

Al estar Rabí Iehudá, sus hijos y sus invitados en la sinagoga, se escondieron dos soldados en el techo de la casa del rabino, bajo orden gubernamental, para escuchar lo que hacía Rabí Iehudá, para descubrir al ladrón de la preciada copa, durante la noche del Seder.

En medio del desarrollo del Seder, escucharon un fervoroso cántico que llegaba hasta el ventiluz que decía: “Daienu,

Daienu” (canto que anuncia que si D-s hubiera hecho una diminuta parte de las bondades que hizo con su pueblo Israel, sería suficiente para alabarlo y servirlo).

Cuando escuchó uno de los soldados que el rabino y demás comensales repetían con énfasis a la palabra “Daienu” le dijo a su compañero: ¿escuchas? el rabino reveló que Daienu, el guardián de la torre, robó la copa del gobernador. Su compañero abriendo los ojos con dificultad también oyó las voces que volvían sobre las palabras: ¡ “Daienu, Daienu”!

Los soldados descendieron sigilosamente del techo y se apresuraron a informar al gobernador, que el rabino había descubierto, que Daienu, el guardián de la torre, es el ladrón.

Inmediatamente Daienu fue traído frente al gobernador y no tardó en confesar acerca de la autoría del delito y el lugar en el cual escondió la copa robada.

El gobernador ordenó apresar al culpable y se dirigió a la casa de Rabí Iehudá a agradecerle por haber descubierto al responsable. El gobernador le reveló que los dos soldados que se escondieron en el techo de su casa, escucharon de su boca que Daienu es el ladrón.

Los ojos y el rostro del rabino brillaron de alegría, al escuchar las sorprendentes palabras del gobernador y su corazón agradeció al Creador, por la increíble salvación que había enviado.

Los presentes, sentados a la mesa absortos se sintieron como soñando despiertos, al comprender lo acontecido.

Cuando el gobernador quiso entregar la recompensa prometida al tesoro comunitario, explicó el rabino que los judíos no pueden ocuparse de cuestiones monetarias en los días festivos y pidió posponer la entrega hasta la finalización de la fiesta.

Con gran alegría cantaron las palabras de le Hagadá: “Y Su Promesa se mantuvo para nuestros antepasados y para

nosotros, a pesar de que no uno solo se levantó sobre nosotros para aniquilarnos y el Santo Bendito Sea nos salvó de sus designios.”

Hubo aquellos que volvieron a cantar: “si hubiera matado sus primogénitos y no nos hubiera dado su dinero “daienu” (nos bastaría), si nos hubiera dado su dinero y no nos hubiera abierto el mar “daienu, daienu, daienu”, etc.

Fuente: el cuento es muy difundido entre la comunidad curda, hay cuentos similares en otras comunidades.

La Torá de Ezrá, el escriba

Ezrá Hacohe era un excelente escriba. Su escritura era de una belleza inigualable.

Los libros de la Torá que Ezrá escribió, que se encontraban en posesión de unos pocos privilegiados eran muy apreciados para sus dueños.

En la época de Rav Shrirá Gaon (hace unos mil años) que vivió en Babilonia, había un judío acaudalado y encumbrado que sirvió como dignatario de la comunidad.

Este hombre de impresionante riqueza adquirió un libro de la Torá de Ezrá, el escriba, pagando por él, una cifra extraordinariamente alta.

El libro adquirido, se transformó en uno de los bienes más apreciados de la comunidad.

Al fallecer el propietario, sus dos hijos se pelearon por la herencia del libro y estaban dispuestos, a condición de heredar el libro, a renunciar a la inmensa fortuna que dejó su padre.

Por cuanto que ninguno estaba dispuesto a renunciar al libro de la Torá y era imposible dividirlo, se vieron obligados a visitar a un juez rabínico, Rabí Shrira Gaon, para que decida lo que hacer.

Después de escuchar atentamente los argumentos de los litigantes, falló el juez diciendo:

Vamos a hacer un sorteo, el que triunfe se llevará el Sefer-Torá y su hermano heredará los demás bienes.

El hermano estaba alegre y feliz, en cuanto el perdedor se sintió triste y desdichado, estando dispuesto a renunciar a toda la riqueza heredada, a cambio del Sefer-Torá.

En la ciudad de Bagdad, había un judío malvado alejado del cumplimiento de las mitsvot (mandamientos) que quedó sorprendido al ser informado de la disputa entre los hermanos. Se preguntó a si mismo que podía haber en especial en ese Sefer-Torá, que estaban dispuesto a renunciar por él a una grandiosa fortuna.

El depravado decidió disfrazarse para que no lo reconozcan y concurrió al Beit-Hakneset, donde se encontraba el Sefer-Torá. Al terminar la oración vespertina, cuando los feligreses dejaron la sinagoga, se acercó al lugar donde se encontraban los libros de la Torá y sin dificultad, pudo distinguir entre ellos el libro de Ezzá, el escriba que sobresalió por su belleza sin igual, con diferentes adornos que aumentaban más aún su brillo.

En un principio titubeó si era conveniente llevar a cabo su maléfico plan, pero un impulso maligno, lo empujó a actuar.

Abrió el Sefer-Torá y vió el antiquísimo pergamino, en el cuál sobresalían las negras letras. Observó frente a sus ojos las palabras "y serviráis (veabadtem) a vuestro D-s." El hombre

tomó en su mano el cortaplumas que había traído consigo, junto con una pluma de escribas y cambio la primer letra de “abadtem” de “ain” a “alef”, cambiando el significado: “y perderaís a vuestro D-s.”

A través de este denigrable acto, pensaba el bribón, que el Sefer-Torá iba a perder su tremendo valor.

Después de varios días, cuando leyeron del Sefer-Torá de Ezrá, quedaron estupefactos los feligreses al descubrirse el error ¿Cómo era posible, que Ezrá, el escriba, cometa semejante equivocación?

Ahora, incluso si cambian parte del pergamino, de todos modos el libro, dejaría de ser el Sefer-Torá de Ezrá, el escriba.

El hombre que había sido favorecido por el sorteo, quedó muy apenado y se arrepintió de haber renunciado a toda la riqueza.

Acongojado y deprimido, se acostó esa noche. A la noche apareció su padre en sueños y le relató lo que sucedió.

Continuó su padre en sueños y le dijo: en el Arca Sagrada, en la cual se encuentran los Sifrei-Torá, se encuentra el ojo (ain) del renegado que cambio las letras. En el mismo momento que hizo la operación perdió su ojo derecho y se cumplió el versículo “ain tajat ain” (ain por ain, ojo por ojo, en este caso ojo por letra “ain”). Además sabe que el libro de Ezrá no va a ser arreglado por nadie que se encuentre en la Tierra, sino por Ezrá, el escriba en persona.

Así fue, se levantó conmocionado el hijo de su cama, se dirigió a la sinagoga, encontró en la arca un ojo y al abrir el Sefer-Torá pudo cerciorarse con sorpresa y alegría que estaba escrito “vabadtem” con ain, sin percibirse señal del arreglo en el pergamino.

Contó el hombre el sueño y supo toda la comunidad la santidad y los poderes maravillosos del Gran Escriba Ezrá, que su mérito proteja a nosotros y a todo Israel.

Fuente: traducido del judeo-árabe de la revista "Luz de la Luna".

Uno de los más grandes sabios de Israel fue el Rabí Moshe Ben Najmán (Najmánides)

Su gran sabiduría abarcaba no sólo el judaísmo, sino también medicina y demás ciencias. Grandes eran también sus conocimientos de Cabalá, ciencia con la cual se pueden provocar fenómenos sobrenaturales.

Un día vino a visitarlo un anciano judío, experto en la cabalá práctica. Viendo la gran sabiduría de Rabí Moshé quiso enseñarle Cabalá práctica. Ramban no estaba dispuesto de ninguna forma a estudiar esta ciencia, y a pesar de la gran insistencia del anciano, el rechazo de Ramban fue total.

El anciano avergonzado por el total rechazo del gran sabio, decidió hacer algún acto maravilloso que llame la atención de Ramban y de esa manera interesarlo en el estudio de su "especialidad."

Ingresó en forma furtiva en una casa de personas adineradas, como si viniera a robar. Cuando los dueños de casa lo advirtieron, lo entregaron a la policía. El anciano fue puesto en la cárcel. Días más tarde fue juzgado y el fallo del Tribunal lo condenó a ser quemado en la hoguera en Shabat. Mandó el hombre un enviado a llamar a Ramban y le requirió su intervención ante el gobierno para eximirse del pesado castigo. Ramban se negó a ayudarlo y lo reprimió severamente por su mala acción.

— Son todas mentiras—proclamó el anciano — y D-s ayudará a liberarme. Por favor, dile a tu mujer que me cuente entre los comensales, para la tercer comida de Shabat.

Escuchó Ramban sus palabras y sin responder retornó a su casa.

Durante el Shabat, fue Ramban a rezar la oración de minjá y al volver a su casa para comer la tercer comida de Shabat, se encontró con el anciano cabalista.

Se sorprendió mucho Ramban, al ver al hombre vistiendo ropas sabáticas con todo su esplendor, debido que sabía que al mediodía fue arrojado a la hoguera y ya se tendría que haber convertido en cenizas.

¿Cómo te salvaste de la hoguera? — preguntó. Contestole el cabalista: tú puedes ver ahora la fuerza de la cabalá práctica. En el momento que me arrojaron al fuego, pronuncié el nombre de D-s y desaparecí del lugar y llegué a tu casa.

Al escuchar Ramban, el grandioso milagro, se dejó convencer por el anciano y empezó a estudiar cabalá práctica con él. Estudió además de los rabinos Eleazar de Garmiza (HaRokeaj) y Ezra Rabía, y así pasó a ser Ramban uno de los más eruditos en el tema.

Ramban vivía en la ciudad porteña de Barcelona, un día en uno de los astilleros de la ciudad construyeron una enorme nave, sobresaliente por su tamaño y su belleza.

Para la ceremonia inauguración del barco fueron invitados el rey y sus ministros. Intentaron botar el barco e introducirlo en el mar, pero debido al terrible peso de la nave no pudieron moverla y todos los esfuerzos fueron en vano.

Ramban y sus alumnos también vinieron a participar de la inauguración, y al ver Ramban que no podían hacer nada para mover el barco, se acercó y dijo riendo: ¿cuál es vuestro problema? ¿cómo es posible que les sea tan difícil botar el

barco? yo con un pequeño soplido puedo introducir el barco en el mar fácilmente.

Cuando escucharon los hombres las palabras del judío, a pesar de no creerle, fueron a contarle al rey, que hay un judío que dijo que con un soplido puede lograr botar la nave.

Mandó el rey a llamar a Ramban, ordenándole que cumpla su palabra y en caso contrario iba a ser castigado apropiadamente por hablar en vano. A pesar que fácilmente podía Rabenu Moshé cumplir con la voluntad real, temió que de hacerlo, se vea después obligado a revelar la fuente de sus poderes y que se le pida enseñar Cabalá práctica.

Ramban decidió planear una estratagema para huir de la ciudad. Pidió que le traigan una pequeña lancha con un conductor.

Cuando le trajeron la lancha pidió del marinero, que la introdujera en el mar.

Cuando se alejaron un poco de la costa, a través de los nombres sagrados causó el descenso del barco al mar.

Dentro de la lancha, escribió sobre un pedazo de arcilla el nombre sagrado correspondiente al pedido de acortar el camino. El marinero se durmió y luego de unos breves minutos Ramban llegó a su destino, a la ciudad en la cual ansiaba establecerse.

Tomó en su mano el pedazo de arcilla con el nombre sagrado e inmediatamente la lancha se detuvo. Despertó al marinero, de su profunda somnolencia, le agradeció por la molestia y le dijo que podía retornar a Barcelona.

Quedó anonado el marinero al ver que se encontraba en un lugar alejado un mes de navegación del puerto de Barcelona y separado de su ciudad por el tormentoso océano ¿cómo era posible haber llegado al alejado lugar en tan breve tiempo de navegación?

¿Cómo haré ahora solo en esta pequeña lancha para atravesar el océano? — imploró el hombre el Ramban.

— No debes preocuparte, con la ayuda del Creador, llegarás a Barcelona sin inconvenientes.

Tomó Ramban el pedazo de arcilla, la dejó sobre la superficie de la lancha y se dirigió al marinero diciéndole: En este momento puedes empezar a navegar sin temor, mas al llegar a Barcelona, debes arrojar el pedazo de arcilla al mar y cuidate mucho de no olvidar de hacer lo que te señale.

Se separó el rabino del marinero, y la lancha empezó su rumbo, navegando a una velocidad sideral. El marinero absorto e impotente, contempló con incredulidad lo que veían sus ojos, disfrutando del “viaje electrónico.”

Después de unas pocas horas de navegación, la nave llegó a Barcelona pero debido a que el marinero, estaba dormido y el pedazo de arcilla “santificado” continuó en la lancha, esta ascendió a la superficie y continuó su camino, por las calles de Barcelona.

Se espantaron los habitantes de Barcelona el ver el increíble espectáculo y los gritos de pánico cundieron por la ciudad.

Los gritos despertaron al viajero de su profundo sueño, con rapidez arrojó la arcilla y la rompió detuviéndose la lancha en el centro de Barcelona.

Al ver el rey de España, el insólito fenómeno, ordenó construir en el lugar en el cual se detuvo la lancha, una torre con forma de lancha para recordar la gran maravilla.

La torre con forma de lancha, se encuentra hasta el día de hoy en Barcelona, como recuerdo a los grandes poderes de Ramban y sus conocimientos en la cabalá práctica.

Fuente: traducido del judeo-arabe de la revista “Luz de la Luna”.

Se realizaron en el cuento pequeños cambios.

El poder de la vista

En los días de Maran Hajida, Rabí Jaim Josef David Azulai, vivía en la ciudad de Tripoli-Libia un judío llamado Masud Jaiun.

Muy piadoso era el hombre y trabajaba como shojet (matarife ritual). Todos los días iba al matadero donde carneaba de acuerdo a las leyes del judaísmo, vacas y ovejas.

Poseedor de una aguda visión, cuando revisaba el cuchillo de la shejitá para cerciorarse que no tenía la más mínima mella, no debía servirse de la uña, como se acostumbra.

Sólo debía fijar su vista en el cuchillo y de acuerdo a ello fijaba si tenía alguna pequeña mella y debía afilarlo para volverlo liso y filoso al máximo.

Escuchó Rabí Jida acerca del hombre de la boca de comerciantes que viajaron de Livorno (ciudad de residencia de Rabí Hajida) a Tripoli, y vieron el maravilloso proceder de Rabí Jaiun. También Rabí Hajida se sorprendió de lo que contaron sobre Rabí Jaiun y pensó que aunque sea cierto que poseía una poderosa y muy especial vista, de todos modos no le pareció correcto que sea fijada la aptitud de carnear del cuchillo, por intermedio de la vista. Dicha actitud según su parecer, podía provocar que otros shojatim también intenten seguir el mismo método, sin contar con la aguda visión de Rabí Jaiun y como consecuencia afectar al público consumidor de la carne.

Envió Rabí Hajida una carta a Rabí Masud Jaiun por intermedio de un comerciante, en la cual le ordenaba en nombre de la Torá abandonar la shejitá.

Al llegar la carta a Rabí Masud, se apresuró a viajar a Livorno para entrevistar a Rabí Hajida.

Al llegar a la ciudad preguntó donde podía encontrar al rabino y lo condujeran al Beit Hakneset.

Se hospedó Rabí Masud en la casa de Rabí Hajida, desconociendo este último la identidad de su huésped.

Después del Shabat se dirigió Rabí Masud al matadero donde se encontraban Rabí Hajida y demás matarifes.

Se acercó Rabí Masud a uno de ellos, cuando este empezó a afilar el cuchillo. Rabí Masud comenzó a aconsejar al shojet: “Debes afilar más en esta punta, ese lugar necesita ser alisado.”

Examinó nuevamente el Shojet su cuchillo y encontró cierta la acotación del extranjero.

Se repitió la misma escena varias veces y todos los matarifes quedaron sorprendidos ante el poder del hombre de examinar los cuchillos a la distancia. Maran Hajida al ver que el mismo episodio se repetía, se acercó al hombre y le preguntó: ¿no eres tú Rabí Masud Jaiun de Tripoli, a quien prohibí continuar carneando?

— En efecto, soy yo, mi rabino y maestro contestó humildemente Rabí Masud.

— Hasta ahora sólo escuche tu nombre y ahora pude comprobar visualmente lo escuchado — dijo Rabí Hajida y continuó con una bendición: “Que te aumente D-s el poder de tus ojos, que te ilumine y te agracie. Lo único que te pido, es que no te confíes en tus ojos para examinar al cuchillo y examina con la uña como todos los matarifes.

Aceptó Rabí Masud el pedido de Maran Hajida, y no se dejó guiar solo por su poderosa vista para descubrir las mellas del cuchillo y afilarlas.

La fuente: el libro “El Judaísmo de Libia”.

Segunda Parte: Entre el hombre y su prójimo.

La deuda

En los días del famoso sabio Rabí Abraham Antebi, vivió en la ciudad Alepo-Siria, un opulento comerciante. Este acaudalado personaje daba dádivas a los pobres y les prestaba dinero en los momentos de aprietos.

Un día se le presentó un pobre y le pidió un préstamo. Se apresuró el rico a entregarle el dinero y se fijó el tiempo del pago, tres meses más tarde.

Firmó el pobre el documento del préstamo y agradeció al hombre por su bondad.

Los tres meses pasaron fugazmente, el comerciante esperó que el pobre viniera a pagar la deuda, pero el pobre no apareció.

El pobre tenía una numerosa familia para alimentar, su mujer y diez niños, y todos los esfuerzos hechos para obtener el dinero con el cual pagar la deuda no tuvieron éxito.

Se dirigió el comerciante al Tribunal Rabínico de la ciudad y denunció al pobre por el incumplimiento del pago del préstamo.

El pobre se allegó al tribunal y toda su respuesta fue: "lo siento mucho, pero no tengo un centavo para pagar la deuda."

Luego que los jueces debatieron el caso, fallaron: el pobre debe pagar su deuda, según lo testimonia el documento o conseguir que el acreedor acepte prorrogar el plazo del pago.

Salió el pobre angustiado del tribunal, con dificultad podía conseguir el dinero para las necesidades más elementales de su mujer y sus hijos ¿de dónde conseguiría el dinero para el pago del préstamo. Su propuesta de prorrogar el pago, fue rechazada por el comerciante.

En el camino, se encontró con Rabí Abraham Antebi, le contó todo el asunto y le pidió su consejo y bendición.

El rabino lo bendijo y lo tranquilizó diciendo que él se va a ocupar del asunto. Al despedirse le pidió que vuelva a verlo al día siguiente.

Al día siguiente, después de la oración de la mañana, se dirigió el rabino con su hijo Rabí Itzjak, a visitar la casa del comerciante, el acreedor.

Golpeó el rabino a la puerta y al abrirle la criada judía, se sorprendió de ver la visita del Gran Rabino, que visitaba a una hora tan temprana y en forma imprevista.

La criada informó al dueño de casa acerca de la importante visita y también él se asombró ante la repentina aparición del Gran Rabino.

Salió el hombre a darle la bienvenida al rabino y extendieron delante suyo una mesa llena de manjares.

El rabino se sentó y se mantuvo en silencio sin probar nada de los manjares que le ofrecieron.

— La visita del rabino, en mi casa vale más que mil monedas oro — proclamó el millonario sumisamente. Cuando yo veo el semblante del rabino me siento como si vería un ángel continuó.

— ¡No exageres! — enfrió Rabí Abraham el entusiasmo del hombre — conozco muy bien los exageraciones de los comerciantes.

— D-s me libre de semejante cosa — exclamó el comerciante un poco humillado por las palabras del rabino. Es la pura verdad que me sentí sumamente honrado con la visita suya y no espere que me viera honrado con semejante honor.

— Si estas palabras son verdaderas, ¿vale mi visita por lo menos trescientos grush?

Avergonzado el hombre por la comparación contestó: ya dije anteriormente que la visita vale más que mil monedas de oro.

— Entonces— replicó el rabino — traeme los documentos del pobre que no tiene dinero para pagar.

El hombre se levantó como una flecha y le trajo al rabino el documento de la deuda.

— Tú sabes la dura situación que atraviesa tu deudor, yo te pido que le perdones la deuda—dijo el rabino. Complaciente, el comerciante aceptó renunciar al pago de la deuda.

Culminó el rabino su visita con palabras de la Torá y sabiduría y bendijo a toda la familia. Cuando el mismo día, vino a verlo el pobre con gran preocupación en su rostro, le mostró Rabí Abraham el documento rasgado, le informó que el acreedor había perdonado su deuda, y le aconsejó como conducirse con sus entradas y sus gastos, bendiciéndolo.

El hombre cumplió los consejos del rabino y de ese día en adelante fue coronado por el éxito y D-s lo ayudó a mantener decorosamente a su familia.

Fuente: La introducción al libro “Jojma vemusar” de Rabí Abraham Antebi. La introducción fue escrita por Rabí Josef Seav.

El árbol fue el testigo

Los jueces de Israel, que juzgaron nuestro pueblo miles de años fueron grandes sabios, que supieron no sólo fallar de acuerdo a la ley, sino también en casos muy complicados valiéndose de inteligencia y picardía.

En los días que Rabenu Jaim Ben Atar, conocido como "Or Jaim Hakadosh", vivía en la ciudad de Sali (vecina de Rabat, Marruecos), vivía en Rabat un judío muy acaudalado.

Un día el hombre se fue a la quiebra perdiendo su encumbrada posición.

Salió de Rabat y deambuló por las ciudades de Marruecos para encontrar trabajo con el cual mantener a su familia.

Tenía una gran confianza que D-s iba a ayudarlo a conseguir su objetivo.

Después de trabajar en diferentes actividades, logró ahorrar una importante suma de dinero, que le permitió volver a su ciudad de origen. Siendo vísperas de Shabat, en camino a su casa pasó por la ciudad de Sali, donde tenía un viejo amigo.

Debido a que no había suficiente tiempo para llegar a su casa antes de Shabat, aceptó gustoso la invitación de su amigo, de hospedarse durante el Shabat en su casa y le entregó su dinero en custodia.

Al terminar el Shabat, después de la ceremonia de Havdalá, el huésped pidió de su anfitrión que le devuelva el dinero que le había entregado la víspera. Mas su anfitrión negó por completo haber recibido dinero de su huésped.

El viajero se mantuvo firme en su pedido y le rogó a su amigo (del pasado) que le entregue su dinero, dinero que pudo ahorrar trabajando duramente, durante un período prolongado.

Colérico anfitrión vociferó con furioso semblante: ¿Acaso no te avergüenzas, te hospedas en mi casa, comes en mi mesa y después inventas calumnias contra mi.

Vio el hombre que no podría recuperar por las buenas el dinero de su ex-amigo y decidió demandarlo frente al tribunal de Rabenu Ben Atar.

Fueron los dos a presentarse frente al erudito y después que escuchó los argumentos de los litigantes preguntó al anfitrión: este judío reclama el dinero que entregó en tu custodia: ¿qué tienes que alegar?

— Sus palabras son falsas. Este hombre me esta infamando — respondió.

— ¿Acaso hubo algún testigo entre ustedes, cuando entregaste tu dinero? — preguntó Or Hajaim al demandante.

Bajó el hombre sus ojos y dijo: No había testigos entre nosotros, estábamos sentados bajo la copa del árbol, saqué la bolsa con el dinero de mi bolsillo y se la entregue al acusado.

Muy bien exclamó Or Hajaim, dirígete al árbol e invítalo a prestar testimonio.

El acusador sabía que Rabenu Or Hajaim, era una persona santa, hacedor de maravillas, así que sin titubeos salió en dirección del árbol a cumplir con las palabras del rabino.

Al pasar unos breves minutos, exclamó Or Hajaim, seguro que el hombre ya llegó al árbol.

— No rabino — replicó el acusado, todavía falta bastante para que llegue al árbol.

Contempló el rabino al hombre que negó haber recibido el dinero, le clavó la mirada y le ordenó devolver al judío su dinero.

Cuando vió la sorpresa del hombre, colocó Rabenu Or Hajaím, su mano sobre su barba y agregó: si no recibiste el dinero, ¿cómo sabes el lugar del árbol?

Sin decir palabra, el hombre devolvió el dinero a su propietario.

Comerció el hombre con su dinero y D-s lo ayudó a volver a su condición anterior.

Fuente: el cuento este traído en un libro de cuentos sobre los judios marroquíes.

El hombre que nunca juró

Había un judío muy rico, que tenía un único hijo al cual amaba mucho.

El hijo estudió Torá y fue educado a cumplir los preceptos de la Torá y a hacer todo tipo de buenas acciones.

Al llegar a los dieciocho años, se casó el hijo con una chica de buena familia.

Tuvieron varios hijos y vivieron dichosamente.

Antes de fallecer, su padre lo llamó y le dijo: ¡querido hijo! te deje una inmensa cantidad de oro y plata con los cuales podrán mantenerse sin problemas todos vuestros días. Yo estoy por dejar este mundo y te hago un único pedido y requiero que lo cumplas a pesar de todos los escollos que se te presenten.

— Estoy listo a cumplir todo lo que me pidas padre querido — dijo el hijo acongojado — y prosiguió: ¿porqué piensas que llegaron tus últimos días? D-s te fortalecerá y te alargará tus días.

Se levantó, con dificultad el padre de su lecho y dijo: siento, hijo mio, que llegó mi turno de separarme de este mundo. Agradeció a D-s por todo lo que me brindó y que sea su voluntad, que tú también seas acreedor de su bendición durante todos tus días.

Ahora hijo mio te pido que cumplas todo lo que yo te ordeno. Sabe, que D-s me bendijo con una gran fortuna en mérito a que nunca juré, incluso un juramento verdadero.

Por lo tanto — culminó el padre sus palabras — requiero de ti que tampoco jures. Si viene algún hombre después de mi muerte a reclamarte dinero o cualquier otra cosa, cuidate mucho de no jurar.

Entregale dinero o el objeto, reclamado, pero de ningún modo jures, aunque el reclamo sea falso.

Después del fallecimiento del padre, abrió el hijo el negocio del padre y continuó sus actividades y D-s lo ayudó a prosperar.

Un día, se le presentó un hombre que le exigió la devolución de un dinero, que según sus palabras había entregado a su padre.

Buscó el hijo en los libros de contabilidad de su padre, sin encontrar ninguna base al reclamo.

Lo siento mucho expresó mi padre era un hombre muy ordenado y es imposible que haya dejado una deuda sin anotarla en sus libros.

— Quizás haya anotado en otro libro que no se encuentra en su poder, de todos modos, debes devolverme mi dinero, que ahorre durante años de duro trabajo — exigió el impostor.

Con todo el respeto que usted mi merece, debo informarle que mi padre era una persona muy honesta, que nunca juro en toda su vida y por eso se cuidaba mucho de dejar por escrito toda operación que efectuaba-explicó el hijo.

— Ese no es mi asunto. Lo que me interesa es recuperar mi dinero y si se niega a devolvermelo, debemos ir al Tribunal — culminó el impostor sus palabras — y se alejó.

Se presentó el hombre al Tribunal y el juez llamó al hijo a presentarse.

Le dijo el juez: quizás tú padre tenía otros libros de contabilidad, por lo tanto este es mi veredicto: debes jurar que no hay otro libro de cuentas y en caso de negarte a jurar, deberás pagar toda la suma reclamada.

No quiso el hijo jurar y se vio obligado a pagar.

Al día siguiente, se presentó otro hombre, también impostor, con argumentos similares a los del primero y otra vez se vio obligado a pagar, para evitar el juramento.

La misma historia volvió a repetirse varios, uno de los estafadores le contó a otro y éste a un tercero y por toda la ciudad se propagó la voz que fácilmente se podía obtener dinero del hombre que se negaba a jurar.

En un breve periodo, se empobreció el hombre por completo, perdiendo toda la fortuna heredada, llegando a situación en la cual con dificultad podía alimentar a su familia.

Un día, se presentó otro impostor reclamando dos reales, que su padre le debía.

El hijo explicó que en ese momento carecía de dinero, pero cuando con la ayuda de D-s lo consiguiera inmediatamente pagaría su deuda.

El caso llegó nuevamente al tribunal y el juez al escuchar los argumentos del impostor, falló: tienes tres posibilidades:

entregar el dinero al acreedor en el transcurso del día, jurar que tu padre no le debía dinero o quedar en prisión.

No le quedó alternativa, sino quedar recluído en la cárcel, hasta que pueda conseguir el dinero de la “supuesta deuda” y su mujer empezó a trabajar como lavandera para poder mantener a su familia.

Un día, en el cual lavaba ropa en la costa, en la compañía de uno de sus hijos, descendió el capitán de uno de los barcos anclados en el lugar. Al ver la belleza de la mujer y su noble aspecto le preguntó: ¿qué haces aquí, lavando ropa?

Empezó la mujer a llorar y le contó todas sus desgracias.

¡No llores! — dijo el capitán, aquí tienes dos reales, manda a tu hijo a liberar a su padre.

Agradeció la mujer al capitán y envió a su hijo con el dinero a liberar a su padre.

Mientras tanto, el capitán entregó a la mujer ropa para lavar y cuando terminó con el lavado, el hombre pidió a la mujer, que se las suba la barco.

La mujer subió con las ropas al barco y en ese momento, el capitán ordenó a los marineros levantar el ancla. La nave empezó a alejarse de la costa y la pobre mujer quedó a bordo.

Mientras tanto el hijo había entregado las monedas al juez y su padre fue liberado. Padre e hijo fueron a la costa. Grande era la alegría del hombre al pensar que iba a encontrarse con su esposa, a la cual desde que ingresó en la prisión no había visto. Pero grande como fue su alegría, fue su decepción al no encontrarla.

El hombre empezó junto con sus hijos, la búsqueda de su mujer.

En su camino debió cruzar en río. Para cruzarlo tomó a su primogénito en sus hombros, nadó con él hasta la otra orilla.

Volvió el hombre a cargar a su segundo hijo y depositarlo en la otra orilla. Cuando el hombre se alejó un poco para buscar a su mujer, pasó por la costa un barco y al ver los marineros a los niños sin la compañía de adultos, los subieron a bordo.

Cuando volvió el padre y no encontró a los niños, empezó a llorar y clamó: ¡Señor del Universo! ¿Me merezco semejante recompensa, por haber cumplido con la voluntad de mi padre de no utilizar Tu nombre en ningún tipo de juramento?

Se desplazó el hombre atormentado y llorando por la costa, hasta que llegó a una importante ciudad.

Los transeúntes le mostraron la sinagoga del lugar, entró el hombre y contó a los fieles lo que le sucedió: Los feligreses se apiadaron de él y lo nombraron como pastor de sus rebaños.

Se alegraron los judíos de la ciudad, que encontraron una persona leal a la cual entregarle sus numerosos rebaños y le pagaron un buen sueldo, el hombre siguió trabajando como pastor y confió en la misericordia Divina.

Los dueños de los rebaños observaron que el pastor retornaba muy tarde del pastoreo.

Fueron y le preguntaron: ¿hasta tan tarde estuviste ocupado del pastoreo?

— Sí-fue la respuesta-llevé a las ovejas a un campo de pastoreo alejado y por eso demoré en llegar hasta ahora y entregó señal acerca del lugar para verificar sus palabras.

Sabían los hombres del lugar, que era un sitio sumamente peligroso, lleno de víboras y escorpiones y le advirtieron, no retornar al lugar.

Una noche se le apareció su padre en sueños. Argumentó el hijo contra el padre — todas las desgracias me vinieron como consecuencia de tu pedido.

— No te preocupes hijo lo tranquilizó su padre — todo se arreglará con la ayuda de D-s. Ahora escucha mis palabras: Vuelve al lejano lugar donde pastoreaste, debajo de un árbol encontrarás cavando, oro y plata.

Con parte del dinero, te dirigirás al rey y pedirás que te venda esa inhospita región. El rey aceptará al final venderte el lugar, a pesar que en un principio te advertirá que es un lugar muy peligroso.

Allí construirás una gran ciudad y en un plazo de tiempo relativamente corto D-s te devolverá tu mujer y tus hijos y te coronará con el éxito.

Así fue, al cavar en el peligroso lugar encontró el tesoro escondido. Interrumpió su trabajo como pastor. Compró la tierra del rey, que aceptó, desligándose de la responsabilidad, por lo que pueda ocurrirle a causa de los peligrosos animales de la región.

Comenzó el hombre a construir espléndidas casas en el lugar y al pasar un año, la ciudad fue habilitada, contando con todos los servicios necesarios.

El hombre se convirtió en gobernador de la ciudad y diariamente, en sus oraciones decía: ¡Señor del Universo! reconozco que me has devuelto mi dinero, multiplicado varias veces, ahora por favor devuélveme lo más importante: mi mujer y mis preciados hijos.

Para recuperar a su familia, construyó un lujoso hotel en la playa y cuando un barco anclaba en el puerto de la ciudad, invitaba a todos los tripulantes a hospedarse en el hotel, durante tres días gratis.

Un día al anclar un barco, subió el hombre a invitar según la costumbre al capitán y a sus tripulantes. Al cabo de los tres días de hospedaje, le dijo el capitán al gobernante: Como agradecimiento al maravilloso albergue, quiero entregarle dos fieles sirvientes.

Fueron estos, sus dos hijos, que en su tiempo subieron los marineros al barco.

Con gran alegría, agradeció a D-s por la “devolución” y siguió orando diariamente, por su mujer.

Al pasar unos días, llegó a la ciudad otro barco y sus tripulantes, también fueros invitados a albergarse en el hotel.

Se alegraron el capitán y sus hombres, de la oportunidad que se les presentó para descansar del cansancio del viaje.

Al anochecer, retornó el capitán al barco.

— ¿Qué pasa? — preguntó el gobernador — ¿no se encuentra a gusto en nuestro hotel?

- No es esa la causa respondió el capitán - le agradezco por la maravillosa recepción. El problema es que en el barco quedó una mujer que no quiso descender con nosotros al hotel y no quiero dejarla sola a bordo.

Si ese es todo el problema ofrezco una solución, enviaré al barco a mis dos fieles sirvientes personales para que la custodien.

Subieron los dos hijos a bordo y cuando uno de ellos observó al barco, le dijo a su hermano: el capitán de este barco secuestró a nuestra madre.

— ¿Cómo sabes? preguntó su hermano!

— Hay una señal — contestó — cuando el barco estaba anclado, jugué alrededor y grabé mi nombre en una de sus paredes y he aquí mi nombre. Quizás la mujer que fuimos enviados a cuidar es nuestra madre.

La mujer escuchó la voz de sus hijos y enseguida los reconoció. Pensó que no era conveniente darse a conocer en forma repentina y tramó una estratagema.

Al día siguiente cuando retornó el capitán a su nave, la mujer le contó que los dos guardianes la atacaron y le pegaron.

Corrió el hombre al gobernador y presentó su denuncia contra los dos criados.

Llamó el gobernador a sus “dos sirvientes” y estos negaron por completo el incidente.

Los hijos pidieron hablar a solas con su padre y le contaron que poseían señales que en el barco anclado en el puerto fue secuestrada su madre.

Comprendió, el gobernador que la mujer que estaba en el barco era su esposa. Pidió del capitán que traiga a la mujer para alcarar el asunto.

La mujer fue traída delante del gobernador y no reconoció a su esposo, que había dejado crecer su barba, cambiando su aspecto por completo.

La mujer declaró: estos jóvenes no me tocaron y solo mentí para ser traída delante de Su Excelencia y poder contar mi caso.

— Este hombre, el capitán — continuó con sollozos la mujer me secuestró hace varios años y desde entonces quiere tomarme como esposa, pero no acepté de ningún modo porque soy casada.

Descargó el hombre su furia sobre el capitán y lo expulsó inmediatamente de su presencia.

Hospedó a la mujer y a sus hijos en uno de los cuartos exclusivos del hotel y al pasar un tiempo le ofreció a la mujer casarse con él.

La mujer respondió: ya le dije a Su Excelencia, que no puedo casarme, debido a que ya estoy casada.

— ¿Podrías reconocer a tu esposo? — preguntó el gobernador.

Seguro expresó la mujer con lágrimas en los ojos. El gobernador descubrió su brazo y le mostró una señal en su

brazo, gracias a la cual la mujer lo pudo reconocer enseguida y los dos lloraron de alegría.

Agradeció el hombre con gran regocijo a D-s por haberle devuelto todos sus seres queridos y le contó a su mujer, todo lo acontecido hasta la fecha y como D-s lo había convertido en gobernador de una importante y próspera ciudad.

Desde ese día vivieron todos los miembros de la familia juntos y felices, sin que nada les faltara.

Ese fue el premio del hombre que honró y respetó a su padre, aun después de su muerte y se negó a pronunciar el nombre de D-s.

Fuente: traducido de un manuscrito en judeo-árabe.

El castigo del falso juramento

Hace unos trescientos años, vivió en la ciudad de Fez, Marruecos, un gran erudito llamado Iehudá ben Atar.

Este sabio adquirió gran renombre y muchas personas lo visitaban para recibir su bendición y buenos augurios.

Tan venerada se hizo su persona, que el pueblo empezó a jurar en su nombre, dos hombres venían al Tribunal a hacer escuchar sus argumentos y no tenían testigos para apoyarse, bastaba jurar en nombre del rabino y salir victorioso de la acusación.

No sólo esa costumbre estuvo limitada a los judíos de Marruecos, sino que se extendió por todo el norte de Africa.

En la ciudad de Túnez vivía un no judío muy acaudalado, que tenía vínculos comerciales con judíos residentes de la ciudad acompañados por la mutua confianza de las dos partes.

El comerciante musulmán acostumbraba entregar a un judío enormes sumas de dinero, con el cual el judío compraba mercaderías y las vendía, repartiendo las ganancias entre los dos, en forma equitativa.

Todas las operaciones se hacían en forma oral y nunca el musulmán pidió de su amigo judío ni siquiera un recibo.

Una vez entregó el musulmán el judío, una suma muy grande de dinero, mayor de la entregada en todas las oportunidades anteriores. Pero esta vez, el judío no compró con el dinero mercadería, guardó el dinero y decidió negar le entrega del depósito.

Al pasar un mes el no judío, lo vino a visitar y preguntó si ya había comprado mercadería con el dinero que le había dado.

No pudo el judío sobreponerse y la tentación y su ambición de riqueza le hicieron perder todos los principios morales.

— ¡No tengo nada tuyo en mi poder!, hace tiempo que no me entregas un solo franco — exclamó.

El árabe quedo atónito al escuchar semejantes palabras. — Por favor, — rogó el árabe toma este vez un 70% de las ganancias, pero devuélveme lo que me corresponde.

¡No, No, y No! No me entregaste nada, si me hubieras entregado, te correspondería tu parte como de costumbre.

— Vení conmigo a vuestro juez—exigió el árabe.

Se presentaron los dos ante el juez rabínico, escuchó el juez el reclamo del árabe y le negación del judío.

Dirigiéndose al árabe preguntó: ¿tienes algún comprobante de la entrega del dinero?

— ¡No, Su Señoría! — dijo el árabe apesadumbrado — siempre reinó plena confianza entre nosotros y no se me ocurrió que pretendiera engañarme.

— Si es así — falló el juez — es la obligación del acusado jurar que su negación es verdadera.

— Yo pido — dijo el musulmán que jure en nombre de Rabí Iehudá Ben Atar.

En un principio se negó el judío a jurar, al no contar con la osadía de jurar en falso, pero cuando el juez insistió firmemente que jure en nombre del santo rabino o que pague el dinero reclamado, se vio obligado a jurar.

El judío se quiso autoconvencer, que su acto no es tan grave. — No hay obligación de devolver objetos perdidos por no judíos y este dinero vendría a ser como un “objeto perdido” — se dijo a si mismo.

Después de jurar en nombre del gran rabino, el juez rabínico lo liberó y el musulmán volvió con gran tristeza a su casa.

Salió el judío estafador ese día, alegre y con muy buen estado

anímico, por el gran éxito, y decidió organizar una gran fiesta, para festejar la fortuna adquirida sin ningún esfuerzo.

Al comienzo de la velada, antes de la llegada de sus familiares y amigos, descendió el anfitrión a la bodega para traer vasijas de vino depositadas en el lugar, llevando una vela para iluminar el lugar.

En esta bodega se ocultaba además oro, plata y mercadería, entre ella se escondía el dinero del musulmán.

Entre la mercadería, había maderas y azúfre.

Llenó las botellas con vino y al subir apresuradamente para recibir a sus invitados, olvidó la vela encendida en la bóveda.

En un breve lapso de tiempo, el fuego de la vela prendió la madera y el azúfre, expandiéndose velozmente por toda la casa, siendo el dueño de casa y su familia atrapados por el fuego.

Todos los intentos de escapar de las llamas, fueron en vano y el hombre, su familia y la casa con todo lo que se encontraba en ella, fueron quemados por completo.

Al enterarse el musulmán del gran castigo recibido por su antiguo amigo, se alegró y estaba seguro que el nombre del santo rabino que profanó con su falso juramento provocó la impresionante tragedia.

El mismo día, decidió viajar a la ciudad de Fez, llevando una bolsa de dinero para entregar al gran rabino Rabí Iehudá Ben Atar.

Se dirigió el árabe a la casa del rabino, le contó lo ocurrido y al terminar el relato, le entregó la bolsa con el dinero.

— No, no estoy dispuesto a tomar un solo franco replicó humildemente el rabino.

— Sólo estoy dispuesto a tomar este importante dinero con la condición que lo reparta entre los pobres de la ciudad y que te sea adjudicada la buena acción.

Aceptó el musulmán las palabras del rabino y aumentó la veneración, que profesaba por la santa figura de Rabí Ichudá Ben Atar.

Fuente: el libro "Reyes rabínicos" de Rabí Iosef Ben Naim, que es una enciclopedia de los sabios marroquíes.

La Tsedaká salva de la langosta

La grandeza y santidad de Rabenu Ari Hakadosh eran conocidas: Los actos maravillosos y milagrosos fueron abundantes en su corta vida.

Una vez se sentó con sus alumnos en los campos de la ciudad de Safed (Tsfat), cerca de la tumba del Profeta Oshea Ben Beerí, enseñándoles los secretos de la Torá con santidad y pureza.

En medio de la clase pidió estremecido a sus alumnos: apresúrense a reunir dinero para un pobre, que cada cual entregue lo que se encuentra a su alcance.

El dinero debe ser entregado a un judío llamado Rabí Iaacov Alterots, que vive en la vecindad.

Este judío está sentado y llora; su llanto se hace sentir en los cielos, pasa de firmamento en firmamento, abriéndose paso fácilmente. Este judío, protesta por su gran pobreza y la gran cantidad de veces que se ve obligado a ayunar.

D-s escucha sus oraciones y ruegos y esta lleno de furor contra los habitantes de la ciudad que no lo ayudan a aliviar su situación.

Escuchó la Voz Divina que anuncia: una plaga de langostas subirá sobre la ciudad de Safed y sus alrededores y exterminará por completo toda la producción agrícola de la región. Por lo tanto — culminó el rabino sus palabras — hay que apresurarse y enviar rápidamente tsedaka a la casa de Rabí Iaacov, quizás logremos anular el decreto Divino.

No demoraron los alumnos en cumplir con la orden de su maestro, tomó el rabino el dinero recaudado y lo entregó a su alumno Rabí Itzjak Hacoheh.

— Apresurate a entregar el dinero a Rabí Jaacov Alterots — dijo el maestro a su alumno.

Con gran rapidez, llegó Rabí Itsjak a la casa del pobre y lo encontró suplicando con llanto en sus ojos.

— ¿Porque llora? — preguntó Rabí Itsjak.

Contestó el pobre: se me rompió un barril de agua y no tengo dinero para reponerlo. (Los judíos de Safed sufrieron de vez en cuando de carencia de agua).

— No sé de donde vendrá mi salvación, cómo haré para conseguir el dinero necesario para comprar otro barril.

Le entregó Rabí Itsjak el dinero a Rabí Jaacov Alterots, quien se alegró y bendijo a Rabí Itsjak.

Volvió Rabí Itsjak a lo de su maestro y cuando llegó Rabenu Ari exclamó: el decreto celestial fue revocado y así fue. Las mangas de langostas empezaron a cubrir el cielo de Safed y continuaron su camino, hundiéndose on el Mar Mediterráneo.

Traducido del judeo-árabe del libro “Jag Hapesaj” compuesto por el rabino cabalista Rabí Moshe Idán.

La verdad oculta en el vestido

En la ciudad de Sherba, Túnez, había un gran sabio llamado Rabí Califa Cohen.

Eran muy grandes sus conocimientos de la Torá y descendía por parte paterna del gran erudito Rabí Rajamim Cohen que sirvió como jefe del Tribunal Rabínico de Sherba.

Rabí Califa la mayoría del tiempo estudiaba Torá en la ieshivá y en una pequeña parte del día comerciaba con telas para su propia manutención y la de su familia.

Tenía vínculos comerciales con un judío de la ciudad Gabas, que le enviaba telas para vender en Sherba.

Pidió el rabino del comerciante, anotar estrictamente todo paquete de telas que le enviaba y el precio de origen de las mismas, para evitar errores, malentendidos y tener una pequeña ganancia sobre el precio original.

El rabino intentaba agregar al precio de las telas, la suma más pequeña posible, según fijaron nuestros sabios, para evitar aprovecharse de los clientes.

Un día se le presentó al comerciante una gran oportunidad, compró una gran partida de telas de seda y de lana, de muy buena calidad a un precio muy reducido. Estaba seguro de poder hacer una gran ganancia con las telas.

Pensó el comerciante, que en caso de registrar el verdadero precio y enviarle las piezas a Rabí Califa, la ganancia sería mínima. Por lo tanto decidió agregar al precio de cada pieza tres reales, para obtener un máximo provecho de la operación.

Se apresuró el comerciante a preparar los paquetes, anotó los precios "inflados" de la compra original, frotando las manos de regocijo al pensar en la gran ganancia que obtendrá de la venta de las telas.

Después de varios días adquirió nuevas piezas de tela, que

también envió a Rabí Califa, esta vez sin aumentar en el registro al precio original, debido que fueron compradas según el valor normal de las mismas.

El comerciante ansioso, esperaba la respuesta del rabino. La respuesta llegó, después de un tiempo, mas grande como era su esperanza, grande fue su decepción.

En la carta se trataba del último envío, que mandó de acuerdo el precio original, más el porcentaje de ganancia y envió el rabino al comerciante, la ganancia que le corresponde por la compra y envío de las telas.

Junto con esto no escribió el rabino absolutamente nada acerca del primer paquete. Sorprendido el comerciante decidió viajar a Sherba a verificar que paso.

El hombre viajó a Sherba y se dirigió enseguida al negocio de Rabí Califa.

Junto con él, ingresó al negocio un árabe para comprar telas.

Pudo observar el comerciante un hecho curioso: el árabe buscó entre las piezas de tela y después de elegir varias de ellas, ofreció comprarlas por un precio determinado.

Escuchó el rabino la oferta, pero no pudo contestar porque estaba bendiciendo Bircat Hamazón (la bendición que se bendice al finalizar de comer) con gran concentración.

El árabe pensó que el vendedor callaba porque no aceptaba su oferta, así que fue subiendo la suma ofrecida, hasta llegar a un punto varias veces más alto que el ofertado en primeras instancias.

Cuando terminó Rabí Califa de bendecir Bircat Hamazón, saludó calurosamente al comerciante: ¡“Bienvenido! ¡La paz sea contigo!”

Luego se dirigió al árabe y le dijo: sabe, que acepte el precio que ofertaste en un principio, sólo que no pude contestar,

porque estuve bendiciendo. Por lo tanto, paga el primer precio ofrecido y toma tu mercadería.

Después de saludarse y hablar palabras formales, preguntó el comerciante a Rabí Califa: rabino, hace varias semanas le mandé un gran paquete con telas finas, que estuve seguro que se venderían fácilmente obteniendo una apropiada ganancia y me resultó extraño no recibir ninguna información sobre ellos.

— A mi también me intriga ese paquete contestó el rabino — no sé porqué no se venden esas telas. Coloqué retazos sobre el mostrador, pero nadie se interesó por ellas. Al no obtener respuesta por parte del comerciante, Rabí Califa prosiguió: ¿quizás esta operación no es limpia por completo? Cumpliste mi pedido de no aumentar al precio original.

El sorprendido comerciante confesó enseguida, que esta única vez mintió ante la tentación de hacer una gran ganancia.

Bueno, se reveló el misterio, proclamó el rabino con tono de reproche y cuando le acercó el paquete con las telas vieron que las polillas habían empezado a actuar, dejando sus señales en las preciadas telas.

Se lamentó el comerciante y preguntó al rabino: ¿qué haremos ahora? todo el dinero invertido en las telas esta perdido.

— ¡No te preocupes! — lo tranquilizó — debemos borrar el precio marcado y colocar el original, en un par de días se venderán todas las telas.

Borró el comerciante el precio marcado y colocó el original y en pocos días se vendieron todas las telas obteniendo una apropiada ganancia.

Desde ese día, el comerciante, puso todo su cuidado de colocar el precio exacto sobre las telas, sin agregar un solo franco por encima del precio original y D-s lo bendijo y ayudó

en todos sus acciones y continuó sus vínculos comerciales con Rabí Califa toda su vida.

Fuente: traducido del judeo-árabe del libro "Shairei Minja" de Rabí Rajamim Jai Javita Hacoheh.

Un caso similar al de Rabí Califa que no quiso aumentar al precio de la tela ofrecido por primera vez, encontramos en el Talmud, Tratado de Macot, en una acotación al versículo "y habla verdad en su corazón" como Rav Safra y explica Rashi en el lugar, que Rav Safra decía una oración, cuando un hombre ofertó una suma de dinero por cierto objeto y pensando que Rav Safra se negó a venderse a ese precio aumento. Cuando Rav Safra terminó su oración pidió el primer precio que escuchó.

El hombre debe ser optimista

En una ciudad vivía una acaudalada persona, muy honrada por sus amigos. Este hombre tenía dos hijos.

Los hijos, comían y bebían en exceso y despilfarraban el dinero de su padre en cosas superfluas, sin preocuparse por mantenerse a si mismos.

Así se siguieron comportando incluso, cuando dejaron la adolescencia y se convirtieron en adultos.

Hijos únicos de padre y madre que los mimaron en demasía e inmediatamente satisfacían todos sus pedidos.

Un día, cuando el padre observó que se acercaba a la edad de setenta años pensó: ¿qué pasará después de mi muerte? ¿Cómo se mantendrán mis hijos?

Llamó el padre a sus hijos y les dijo: el final de mis días se acerca y a pesar de mi gran riqueza, está no es estática, lo mismo que la situación económica y no se como evolucionaran los acontecimientos.

Hizo el padre una pequeña interrupción en sus palabras y continuó: Por lo tanto, les propongó que no se apoyen en mi ayuda toda la vida y empiecen a trabajar. El ocio es muy contraproducente y lleva al pecado y al aburrimiento. Yo les entregaré a cada uno, una importante suma de dinero y ustedes busquen un trabajo apropiado.

Todos los gastos, como alquiler de negocio, etc. correrán a mi cuenta. El capital que ganen será por completo de ustedes, pero durante un tiempo no toquen al capital, ni a las ganancias acumuladas y así podrán llegar al nivel económico que yo llegué.

Lo único que les pido, que una vez por semana me envíen un informe sobre todas las actividades comerciales de la semana.

Respetaron los hijos la voluntad de su padre, recibieron de él, el dinero prometido y salieron a buscar un negocio apropiado.

Luego de búsquedas y averiguaciones, decidieron que el negocio más apropiado, es el comercio de frutas y verduras. En este negocio se podía obtener una buena ganancia y se trataba de un artículo que todos debían comprar.

Como su padre, los hermanos tenían un amplio sentido comercial, y se aconsejaron con comerciantes del ramo que convenía comprar.

Uno de los vendedores les aconsejó comprar una gran partida de manzanas, que en esa época estaban muy baratas y dentro dos semanas estaban destinadas a encarecerse mucho.

Compraron doscientos kilos de manzanas y las conservaron en el negocio, vendiendo entre tanto otras frutas y verduras.

En esos días no existía la posibilidad de almacenar gran cantidad de frutas en depósitos frigoríficos, de manera tal que los comerciantes que poseían gran cantidad de frutas o verduras se veían obligados a venderlos a un bajo precio, antes que se pudran.

Al fin de la primer semana de trabajo fueron llamados por su padre y preguntó al hijo mayor en que se ocuparon durante la semana.

— Comence a vender frutas y verduras con una ganancia de cien francos — respondió el hijo.

Sacó el padre de su bolsillo cien francos y se los entregó a su hijo mayor y de la misma manera hizo con su hijo menor.

En la segunda semana pensaron vender las manzanas, pero estas empezaron a pudrirse y no encontraron clientes.

Perdieron esa semana los hermanos una suma considerable. El primogénito recibió la pérdida duramente y se sintió deprimido. En cambio el hermano menor no se preocupó, siendo consciente que así es el comercio, a veces se gana y a veces se pierde y confió que a largo plazo el éxito los acompañará.

Al terminar la segunda semana, se presentaron los hijos delante de su padre, el padre preguntó según su costumbre al hijo mayor por el resultado de la semana.

— Fue muy malo contestó el hijo, perdí esta semana ciento cincuenta francos, estoy desesperanzado y muy desilusionado, no se si seguiré trabajando y sacó de su bolsillo cientocincuenta francos y los entregó a su padre. Se dirigió el padre a su segundo hijo y formuló la misma pregunta.

— No fue tan buena como la semana pasada — respondió el hijo, sin mencionar la pérdida.

— ¿Cómo fue la semana pasada? — volvió a preguntar el padre — Gane cien francos — fue la respuesta.

Sacó el padre cien francos de su bolsillo y se los entregó a su hijo menor.

Se sorprendió el primogénito por la discriminación que veía y le preguntó cortésmente a su padre cuál era el motivo de su acciones.

La respuesta del padre fue: tu hermano no se quejó, ni expresó que perdió durante la semana, sólo dio a entender que la semana no fue tan exitosa como la semana anterior, por lo tanto le entregue la cantidad de dinero que mencionó que ganó la semana anterior.

Tú en cambio, hijo mío, hablaste explícitamente sobre el fracaso de la semana, que estas desesperanzado y no sabes si continuarás trabajando. Por eso exigí, que me entregues el dinero que perdiste según lo convenido.

De esto quiero que aprendas la lección, hijo mío: Recordar las palabras de nuestros sabios: “Que siempre comience el hombre con las cosas positivas.”

— No le habrás la boca a Satán — concluyó el padre sus palabras de reprimenda, acostúmbrate a decir siempre: “También esto es para bien” y el bien llegará con la ayuda Divina.

Sea Su voluntad que el bien y Su bondad te persigan toda la vida.

Su misericordia en todas sus actos

Hace unos cien años, vivió en Marruecos un anciano judío llamado Rabí Shlomó Bojbot.

Era muy justo y piadoso y tenía la costumbre de ayunar los lunes y jueves (días en los que se lee la Torá en las sinagogas) en las semanas "shobabim" (semanas en las cuales se leen las parshiot semanales de Shemot, Vaerá, Bó, Beshalaj, Itro, Mishpatim y que de acuerdo a la Cabalá, es una época especial para el arrepentimiento y la penitencia.

Durante los días de ayuno, se sentaba y estudiaba Torá día y noche, Tanaj, Talmud y Zohar. Conducta semejante le otorgó un espíritu de santidad y pureza, adquiriendo renombre como persona santa y piadosa.

En esos días, la situación de los judíos en Marruecos era difícil. Todo nuevo rey o tirano gobernaba sobre los judíos con crueldad y el populacho no se abstenía de colocar su cuota de antisemitismo.

De vez en cuando se producían ataques a los judíos, robos y saqueos a sus casas y negocios, llegando muchas veces, en estas ocasiones al asesinato.

En la semana, en la cual se leía parashat Mishpatim, ayunó Rabí Shlomo de acuerdo a su vieja costumbre.

En el transcurso de la mañana del jueves, una nueva y gran rencilla se desató entre árabes y judíos. Los judíos emprendieron la fuga a las cavernas, que se encontraban en las afueras de la ciudad para ponerse a salvo, habiendo aquellos que prefirieron luchar por su vida con palos y piedras contra los árabes que los acechaban.

Rabí Shlomó, a pesar de estar debilitado por el ayuno intentó ayudar a sus hermanos judíos, en la desesperada y desigual lucha.

Persiguiendo a un árabe que quiso saquear el negocio de un judío, elevó sus ojos y vio que tres árabes armados hasta los dientes se aproximaban.

Cuando sólo faltaba un instante para ser alcanzado, uno de los árabes tropezó con una piedra y sus compañeros debieron ayudarlo a levantarse. Rabí Shlomó aprovechó para huir a una cueva cercana.

Al intentar ingresar a la cueva fue sorprendido por un león, que obstruía la entrada con una pata levantada.

Sin temor, se allegó Rabí Shlomó y entendió su mensaje, una espina había ingresado en la pata del león.

Se apresuró Rabí Shlomó a aliviar el sufrimiento del animal y rápidamente recibió su recompensa. El felino se retiró a un costado para permitirle ingresar al interior y se estableció luego en la entrada de la caverna como fiel centinela.

Rabí Shlomó se sentó en la caverna y empezó a recitar el libro de Salmos, que conocía de memoria.

En las primeras horas de la noche, se apaciguaron los ánimos en la ciudad y los judíos pudieron retornar a sus moradas.

Los parientes de Rabí Shlomó, al ver que no retornaba empezaron a temer que fue asesinado en el pogrom.

Después de una búsqueda infructuosa de varias horas, salieron de la ciudad en dirección a las cavernas y empezaron a rastrear una por una, quizás fue asesinado por los crueles musulmanes y arrojado su cuerpo a una de las cuevas.

Empezaron a gritar con todas sus fuerzas: Rabí Shlomó, Rabí Shlomó... En un principio no hubo respuestas, más al acercarse a la cueva en la que Rabí Shlomó se hallaba, escucharon el eco que traía la voz del rabino.

Observaron de lejos temiendo acercarse a la cueva con el león

en la entrada y volvieron a gritar: “Rabí Shlomó, ¿dónde te encuentras?”

Salió Rabí Shlomó de la cueva, luego que el león le hizo lugar, con un radiante semblante. En el camino contó a sus familiares lo sucedido y agradeció a D-s por la maravillosa salvación.

Una gran fiesta, le fue organizada para festejar su salvación de los árabes y del león, en la que participaron todos los rabinos y personas importantes de la ciudad.

“Su misericordia en todos Sus actos” — clamaron los presentes.

Desde ese día agregaron a su nombre el cariñoso apodo: Rabí Shlomó Haarie (el león) en recuerdo al milagro del león.

Envia el pan al agua

Un judío acostumbraba todos los Shabatot antes de la oración de la tarde a escuchar la prédica del rabino de la ciudad.

Este judío era bastante ignorante, pero intentaba cumplir todos los preceptos al pie de la letra, a pesar de no entender el sentido de la mayoría de los preceptos y la explicación de las oraciones.

Desde el comienzo de la prédica hasta el final, el hombre prestaba toda su atención a cada palabra del rabino.

En uno de los Shabatot escuchó que el rabino mencionó en su prédica las palabras del rey Shlomó: “Envia el pan sobre las aguas, dentro de un tiempo lo encontrarás” (Eclesiastes 11—9)

Entendió el hombre que el rey Shlomó se refirió literalmente, es decir: hay que tirar pan al agua y luego de un tiempo es posible recuperarlo.

¿Qué hizo el hombre?

Le contó a su mujer, el consejo del rabino predicador y le ordenó cocinar manjares y hornear varios panes crocantes, para arrojarlos al agua de acuerdo al consejo del hombre más sabio de la humanidad.

Se apresuró la mujer, que también era muy inocente e ingenua, a preparar los manjares y los panes, entregándolos una vez terminados, a su marido.

Colocó el hombre lo preparado por su mujer en una canasta y se dirigió a la costa. Dejó la canasta sobre el agua y las olas se encargaron de llevar la canasta al interior del mar.

Así comenzó a hacer diariamente, su mujer preparaba panes y comida y él las traía al mar. Todos los días encontraba la canasta vacía flotando por las aguas.

Tenía el hombre una fuerte confianza, que las palabras del

rey Shlomó y del rabino eran ciertas y que después de un breve periodo, se cumpliría le parte final del versículo: "dentro de un tiempo lo encontrarás" y D-s le enviaría riqueza y abundancia.

En esos días, un amargo suceso ocurrió en la corte real de ese país.

Vinieron testigos y acusaron al hijo del rey de un severo crimen, castigado con la pena de muerte.

Investigó el rey en persona el asunto y encontró que el testimonio era verdadero.

No pudo el rey justificar a su hijo y liberarlo del duro castigo, ya que debía juzgarlo objetivamente, de la misma manera que juzgaría a otra persona.

Por otro lado, el rey que amaba en especial a su hijo, no podía presenciar su muerte y en ese país había una ley que el rey en persona debía estar presente y observar la ejecución del condenado a muerte.

Pidió el rey a su Primer Ministro, hacer una excepción con su hijo y le ordenó llevarlo a la costa y arrojarlo en la profundidad del mar.

Tomó el Primer Ministro al príncipe condenado a muerte y navegaron juntos hasta una solitaria isla. El Primer Ministro decidió dejar al príncipe en la isla, al no contar con el coraje de hundirlo y matarlo con sus manos, confiando que D-s lo salve y que no muera en el lugar de hombre a sed.

Un día el Primer Ministro debía organizar el casamiento de su hijo y fue a invitar al rey a la fiesta.

Le dijo el rey a su ministro, lo siento mucho, pero no podré estar presente debido el pesado luto que llevo por mi hijo.

Pero de todos modos, intenta convencer a la reina, si ella acepta participar de la fiesta, yo la acompañaré.

El primer ministro se encaminó a ver a la reina, para invitarle al casamiento de su hijo.

La reina se negó a participar de la fiesta, por la misma causa que su esposo, la gran tristeza por la desaparición de su hijo no le permitiría presenciar ninguna alegría.

Pensó el ministro, en volver al lugar donde dejó al príncipe, para ver si todavía estaba vivo. Si así fuera, su alegría sería completa y los monarcas aceptarían participar en el casamiento de su hijo.

Grande fue su sorpresa al ver que el príncipe se encontraba sano y salvo, sin que se vea afectado, por lo menos exteriormente por el abandono. Preguntó el ministro: ¿cómo pudiste sobrevivir sin contar con alimentos?

— Desde el día en el que me dejaste en la isla, tuve aprovisionamiento diario de comida — respondió el príncipe.

— ¿Quién proporcionó el suministro? — siguió preguntando.

Todos los días llegó un canasto con pan fresco y todo tipo de manjares con los cuales pude deleitarme y sobrevivir — informó el hijo del rey.

Se alegró mucho el ministro de lo ocurrido y se apresuró a informar al rey sobre la buena noticia. Contó el ministro a los monarcas, que en su tiempo no pudo arrojar al joven al agua, para no provocar la muerte directa de vuestro hijo y lo deje en una isla.

— Viendo la tristeza del rey y la reina, decidí volver a la isla, quizás el príncipe todavía estaba vivo — siguió con el relato y pude comprobar que gracias a D-s, el príncipe se encontraba vivo y en buen estado de salud. Contó también acerca de la “canasta maravillosa” con la que su hijo se alimentó todos los días de permanencia en la isla.

Se dirigió el ministro a su casa como una flecha, cambió las ropas del hijo y lo trajo al palacio real. El rey y la reina lo abrazaron, lo besaron y hubo una gran alegría en el reencuentro.

Después del reencuentro, el rey mandó a investigar quien arroja un canasto con comida al mar.

Fue uno de los ministros a la playa y encontró al hombre, que inocentemente dejaba el canasto sobre la superficie del agua.

Tomó al hombre por sorpresa del brazo y lo condujo al palacio.

Trajo al hombre asustado y tembloroso frente al rey y dijo: este es el hombre que arroja diariamente una canasta con panes y comida al mar.

Le preguntó el rey: ¿porqué, hijo mio, arrojas tu dinero y “alimentas al mar, diariamente”?

Contestó el hombre: Sepa Su Excelencia, que escuche del sabio predicador nuestro, que el rey Salomón dijo: “envia tu pan sobre las aguas, dentro de un tiempo lo encontrarás.” Por eso, desde hace un año dejo diariamente un canasto llena de ricos alimentos y confio que dentro de poco D-s me envíe la recompensa como dijo el sabio en su prédica.

Al escuchar el rey las palabras del hombre, comprendió con seguridad que gracias a sus envios de alimentos su hijo fue salvado.

— Las palabras del rey Salomón son muy ciertas — proclamó el rey. Hoy te harás acreedor de gran riqueza y éxito, como pago a la comida que diariamente arrojaste al agua.

Se tranquilizó el hombre al escuchar las palabras del rey. El rey llamó al tesorero y ordenó entregar al hombre, mil monedas de oro con las cuales pueda ser rico y feliz todos sus días.

Agradeció el ingenuo judío al rey por el impresionante regalo y agradeció a D-s por todas Sus bondades.

Al volver a su casa repitió varias veces el versículo de Eclesiastes: “Envía tu pan sobre las aguas y dentro de un tiempo lo encontrarás.”

Al volver a su casa repitió varias veces el versículo de Eclesiastes: “Envita tu pan sobre las aguas y dentro de un tiempo lo encontrarás.”

Fuente: traducido del judeo-árabe del libro “Ohalei Shem” de Rabí Shimshón Maimon.

El feliz zapatero

Hace muchos años, vivió en una ciudad de Georgia, un pobre zapatero judío. Trabajaba el judío durante el día en su humilde oficio durante el día. Todo el dinero que ganaba en el día, lo gastaba en comidas y bebidas, que comía junto a su familia por la noche.

El zapatero estuvo siempre contento, viviendo su vida libre de angustias y preocupaciones, D-s le mandaba diariamente lo necesario para su manutención y la de su familia y nunca se preocupó en ahorrar dinero para el día siguiente. En esos días gobernaba Georgia, un rey déspota y astuto y los habitantes del país sufrieron de sus decretos y locuras.

Una noche en la que lo atacó el insomnio, estuvo ocupado en diferentes pensamientos.

Uno de estos pensamientos encontró gracia en los ojos del rey: salir al día siguiente disfrazado, como un simple ciudadano y pasear y deambular por la ciudad para ver como viven sus súbditos.

Así hizo y en horas de la noche salió a recorrer las calles de la ciudad y quiso revelar alguna persona o algún hecho singular.

Después de una larga caminata, no encontró nada particular, un hombre le grita a sus hijos, otro pelea con su mujer, un tercero hace un balance de ganancias y perdidas luego del trabajo de toda la jornada. Sólo de una casa se escuchaban voces de canto y alegría.

Decidió el rey averiguar, cual era la fuente de la alegría y regocijo, en medio de la semana laboral.

Golpeó el rey a la puerta y le abrieron, invitándolo a sentarse.

No había allí huéspedes o invitados y no había manjares sobre la mesa. De todos modos la alegría se hacía sentir en la casa.

— ¿Cuál es tu oficio? — preguntó el rey al dueño de casa.

— Soy un humilde zapatero — respondió el dueño de casa. Tengo un pequeño negocio en el mercado, a uno le arreglo las botas, a otro le coso los zapatos. De día trabajo y a la noche me siento y como con mi familia y agradezco a D-s por todo lo que me ha brindado.

— ¿Que harías si en forma repentina te cerrarían el negocio? — volvió a preguntar el rey.

— Para que me voy a molestar en semejante pensamiento ¿A quién se le ocurriría atentar contra mi pobre negocio? — contestó el zapatero.

Se sentó un rato el rey en la casa, probó de la comida y la bebida que le sirvieron y se fue.

Al día siguiente, envió el rey emisarios a todo los puntos del reino ordenando a todos los zapateros que tenían negocios en los mercados, cerrar sus negocios hasta que reciban nueva orden.

No entendieron los ciudadanos que nueva locura había atacado al rey. Los zapateros se desplazaban ociosos, maldiciendo al rey, pero sin atreverse a violar su decreto.

Al anochecer el rey volvió a vestirse de simple ciudadano y volvió a visitar al zapatero.

— ¡Veremos! — pensó — si va a seguir contento.

Entró en la casa y vio al zapatero sentado con su familia comiendo, bebiendo y alegre según su costumbre.

— La paz sea contigo — exclamó el zapatero al ver a su visitante de ayer, sientate con nosotros. Dijo el rey: veo que hoy todo sigue como anoche, ¿cómo te arreglaste hoy para conseguir dinero? ¿Acaso violaste el decreto real?

— Maldito sea el rey y borrado sea su nombre — proclamó el zapatero. Por su culpa casi me quedo hoy sin alimentos. Pero

gracias a D-s, salí a las calles de la ciudad y a una persona ayudé a llevar agua, a otro lo ayudé a cortar leña, al tercero le transporte un cargamento, así junte un poco de dinero y al llegar a mi casa todo sigue como de costumbre, la comida sobre la mesa y la alegría acompaña a toda la familia.

Se sentó el rey un rato, habló un poco con el dueño de casa y partió.

Al día siguiente, llegó un emisario con una orden real que ordenaba al zapatero a presentarse en el palacio.

Al llegar el zapatero se le ordenó a ceñir una pesada espada y custodiar el palacio, durante todo el día.

Se paró el pobre zapatero frente al palacio todo el día, sin abandonar su lugar un momento y sin preocuparse por el dinero necesario para mantener a su familia.

Al volver al atardecer a su casa, tomó un pedazo de madera, lo modeló, le dio forma de espada, lo afiló y lo colocó en la vaina en lugar de la espada de acero que recibió del rey.

La espada real se la vendió a su vecino, que comercia con objetos de metal, recibiendo una buena suma de dinero a cambio. Con el dinero compró alimentos y volvió a su casa a sentarse a comer con su familia una opípara comida. Al llegar le dijo a su familia: vengan a comer, alabemos a D-s y agradezcamos al rey por la succulenta comida que tenemos hoy.

El rey volvió a disfrazarse y visitó nuevamente la casa del zapatero, pensando que esta vez no tendría el zapatero dinero para comprar alimentos.

Cuando le abrieron la puerta, pudo comprobar que estaba equivocado, una singular alegría se sentía en el hogar. Apenas lo vieron lo invitaron a sentarse a comer.

Con gran regocijo le contó el zapatero que vendió la espada del rey, colocando en su lugar una de madera.

Dirigiéndose a su mujer pidió: trae por favor la espada de madera para mostrársela al visitante. Trajo la mujer la espada y la presentó delante del invitado, toda la familia rio explosivamente, sólo el rey prefirió el silencio.

Al finalizar la cena, volvió el rey a su palacio pensando en que forma podría vengarse del perspicaz zapatero.

Al día siguiente, llegó nuevamente un emisario ordenando al zapatero a volver a custodiar durante el día el palacio del rey.

Se paró el zapatero frente al palacio erguido, ciñiendo la espada de madera.

El rey estaba sentado sobre su trono y de sus labios se deslizó una sonrisa. Esta vez, pensó, no se salvará el sinvergüenza.

Gritó el rey: ¡Traidor! ¡infiel! ¡ladron! ¡estafador!, cien monedas de oro fueron robadas de mi tesoro. Inmediatamente ordenó traer al tesorero real, lo reprimió severamente y ordenó que le sea cortada la cabeza por el guardián de turno.

Trajeron delante del rey al zapatero y el rey le dijo: corta sin demora la cabeza de este hombre, robo de mi tesoro cien monedas de oro.

Gimió y sollozó el tesorero: mi rey, vuelvo a jurar que soy inocente, vuelve a contar las monedas del tesoro y verá Su Excelencia que todo fue un error.

— No escucharé tus viles palabras — gritó el rey volviendo a ordenar: ¡Centinela corte le cabeza!

El confundido zapatero, no sabía que hacer para salvarse de la desgracia.

Por el tesorero no debía preocuparse, ya que de todos modos no podría cercenarle la cabeza con una espada de madera, así que toda su preocupación residía en como salvar su propia cabeza de la furia del rey, cuando se descubriera el cambio de las espadas.

Rogó el zapatero al rey: Por favor Su Majestad, perdone a este pobre hombre con su real misericordia, incluso si es cierto que este hombre robó, no osará de aquí en adelante volverlo a hacer.

— No se merece que lo perdone — contestó el rey — eso es lo que le corresponde al hombre que engaña a su rey, así todo el pueblo sabrá el castigo de los estafadores. Ahora corta pronto su cabeza, si no la tuya también va a ser degollada.

Elevó el zapatero sus ojos y exclamó: Padre Celestial, si este hombre es inconete, que se produzca un milagro y se transforme la espada de acero en espada de madera. Cuida mis manos de arrojar sangre inocente y salva de la muerte al tesorero. Al terminar sus palabras desenvainó la espada y los ojos de los presentes se clavaron en la espada, he aquí madera en lugar de acero! y una sonrisa se deslizó de la boca del rey.

— ¡Muy bien! — dijo el rey —, me venciste con tu inteligencia y a pesar que me engañaste, admiro tu astucia y perspicacia.

Le entregó el rey al zapatero un importante regalo y lo envió de regreso a su casa.

El zapatero continuó trabajando en su humilde oficio durante el día y sentándose feliz con su familia por las noches.

El justo pago

El gran rabino Jaim Ben Atar y su alumno, navegaron en un barco con varios comerciantes. Con ellos se encontraba mercadería por un valor muy alto.

Al estar en medio del mar, se levantó una tormenta y parecía que el barco se iba a partir. Todos los intentos de los marineros de conducir el barco de regreso al puerto fueron en vano. Una gran ola golpeó al barco y lo dio vuelta y los tripulantes y pasajeros se ahogaron en las profundas aguas marítimas.

A Rabí Jaim le ocurrió un milagro, él cayó sobre un trozo de madera de los restos de la nave. Rabí Jaim se agarró de la tabla y estuvo flotando tres días entre las olas, hasta llegar a la costa, en un lugar desértico y solitario.

El rabino estaba cansado, hambriento y sediento y además temía de los animales salvajes del lugar.

No sabía el rabino que hacer, decidió caminar por el desierto, quizás encuentre por el camino algo con lo cual sustentarse.

Al anochecer al sentir las voces de animales salvajes, subió a un árbol, para ponerse a salvo. A la madrugada descendió del árbol y continuó caminando por el bosque, hasta llegar a un árbol muy elevado. El rabino trepó al árbol, para intentar desde su alta copa ver alguna señal de vida humana en los alrededores.

Cuando llegó al extremo del árbol pudo vislumbrar una columna de humo. Estaba seguro que en ese lugar podía encontrar seres humanos.

Descendió del árbol, y empezó a caminar en dirección de la columna de humo, hasta que llegó a una gran casa.

Preguntó en voz alta si había alguien en la casa pero no hubo respuesta.

Ingresó en la casa y se encontró con un palacio de reyes. Sobre la mesa habían frutas y manjares.

Pensó: ¿quién sabe quienes son los dueños de casa?, quizás me acusarán por haber ingresado sin permiso.

Al principio no quiso tocar las frutas que había sobre la mesa, pero estando muy hambriento después de no comer varios días temió por su vida. Comió frutas, bebió agua y estando sumamente cansado, se acostó en una de las camas e inmediatamente quedó dormido.

La casa pertenecía a cuarenta ladrones, que asesinaban y asaltaban a quien se les presentaba y traían el botín a esta casa.

Al entrar, observaron que alguien había tocado los manjares que estaban servidos sobre la mesa, se sorprendieron y clamaron ¿quién es el que tuvo la osadía de entrar en nuestra casa?

Al entrar a uno de los cuartos, encontraron un hombre durmiendo.

Hubo aquellos que se enfurecieron y quisieron inmediatamente darle su merecido al desconocido.

Dijo el jefe de la banda: Ahora estamos muy cansados y hambrientos. Comamos, descansemos y luego haremos con el hombre lo que querremos.

Después que comieron y bebieron despertaron a Rabí Jaim de su sueño. Cuando se despertó y vio que eran ladrones armados, temió mucho y oró a D-s que lo salve de manos de los ladrones.

Le dijeron los bandidos: ¿cómo te atreviste a entrar a nuestra casa y a hacer en ella lo que quieras?

No supe que era vuestra casa — contestó — pero ellos no prestaron atención a sus palabras y no le creyeron el relato sobre el naufragio y que deambulando por el desierto, llegó a la guarida. Los ladrones decretaron pena de muerte para el entrometido.

El jefe de la banda reconoció que el acusado era Rabí Jaim

Ben Atar y pidió a sus compañeros que esperen y no lo maten. El debía hablar con el forastero. Lo llevó el jefe de la banda y le preguntó al rabino: ¿me puedes reconocer?

— No, no te conozco — contestó Rabí Jaim.

— Fijate bien en mi rostro, quizás me reconozcas — insistió el ladrón.

Observó el rabino y meditó un poco, pero no lo reconoció.

Entonces le dijo: rabino, yo soy tu alumno, pasaron muchos años y cambie bastante por eso tu cuesta reconocerme.

Se tranquilizó Rabí Jaim y preguntó: ¿cómo llegaste a estar en compañía de estos bandidos y cómo llegaste a asaltar personas?

— Tuve una fuerte rencilla con mis padres — se confesó el ex-alumno — no pude contener mi furor, los atacué y asesiné. Al tomar conciencia del terrible acto que no tenía arreglo y que perdí mi derecho a participar en el mundo por venir, me desbarranqué y me acerqué a estos asaltantes, convirtiéndome en el jefe de la banda. Ahora estoy muy arrepentido por mis malas acciones y quisiera hacer plena teshubá.

Lo único que pido es que me enseñes en que forma puedo hacer teshubá y reparar lo irreparable.

Todo lo que me digas que haga, lo haré con amor, con la condición que seas garante que voy a tener parte en el mundo por venir. Pero si no me ayudas no voy a impedir que los ladrones te dañen.

— Tu camino de Teshubá es muy difícil, pero si logras cumplirlo seré tu garante que tendrás parte en el mundo por venir.

En principio, debes alejarte de la banda y regresar a los preceptos de Israel con todo tu corazón y toda tu alma.

Debes afligir tu cuerpo con todo tipo de ayunos y suplicios.

Debes rezar constantemente y alejarte siempre de los actos negativos y correr tras los actos positivos.

Luego buscarás en una madriguera de serpientes, una cobra pequeña. La colocarás en un estuche metálico y la encerraras en él. Colgarás el estuche de tu cuello. Durante siete años la cuidarás y entonces sacarás la serpiente de su estuche y ella te morderá y te matará y esa será tu expiación, de la misma manera como te comportaste con tu padre y madre, así te pagará la cobra.

Contestó el alumno: estoy dispuesto a cumplir todas tus palabras. Yo te llevaré a algún lugar poblado y de allí podrás volver a tu ciudad. Del Cielo te condujeron hasta este lugar para que pueda hacer teshubá.

Al terminar su conversación, ingresó en la casa y dijo a sus compañeros: no se les ocurra tocar a este hombre, es una persona muy grande y santa, que hay que venerar.

Sus compañeros aceptaron las palabras del jefe.

Acompañó al rabino a la población más cercana. Besó su mano y se separó de él.

El jefe de la banda abandonó a los bandidos y se transformó en otra persona. Se radicó en un lugar de residencia de judíos piadosos. Ayunó mucho, oró y estudió Torá todo el día.

Se puso a buscar en cuevas de víboras, hasta que encontró en una de ellas, una cobra recién nacida. La cuidó durante siete años, época en la que afligió su cuerpo y rezó a D-s que le sean expiados sus pecados.

Al cumplirse siete años, sacó la serpiente de su estuche, lo mordió la serpiente y murió.

Después de su muerte se le apareció en sueños a su rabino, Rabí Jaim Ben Atar y le dijo: hice todo lo que me ordenaste y me hice acreedor del Paraíso.

Fuí como un objeto perdido.

Un pobre escuchó que en horas de la noche, se iba a celebrar el casamiento de uno los ricos de la ciudad.

Su situación económica era muy difícil y ni siquiera tenía dinero para comprar pan y cebolla para la cena.

Al recordar que a la noche habría la fiesta de casamiento, se tranquilizó un poco. Iré allí-pensó — y seguramente me darán de comer.

Al anoecer se encaminó a la mansión del rico, donde se celebraba el magnífico casamiento.

Al ver desde afuera que era una de los primeros en llegar, se avergonzó y esperó la llegada de los invitados. Después de media hora, volvió al lugar y viendo que el salón estaba repleto de invitados y que se celebraba con todo lujo y esplendor la ceremonia de casamiento, ingresó a la fiesta, cuando la orquesta empezó a tocar sus melodías.

Debido a que no fue invitado, se sentó tímidamente en el extremo de una de las mesas.

A pesar de las esperanzas del pobre, la costumbre de los hombres es juzgar por el aspecto exterior, y al ver al hombre vestido con sencillas ropas y su cuerpo delgado y consumido, no le prestaron la más mínima atención y no lo convidaron con nada.

Se sentó el pobre en su lugar, y observó con ojos ofuscados a todos los invitados comiendo y bebiendo, conversando entre ellos con evidente placer.

En esa época se acostumbraba, dejar la comida sobre una mesa central. Los anfitriones servían a los presentes sus porciones. La comida era preparada en la casa del novio o se contrataban cocineros profesionales que la preparen.

El pobre hombre estaba muy hambriento, desde el magro desayuno que había comido por la mañana no probó nada, mas no se atrevió a levantarse y pedir que le sirvan.

Al finalizar la fiesta, empezaron los invitados a abandonar el lugar.

El pobre no se apresuró en salir, tenía la esperanza que aún reciba algo para comer. Es posible — pensó — que los anfitriones estuvieran ocupados y no me vieron, cuando los invitados dejen el lugar quizás se van a ocupar de mi.

En efecto, los dueños de la casa se dirigieron a él.

Empezaron a juntar los platos de la mesa y después de ordenarlos descubrieron que uno de ellos faltaba.

Los dueños de casa buscaron el plato que era decorado y especial en su género.

Uno de ellos exclamó: Seguro que lo robó el pobre, que se sienta en el extremo de la mesa, que vino a la fiesta sin invitación.

Fueron hacia él, pero no encontraron nada: Continuaron su búsqueda en la cocina y en las mesas del salón.

Se acercó el pobre a los dueños de casa y les dijo: ahora comprendo bien el versículo del Rey David: “he sido olvidado del corazón como un muerto, fuí como un objeto perdido.” Así es su explicación: en el principio, yo el pobre, fuí olvidado como un muerto y nadie se molestó en acercarme un plato con comida. ¿Pero cuándo se acordaron de mi? “cuando hubo un objeto perdido”, cuando se les perdió un utensilio, entonces se acordaron de mi presencia, que no estoy muerto sino vivo y quizás yo lo robe.

Se avergonzaron los dueños de casa al escuchar la reprimenda y se apresuraron a servirle comida y bebida.

Fuente: traducido del árabe del libro “Kerajem Ab” de Rabí Majluf Jadad.

TERCERA PARTE
Entre Israel y los pueblos
Rambam lucha por el honor de su pueblo

Rabeinu Moshe Ben Maimón (Maimónides), conocido como Rambam, vivió en un principio en la ciudad de Córdoba, en España, de allí pasó a la ciudad de Fez y estudió Torá con Rabí Itsjak Alfasi, conocido como Harif.

Con el correr de los años, Rambam fue nombrado jefe del Tribunal Rabínico de Fez. Su puesto — se encontraba frente al del *cadi*, el juez de los musulmanes.

Un día, se presentó un musulmán al puesto del *cadi* y le preguntó en voz alta. Cuando me prosterné para rezar, tocó mi mano la vestimenta de un judío ¿qué debo hacer? Pensó el juez un rato y le dijo al feligrés, debes lavarte la mano siete veces y volver a rezar, quizás así sea aceptada tu oración.

Después de unos minutos llegó otro musulmán a la oficina del *cadi* y le dijo: Cuando estuve finalizando mis oraciones, al llegar a la quinta prosternación, levante mi vista y vi a un judío ¿Qué dice la ley al respecto? Sin titubeos, contestó el *cadi*, tu oración es nula y no fue aceptada, debes volver a rezar.

Al escuchar Rambam las dos preguntas de los árabes y las respuestas del juez musulmán, se enfureció y retornó a su casa apesadumbrado por lo que había oído.

A la noche mandó a llamar a dos judíos a su casa y les dijo: les voy a pedir mañana que vengán el mercado y cuando vean una muchedumbre musulmana concentrada en el lugar, vengán y preguntenme dos preguntas consecutivas.

El primero preguntará: tengo una vasija llena de aceite y encontré en ella un ratón ¿qué debo hacer? El segundo me preguntará: tengo una vasija llena de vino y un no judío puso un dedo en su interior ¿que dice la ley al respecto?

Así fue, al día siguiente, cuando el mercado estaba repleto de transeúntes se acercó el primer judío y le preguntó a Rambam: cayó un ratón en mi vasija de aceite ¿qué debo hacer con el aceite?

— No hay ningún problema — contestó Ramban, incluso puedes exprimir al ratón y utilizar el aceite exprimido.

Luego se acercó el segundo judío y preguntó en voz alta: tengo una vasija y pasó un no judío y colocó un dedo en su interior, ¿qué pasa con el vino?

Debes arrojar el vino y romper la jarra, ya que esta prohibido tener provecho del vino.

Escucharon las palabras el cadí y dignatarios árabes y se encolerizaron con las repuestas de Rambam ¿Cómo es posible que un ratón sea mejor que un musulmán?

Escribieron el cadí y los dignatarios un testimonio de lo que vieron personalmente y se lo llevaron al rey.

Escuchó el rey las acusaciones y condenó a Rambam a morir en le hoguera.

Después de preparar una gran hoguera los siervos del rey tomaron a Rambam, para arrojarlo al fuego y salió una lengua de fuego y consumió a los presentes y Rabí Moshe Ben Maimon salió indemne. Al ver el rey y sus ministros lo ocurrido, llamaron al lugar de la hoguera “el portón del fuego.”

Apresaron los siervos a Rambam y quisieron esposarlo.

Las cadenas se doblaron y enlazaron los cuellos de los criados y llamaron a ese lugar el “portón de las cadenas.”

Cuando los siervos del rey quisieron atrapar a Rambam se le presentó un león, montó sobre él y salió de la ciudad: El lugar fue llamado “el pórtico del león.”

Viajó Rambam a Egipto. Al entrar al mercado, vio a un hombre que anunciaba la venta pública de una bolsa con

monedas de oro y plata, herencia que recibió un hombre de su padre.

Se acercó Rambam al hombre que anunciaba la venta y le dijo: esa bolsa me pertenece, muéstrame al hombre que te la dio.

— Me la dio fulano, que justo en este momento pasa por aquí — contestó el árabe.

Le preguntó Rambam al dueño de las monedas ¿de quién recibiste esta bolsa?

El hombre respondió que la recibió como herencia de su padre, mas Rambam argumentó que la bolsa le pertenecía.

Fueron los dos frente al rey y cada cual expresó sus argumentos frente al monarca.

Dijo el rey: el dueño de la bolsa debe conocer su contenido.

Su Majestad — rogó el dueño de la herencia, yo recibí las monedas de mi padre y desconozco la cantidad exacta.

— Y tú, judío — preguntó el rey a Rambam ¿conoces el contenido de la bolsa?

— Sí, — contestó — y dijo la cantidad exacta de monedas de oro y plata que se encuentran en la bolsa.

Luego de abrir el paquete y verificar que la suma de monedas era exactamente como había dicho Rambam le fue entregada la bolsa, cuando su litigante salió del palacio llorando. Lo llamó Rambam y le dijo: toma lo tuyo, devolviéndole su dinero.

Se sorprendió el rey y preguntó a Rambam, como supo el contenido de la bolsa.

— Nada está oculto para el sabio — contestó el rabino. Desde día, Rambam fue nombrado por el rey su consejero personal.

Fuente: traducido del judeo-árabe de un manuscrito de Rabí Azarón Cohen, que lo copió de un manuscrito de Rabí Abraham Calfon.

La grandeza de Rambam en medicina

La sabiduría de Rabí Moshe Ben Maimon no abarcaba solo Torá, sino también medicina y demás ciencias.

Se hizo famoso como médico, en las tierras vecinas.

El rey de Egipto, Saladino, al escuchar la grandeza de Rambam en el campo de la medicina, lo nombró su médico personal.

Los ministros de la corte tuvieron mucho envidia por la encumbrada posición a la que ascendió Rambam, aumentada por el hecho que éste era judío.

Todas las denuncias y calumnias contadas acerca de su consejero judío, fueron rechazados por el rey.

También los médicos egipcios fueron atacados por la envidia y empezaron a confabular, para demostrar que no eran tan grandes sus conocimientos de medicina.

Le llevaron un petitorio al rey diciendo que querían debatir con Rambam sobre medicina.

Sabía el rey que muy grandes eran los conocimientos de Rambam en el campo de la medicina, por lo cual le informó, que los médicos de Egipto están interesados en hacer con él un debate profesional y le pidió que acepte la propuesta, ya que seguramente los vencería.

El debate se desarrolló largas horas y al final hubo diferentes opiniones entre las dos partes, en relación a la pregunta, si era posible curar a un ciego.

La opinión de Rambam fue que era posible curar a un ciego, sólo si perdió la vista después de nacer, mas quien nació ciego, sostenía que no tenía curación.

Los médicos egipcios, en cambio, argumentaron que con "su gran sabiduría" podrían curar incluso a quien nació ciego y que estaban listos a demostrarlo.

Al final del debate se decidió, que si durante ocho días traerán los médicos un ciego de nacimiento y lo curarán se considerará que vencieron a Rambam y podrán hacer con él, lo que deseen.

Salieron los médicos a la calle de la ciudad y buscaron un hombre que perdió la visión después de su nacimiento.

Después de larga búsqueda encontraron un joven de catorce años, que hace un tiempo perdió la visión.

Se acercaron a él los médicos y le preguntaron: ¿estás interesado en que te curemos? — Seguro — contestó el joven con alegría.

Le dijeron los médicos: lo haremos pero con una sola condición que digas delante del rey que sos ciego de nacimiento. También le dirás a tu madre y a los vecinos que digan lo mismo.

Se alegró mucho el joven al escuchar las palabras de los médicos y corrió a contarle las novedades a su madre y también ella aceptó la condición.

Fue la mujer a hablar con los médicos, expresó su aceptación a la condición y los médicos la dirigieron acerca de lo que ella y sus vecinos tenían que decir.

Tomaron al joven y después de ocho días de tratamiento intensivo, lograron que el joven recupere la vista.

Al pasar ocho días vino Rambam frente al rey y llegaron los médicos con el joven ciego.

Dijeron los médicos: Su Majestad, hemos traído un joven que era ciego de su nacimiento, de acuerdo al testimonio de su madre y sus vecinos y lo hemos curado de su ceguera.

Preguntó el rey a la madre y a los vecinos, y estos confirmaron las palabra de los médicos, diciendo que el joven

sufría de ceguera congénita y hace unos días los médicos empezaron a tratarlo y lo curaron.

Pudo comprobar el rey, que la verdad estaba con los médicos y que era posible curar la ceguera congénita.

Se dirigió el rey a Rambam y le preguntó: ¿qué puedes decir sobre esto?, nuestros ojos confirman que es posible curar a un ciego de nacimiento.

— Yo no creo, que este joven fue ciego de nacimiento, debido a que la ceguera congénita no puede ser curada.

De todos modos pido a Su Majestad, que ninguno de los presentes salgan, hasta que yo salga por unos instantes y vuelva.

Aceptó el rey y Rambam salió apresuradamente al mercado y compró siete papeles de diferentes colores y los trajo en su mano al palacio real.

Todos los presentes estaban desconcertados y no sabían que pensaba hacer Rambam.

Llamó Rambam al joven y le dijo: hijo mío, deseo preguntarte algo: en este momento ves bien y puedes distinguir entre un objeto y otro.

— Sí, puedo ver y distinguir claramente entre las cosas — contestó el joven.

Sacó Rambam los papeles de color y preguntó:

— ¿Puedes distinguir entre los colores? Dime de que color es cada uno de estos papeles.

— Este es rojo, el segundo es verde, el tercero es azul — señaló el joven.

En ese momento se dirigió Rambam al rey y le dijo con una sonrisa: puede observar Su Majestad, que los médicos, el joven, la madre y los vecinos mintieron al decir que el ciego no vio nunca la luz.

El rey y los médicos siguieron atentamente las palabras de Rambam y este continuó con voz segura y suave:

Si fuera verdad que el joven era ciego congénito, ¿cómo supo distinguir entre los diferentes colores?

Si supo el nombre de cada color, señal que el joven vio varios años y sólo en una etapa posterior perdió la vista.

Al escuchar los médicos, la prueba irrefutable de Rambam quedaron con la boca abierta y avergonzados delante del rey.

Quiso el rey castigarlos severamente por sus mentiras, pero Rambam pidió que sean perdonados.

El nombre de Rabí Moshe Ben Maimón, se difundió por toda el mundo por su gran sabiduría y por su gran piedad con todas las criaturas.

Fuente: traducido del judeo-árabe del manuscrito de Aarón Hacoheh, que a su vez lo copió del manuscrito de Rabí Abraham Calfón.

El libelo de Damasco

Hace uno 145 años, había una importante comunidad judía en la ciudad de Damasco, que contaba con unas cinco mil familias.

En esa época el gran erudito Rabí Jaacob Antebi, era el Gran Rabino de la ciudad y dirigió la comunidad con talento e inteligencia.

El día 5 de Adar, desapareció en forma repentina un monje denominado Badri Tuma y su sirviente árabe Ibrahim.

Este monje se ocupaba de curar enfermos y visitaba en las casas de cristianos, judíos y musulmanes.

Había un rumor que el monje tuvo una rencilla con un musulmán, el monje insultó y blasfemó al musulmán y a su religión, entonces el musulmán juró vengarse del “perro cristiano”.

A pesar del rumor, no se molestaron los dirigentes de Damasco de averiguar la verdad.

En esos días gobernaban le ciudad dirigentes muy antisemitas, que se combinaron con el cónsul francés que también era fuertemente anti-judío para acusar a los judíos del asesinato del monje.

Al Gobernador de Damasco, se le presentó una denuncia que los judíos asesinaron al monje y a su criado, al parecer para utilizar su sangre en la fiesta de Pesaj.

“Testigos presenciales” fueron torturados cruelmente para obtener testimonio, otros fueron sobornados para atestiguar acerca de lo que no vieron.

En un principio llamó el Gobernador al dirigente espiritual de la comunidad, Rabí Jaacob Antebi, al anciano Rabí Josef Laniado y a otro rabino.

El Gran Rabino negó por completo las acusaciones del libelo de la sangre diciendo al Gobernador: nuestra Torá nos prohíbe comer sangre ¿cómo es posible que utilicemos la sangre de un hombre para nuestras fiestas?

— No me interesan vuestras costumbres. Sobre ustedes recae la responsabilidad de encontrar a los hombres.

El Gran Rabino rogó y lloró, porque no le era posible encontrar al monje y recordó al gobernante que Caín y Abel estuvieron solos en el mundo y a la pregunta de D-s, “¿dónde está Abel tú hermano?”, contestó Caín ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?” Tampoco los judíos deben cuidar al monje y desconocen su paradero.

Se levantó el Gobernador de su sillón y golpeó en la cabeza y cara del rabino y le dijo a la delegación: Estoy convencido que ustedes lo asesinaron para utilizar su sangre y esa es vuestra costumbre. No en vano fueron expulsados de España y demás países. A pesar que ustedes pagaron caro por mantener vuestra cruel costumbre, todavía siguen aferrados a ella.

Echó el gobernador al Gran Rabino y a sus colegas con golpes y maldiciones, diciendo: les doy un plazo de veinticuatro horas para encontrar al monje.

Llamó el rabino a todos los judíos a congregarse en la sinagoga, abrió el “Arca de la Torá” y anunció con voz sollozante: Una oscura confabulación se cierne sobre nuestras cabezas. Debemos acercarnos a D-s y El se apiadará de nosotros y va a traer la luz.

Luego anunció: Yo ordenó que todo el que sepa algo acerca del incircunciso o escuchó adonde fue que venga y nos informe.

Tomó el rabino el shofar, que perteneció a Rif, Rabí Itsjak Alfasi, y tocó con él, con gemidos y corazón atormentado.

Llamó el rabino a los “siete dignatarios”, dirigentes de la comunidad y les pidió que fueran a ver al gobernador y le

pidieron prórroga en el plazo otorgado, tres días en lugar de una jornada, quizás mientras tanto el monje aparecería.

Aceptó el Gobernador prolongar el plazo a tres días. Inmediatamente después, comenzó el cónsul francés junto con un grupo de antisemitas a efectuar búsquedas en las casas de los judíos, siendo la búsqueda en especial intensiva, en la casa de los rabinos de la comunidad.

La búsqueda no dio ningún resultado, pero después de una jornada vino una muchedumbre que ordenó a cavar en los patios de los judíos, para descubrir el cadaver del monje.

Ellos explicaron a los judíos sorprendidos, que una anciana de noventa años de edad, soñó que el monje fue asesinado y se encuentra enterrado en una de las casas.

Tampoco esta búsqueda rindió frutos, pero el cónsul junto con los déspotas gobernantes continuaron oprimiendo y afligiendo a los judíos y sus dirigentes.

Los ataques y humillaciones se extendieron a la vecina ciudad de Dinar. Una incitada muchedumbre se precipitó sobre la sinagoga, arrasaron el edificio y desgarraron los libros de la Torá.

El mismo fenómeno se fue extendiendo a las demás ciudades de Siria.

El Gobernante ordenó detener a los “siete dignatarios” y un viernes, cuando fue invitado el Gran Rabino a visitar al Gobernador, pudo enterarse con estupefacción y pavor que en la prisión se encontraban cientos de judíos, entre ellos unos cuatrocientos niños.

A causa de los golpes y las torturas, falleció un judío.

El populacho salvaje e incitado se abalanzó sobre Rabí Iaacov Antebi golpeándolo y maldiciendo.

Un judío renegó de su fe a causa de las torturas y prestó

insolentemente testimonio contra el rabino, diciendo que vio al monje atado con sogas y que después lo asesinaron para utilizar su sangre en el horneo de las matsot (pan ázimo)

Negó el rabino todo el asunto y propuso al Gobernador, invitar al padre del converso para que testimonie si existe semejante ritual en nuestra religión.

— Yo exigo de ti la sangre del monje — bramó el cruel gobernador e hizo escuchar sus amenazas sobre el silencioso rabino.

Sacaron al rabino al patio en medio de golpes y escupitazos, lo arrojaron al piso, le pasaron una espada por su cabeza. Entonces recordó las palabras de nuestros sabios: “aunque una espada filosa este puesta sobre tu cuello no te desesperes ni te desesperances de la salvación.”

La espada no tocó el cuello del rabino, sólo sacó el casquete de su cabeza, lo arrojaron a una pileta de agua fría y no le permitían sacar la cabeza. Toda vez que intentaba sacar la cabeza recibía violentos golpes con palos. Su sufrimiento era terrible.

Cuando vieron que la vida del rabino estaba en peligro, lo sacaron del agua y le hicieron una fogata para calentarlo y volvió a preguntar el Gobernador con fuertes gritos: ¿dónde se encuentra el monje?

Por orden del Gobernador fue traído nuevamente el judío renegado frente al rabino y habló con él delicadamente en hebreo: Sepa rabino, que yo ya revele todos los secretos, entonces para que sigue negando el asunto haciéndose merecedor de torturas y duros sufrimientos. Confiese y diga a quien lo entregó y salvese.

Ante el silencio guardado por el rabino ante las palabras del renegado, volvió a gritar el odioso gobernador: ¡habla con él!
¡Contéstale!

— Puede asesinarme — contestó Rabí Iacov — prefiero más la muerte que seguir viviendo de esta manera.

— ¡Ah! — dijo el sádico gobernador — quieres morir como un mártir, no te daré el gusto, te castigaré y afligiré con terribles torturas hasta que confieses la “verdad”.

Después que un médico lo revisó y le dijo al gobernador que teme por su vida, dejaron de torturarlo y lo vistieron con ropas de lana para calentar su cuerpo.

Al día siguiente trajeron a Rabí Iacov al Tribunal, donde se congregaron miles de árabes. Escuchó el rabino los gritos de un judío que fue castigado severamente y sólo lo dejaron, cuando el rabino se acercó a la sala. Al ingresar el rabino a la sala lo sentaron junto al sabio David Harari y sus dos hermanos y el judío renegado.

Como el bramido de un trueno en un día soleado, cayó sobre el rabino el testimonio de Rabí David Harari.

Rabí Harari se levantó y dijo: Rabí Iacov, nos vimos obligados a revelar, que tú nos llamaste para reunirnos en la sinagoga y proclamaste que necesitamos sangre de un incircunciso para las matsot, encontramos al monje Badri Tuma y lo asesinamos, colocamos su sangre en un botellón de vidrio, e inmediatamente te la enviamos con Moshok, que ahora cambio su nombre por Mujamad Efendi (el judío renegado).

Después del testimonio de Rabí Harari, se levantó su hermano y atestiguó testimonio semejante.

Atónito por los falsos testimonios, clamó Rabí Iacov al gobernador. Creame, Su Excelencia, que estas palabras son viles mentiras y que testimoniaron así sólo a causa de las torturas y vejámenes a los cuales fueron sometidos.

Ordenó el Gobernador acostar al Gran Rabino sobre el piso, fue golpeado con látigos hasta que manó sangre de su

debilitado cuerpo y sus gritos se sentían a la distancia. Se le acercó el gobernador y le dijo dulcemente: rabino, sólo quiero que digas que las palabras de los testigos son verdaderas y serás liberado y te salvarás de las torturas.

Contestó el rabino: estoy dispuesto a confesar, solo exijo que sea escrito explícitamente que la confesión es falsa y obtenida bajo coerción.

Cerciorado el gobernador, que no obtendría su cometido por las buenas, volvió al método de las torturas.

En un principio, encerraron el rabino en un cuarto trayéndole comida una vez por día. Luego lo afligieron con todo tipo de crueles vejámenes y cuando vieron que su vida peligraba arrojaron agua sobre su cara.

Varios de los dignatarios de la comunidad fallecieron como consecuencia de los sufrimientos a los cuales fueron sometidos, entre ellos Rabí Iosef Laniado, que murió golpeado atrocemente con palos.

Durante los días de torturas y humillaciones, traía el Gobernador a Rabí Iaacov, lo volvía investigar y se burlaba de él y del judaísmo.

La última ordenanza dictada — contra el Gran Rabino fue: encerrarlo en una casa durante tres meses, prohibiéndole lavarse y cambiar su ropa, rodeado de hormigas y pulgas, hasta que no pueda distinguir entre día y noche.

El peor edicto fue: prohibir la salida de la ciudad y el envío de cartas en las que se pueda pasar información sobre los ataques a los judíos.

Pero, como dice el versículo “tiempo de desgracias fue para Iaacov (se refiere al pueblo de Israel y en este caso se aplica también a Rabí Iaacov) y de ella se salvará.

Un judío se afeitó, vistió ropas musulmanas, se trasladó de ciudad en ciudad hasta que llegó a la ciudad de Alepo, cuyo

Gran Rabino era Rabí Abraham Antebi, tío de Rabí Iaacov. El judío entregó cartas al Gran Rabino, para que las entregue al presidente de la comunidad Eliahu Di Fiyuto, que servía como cónsul de varios países europeos.

Las cartas fueron enviadas al Barón Iaacov Rotschild, al influyente Moshe Montifiori y a rabinos de Londres y Amsterdam y con sus esfuerzos lograron anular los edictos antisemitas.

Después de un año de sufrimientos y torturas fue liberado Rabí Iaacov de la prisión.

Con su liberación subió Rabí Iaacov a la Tierra de Santidad, la Tierra de Israel para agradecer y alabar a D-s por Sus milagros y maravillas.

Fuente: este es un resumen de lo escrito por Rabí Iaacov Antebi.

Vengó la venganza del judío

El rabino cabalista Rabí Abraham Ben Musa vivió en una ciudad musulmana. Gobernaba sobre la ciudad en esa época un Sheriff, caracterizado por su antisemitismo, siempre buscaba oportunidad para oprimir a los judíos.

Rabí Abraham tenía un vecino judío temeroso de D-s y muy generoso. Un día pasó el hombre involuntariamente por la propiedad privada del Sheriff y el dueño de casa lo asesinó.

Cuando escuchó la madre de Rabí Abraham, la extraña muerte del vecino se entristeció y comenzó a llorar.

En ese instante volvió su hijo Abraham, que tenía entonces seis años de edad del Talmud-Torá.

— ¿Qué pasa madre querida que estás llorando — preguntó con tristeza y ternura el hijo.

Contó la madre, que el buen vecino fue asesinado por el cruel Sheriff.

— No temás madre dijo Rabí Abraham — pero yo debo vengar a nuestro vecino.

Escribió Rabí Abraham el nombre de D-s sobre un pedazo de papel compró collares de diversos tipos y se dirigió a la mansion del Sheriff, anunciando: ¿quién quiere comprar collares?, ¡collares baratos! ¡collares baratos!

Salió la sirvienta del Sheriff y advirtió al niño: judío no pases por aquí, el Sheriff te puede matar como lo hizo ayer con un judío.

Muchas gracias que me informaste — dijo el niño — veo que sos una buena mujer. Toma como regalo estos collares. Al ver la alegría de la sirvienta, le dijo: si tomas este papelito y lo arrojas en el pozo de agua de tu patrón te daré estos collares también.

Aceptó la criada el trato, arrojó el pedazo de papel al pozo y el pequeño le entregó los collares.

En ese momento estaban en la casa el Sheriff, sus hijos, nietos y sirvientes, juntos alrededor de unas setenta personas.

Cuando tomaron del agua del pozo murieron todos (así desaparezcan los enemigos de D-s).

El rey del país tenía la costumbre de no salir del palacio, hasta que venga el sheriff, que era el dirigente espiritual de los musulmanes.

Ese día, esperó el rey prolongadamente la llegada del sheriff y al ver que este no llegaba, envió dos de sus siervos a buscarlo.

Al llegar a la casa, golpearon a la puerta, más no hubo respuesta. Abrieron la puerta y se encontraron con una pavorosa escena, los cadáveres del sheriff y su familia dispersados por el suelo de la mansión.

Volvieron los siervos e informaron lo que vieron.

Reunió el rey a sus ministros y consejeros, para deliberar sobre como ocurrió el misterioso caso.

Después de horas de deliberaciones, no encontraron respuesta al extraño suceso.

Dijeron los ministros: Su Majestad, este asunto es muy complicado. Sólo los sabios de los judíos pueden encontrar la solución del caso.

Mandó el rey a llamar al rabino de los judíos y le contó todo el asunto, pidiéndole investigar y resolver quien es el responsable de la muerte del sheriff y su familia.

— Le pido a Su Majestad que me de un plazo de treinta días — dijo al rey — y sea la Voluntad de D-s ayudarme a encontrar la solución al caso, con la rapidez posible.

Aceptó el rey y volvió el rabino a la iveshivá pensando como iba a hacer para descifrar el caso.

Al llegar Rabí Abraham a estudiar con sus compañeros vio al rabino preocupado y pensativo. Cuando supo que fue invitado al

Palacio Real, entendió que fue llamado para investigar la muerte del Sheriff.

Se acercó Rabí Abraham a su maestro y le dijo: Tengo un secreto que contar. Yo maté al sheriff y a su familia, de la misma manera como él mató a nuestro vecino judío, sin motivo.

— ¿Cómo lo mataste? — preguntó el maestro.

— A través del nombre explícito de D-s como esta escrito en la Cabalá — respondió el alumno le mostró el nombre que escribió y le contó toda la historia.

— Felicitaciones por destruir a los malvados — exclamó el rabino.

Desde ese día supo el maestro la sabiduría de su pequeño alumno, que se convirtió en uno de los más eminentes sabios en Cabalá. Le dijo el maestro a su alumno: Ahora debes cambiar tu lugar de residencia por dos causas. La primera para huir del castigo real, la segunda debías haberme preguntado antes de actuar ya que “el que enseña la ley en el lugar de su maestro se merece la muerte”, por lo tanto debes salir al exilio para expiar tu pecado.

Fue el rabino y le dijo al rey: intenté averiguar y encontrar la respuesta al dilema, pero no la encontré.

Al parecer todas murieron asfixiados debido a la estufa encendida que había en la casa.

— Sí, también los consejeros — dijo el rey — sostienen que esa es la causa de la muerte.

Junto el rabino una suma de dinero y la entregó al niño que viajó con su madre a la ciudad de Túnez.

Fuente: traducido del judeo-árabe del libro “Ashbia Lajem” de Rabí Israel Makikats Jadad.

Castigado por Rabí Shmuel

Esta historia se desarrolló en la época de Rabí Jaim Vital. En esos días vivió en Damasco un gran justo llamado Rabí Shmuel Abujatsira.

Muy piadoso y justo era el hombre y nunca quiso recibir provecho de ningún hombre. Se solía sentar en una esterilla para estudiar Torá.

En esa época, duros edictos castigaban a los judíos de un país europeo. El rey de ese país decretó que todos los bienes de los judíos pasarían al tesoro real y después de tomar todo su dinero, los obligó a pagar un duro impuesto.

Fueron los dignatarios de la comunidad a ver al rey y le rogaron que les otorgue una prorroga en el pago de los impuestos.

En un principio no los quiso escuchar, pero después de oír los argumentos de que no quedaba en las casas de los judíos absolutamente nada y que debían pedir de judíos de otras ciudades y naciones que les envíen dádivas para poder pagar el impuesto, aceptó la propuesta de los judíos.

Escribieron cartas a todas las ciudades donde vivían judíos que se apiaden de ellos y los ayuden a conseguir el dinero necesario.

Las cartas fueron entregadas a emisarios que las entregaron personalmente a los dirigentes de la comunidad.

Entre ellas, había una carta dirigida a la comunidad de Damasco, ciudad de Rabí Shmuel Abujatsira. La carta fue entregada en manos de tres sabios.

Pasaron varias semanas hasta que los sabios pudieron llegar a la ciudad de Damasco. Al entrar a la ciudad, se dirigieron a la sinagoga para buscar lugar donde alojarse.

Los sabios estaban esperanzados que el criado de la sinagoga,

los llevaron a la casa del presidente de la comunidad o del rabino de la ciudad.

Al finalizar la oración quedaron los sabios solos en la sinagoga.

Descendió Rabí Abujatsira del altillo, donde vivía, para cerrar con llave el portón de la sinagoga, y ponerse a estudiar.

Antes de cerrar la puerta el rabino verificó que no quedaban personas en la sinagoga, cuando vio a los tres forasteros sentados en un banco.

— Debo cerrar la sinagoga — dijo el rabino.

Le dijeron los sabios: nosotros somos forasteros y no conocemos a nadie en la ciudad. Hoy llegamos de Alemania y traemos cartas para los dirigentes de la comunidad. Ninguno de los feligreses se interesó en nosotros y no sabemos que hacer.

Contaron a Rabí Shmuel los sucesos con el rey antisemita y los escuchó con gran atención.

— Vayan ahora a la casa del presidente de la comunidad — dijo el rabino — él les aconsejará que hacer, acá es imposible dormir.

— Nosotros no conocemos la ciudad y sus habitantes — dijeron los emisarios.

— Vengan conmigo y les mostraré la casa del presidente — ofreció Rabí Shmuel.

Les mostró la casa y los dejó, y los sabios creyeron que era el criado de la sinagoga.

Golpearon la puerta y se presentaron como extranjeros y dijeron que fueron enviados por Shmuel Abujatsira.

Cuando escuchó el sirviente que abrió la puerta, el nombre de Rabí Shmuel Abujatsira, los hizo pasar inmediatamente.

Los condujo al dueño de casa y le dijo: a estos señores los manda Rabí Shmuel.

Le contaron al presidente lo que acontece con su déspota gobernante y le entregaron las cartas de la comunidad.

Entre las cartas había una carta dirigida a Rabí Shmuel Abujatsira. Les dijo el hombre: esta carta es para el hombre que los envió aquí.

Se avergonzaron y lamentaron los emisarios que confundieron al gran erudito por un simple criado y no le rindieron los merecidos honóres.

Los emisarios pidieron del presidente que los acompañe de Rabí Shmuel para disculparse por la confusión.

— No deben preocuparse — los tranquilizó el dignatario. Rabí Shmuel es un hombre muy humilde que desprecia los honóres. Esta noche duermen aquí y por la mañana pueden verlo.

Durmieron esa noche en la casa del presidente de la comunidad y al día siguiente fueron a la sinagoga a rezar las oraciones matutinas.

Después de las oraciones premanecieron en el lugar, con el presidente de la comunidad, se disculparon delante Rabí Shmuel por no haberlo conocido y confundirlo con el criado de la sinagoga.

— ¿Qué soy y qué es mi vida? — respondió el rabino con humildad. No debo perdonarlos porque no me ofendieron en absoluto.

Le entregaron en su mano la carta a su nombre y después de leer la carta les dijo: quedense hoy en la ciudad y duerman tranquilos y mañana, después de la oración vespertina, la salvación comenzará.

Fueron los hombres a la casa del jefe de la comunidad, alegres y confiando en la salvación, se alojaron en la casa durante todo el día y al día siguiente volvieron a la sinagoga.

Después de la oración de arvit, les dijo el rabino: sepan que

dentro de unas horas traeré al Beit Hakneset al rey de vuestra ciudad. Ustedes deben esconderse para no ser reconocido, ya que es posible que el rey los conozca.

Cerca de medianoche, cuando los habitantes de la ciudad estaban acostados. Se sentó Rabí Shmuel concentrado en sus conocimientos cabalísticos.

Después de unos instantes ingresó el rey antisemita aprisionado con cadenas de hierro, conducido por cuatro ángeles celestiales montados sobre caballos de fuego.

Se acercaron los ángeles a Rabí Shmuel y le dijeron: ¡He aquí tu hombre!

— Colóquenlo frente al pozo de agua y que empiece a sacar agua del pozo y a llenar con ella la pileta. No lo dejen descansar hasta que la pileta este llena — ordenó Rabí S'h'muel.

Fue obligado el rey a llenar la pileta con agua del pozo, pero en la pileta había un desagüe que conducía el agua de vuelta al pozo.

El llenaba la pileta y en el momento que interrumpía el trabajo era golpeado por los ángeles con varas de hierro.

Esta situación se prolongó hasta la medianoche, ya que este tipo de ángeles pueden causar daño únicamente hasta medianoche.

Entonces dijo Rabí Shmuel: devuelvan el hombre a su lugar cuando estaba cubierto de heridas y moretones, no pudiendo moverse ni hablar a causa de los golpes y el temor.

El rey al volver al palacio, les gritó a los guardianes con evidente enojo: ¿Porqué no cuidan a vuestro rey apropiadamente?

— ¿Cómo hicieron para entrar los hombres que me golpearon y me hirieron? y mientras hablaba les mostró los golpes y las heridas.

— ¡Nuestro Rey! ¡Su Majestad! nosotros cuidamos el Palacio Real continuamente y no abandonamos la guardia ni siquiera por un instante, y no vimos entrar a ninguna persona — respondieron todos los centinelas.

Se aconsejó el rey con su lugarteniente, y éste aconsejó colocar nuevos guardianes en la entrada al dormitorio del rey que no le permitan a nadie la entrada.

A pesar de las severas medidas de seguridad tomadas en el palacio, volvió a repetirse a la noche la misma escena.

Los ángeles lo transportaron a la sinagoga de Damasco, al lado del pozo de agua, ante la incrédula mirada de los emisarios que escondidos en un rincón observaron nuevamente como su rey trabajaba duramente y recibía feroces golpes de los ángeles cuando interrumpía su trabajo.

Por orden del rabino el rey fue devuelto, a medianoche a su palacio dolorido y debilitado por el sufrimiento de los golpes y el pesado trabajo.

Reunió el rey a todos sus guardianes y les contó todo lo ocurrido.

— ¿Cómo es posible que entre alguien? — preguntaron todos con sorpresa — estuvimos parados sin abandonar el lugar toda la noche y no vimos a nadie que intentara ingresar.

Llamó el rey a todas sus ministros y consejeros a esa tardía hora de la noche y les contó el extraño episodio que lo afectaba.

— ¿Quizás la custodia de los guardianes es negligente? — preguntó uno de los ministros.

Contestó el lugarteniente: ayer agregamos varios nuevos guardianes y estoy seguro que ellos cumplen bien con su trabajo.

Después de una larga deliberación fue decidido que varios ministros dormirían a la noche en el cuarto del rey y cuando

pretendieran capturarlo se despertarían y podrían clarificar el asunto.

Mas este consejo, tampoco ayudó, la tercer noche también fue llevado por los ángeles junto al pozo de agua de la sinagoga.

Esta vez recibió una porción multiplicada de golpes y a la noche fue devuelto a su cuarto.

Despertó el rey a los ministros que dormían en su cuarto y les contó que el nuevo consejo tampoco ayudó — ¡ya no se que hacer! — exclamó — Contó detalladamente lo que vieron sus ojos y escucharon sus oídos, el pozo de agua junto a la sinagoga, las palabras del rabino y de los hombres que lo apresan, el duro trabajo al que es sometido: llenar la pileta abierta con las aguas del pozo, y los fuertes golpes recibidos.

La próxima noche cuándo lleven a Su Majestad a la sinagoga — propusieron los ministros. Su Majestad debe preguntar: ¿porqué recibo todos estos golpes? ¿porqué me obligan a trabajar ¿cuál es mi pecado?

La cuarta noche, cuando vinieran los ángeles a llevarlo frente Rabí Shmuel, se llevaron también a los ministros que se encontraban en su cuarto.

Al llegar a la sinagoga se paró el rey frente a Rabí Shmuel, arrojó a sus pies lloró e imploró: Dime, mi señor, ¿cuál es mi pecado, por el cual díariamente soy traído a este lugar, haciéndome trabajar duramente y golpeándome?

— ¡Malvado! — exclamó el rabino acaso no sabés que D-s es el guardián de Israel y tú no los cuidas?

— Golpeen a este malvado — ordenó el rabino a los ángeles, y después de que lo golpearon con atroces golpes, le dijo el rabino: viniendo aquí díariamente y te afligiré mucho más duramente. robaste y liberarlos de impuestos durante diez años.

Si haces lo que te dije — continuó el rabino — serás liberado del yugo del trabajo y los golpes, pero si te niegas seguiras

viniendo aquí diariamente y te afligiré mucho más duramente.

— Estoy listo a cumplir con todo lo que usted me ordene — aseguró el rey.

Pidió el rabino de los ángeles que le trajeran un pedazo de papel.

Cuando trajeron el papel, el rabino ordenó al rey firmar que se comprometía a devolver el dinero a los judíos y que los liberaba de impuestos por diez años.

Cuando fueron escritas estas palabras, ordenó el rabino a los ángeles, traer el sello real. Al llegar el sello, firmó y selló el rey la carta, escribió la fecha y la ciudad donde se escribió la carta: Damasco.

Tomó el rabino el papel en su mano y ordenó al rey: de hoy en adelante, debes cuidar bien a los judíos y no provocarles el más pequeño daño, en caso contrario serás castigado con amargas y duras torturas.

— Aceptó cumplir todo lo que se me ordenó — respondió el rey avergonzado.

— Devuélvanlo a su cama — ordenó el rabino a los ángeles, y en instantes se encontró al rey en la cama de su cuarto.

Al día siguiente, pidió Rabí Shmuel Abujatsira de los ricos de la ciudad, donaciones para la comunidad perseguida de Alemania. Entregó el dinero a los emisarios, junto con el documento firmado por el rey y los despidió calurosamente.

Cuando retornó el rey a su cama, encontró a sus ministros y consejeros a su lado.

Les contó la conversación con el rabino que se encontraba en una ciudad llamada Damasco y que prometió al rabino devolver el dinero de los judíos y liberarlos de impuestos por diez años.

No escuchamos acerca de una ciudad denominada Damasco — dijeron los ministros — quizás los judíos la conocen.

Llamó el rey a los jefes de la comunidad y les preguntó si conocían una ciudad con el nombre de Damasco.

— Sí — hay una ciudad con ese nombre y está recordada en nuestra Torá, pero esta separada de nuestra ciudad por muchas semanas de viaje.

El rey y sus ministros quedaron absortos ante la información y el rey pidió de los dirigentes que hagan la cuenta acerca de cuanto dinero tomó de los judíos desde el comienzo de su reinado.

Después de varios días, le trajeron la cuenta y el rey devolvió el dinero y les informó en forma festiva, que estaban por completo eximidos por diez años del pago de impuestos, entregando un documento, certificando lo dicho.

Luego de varias semanas llegaron los enviados a su ciudad y contaron los episodios de Damasco y mostraron la carta firmada y sellada por el rey.

Agradecieron y alabaron los judíos de la ciudad a D-s, el Redentor de Israel por los milagros y maravillas que hizo en mérito de Rabí Shmuel Abujatsira, su mérito nos proteja.

Fuente: Traducido del judeo-árabe del manuscrito de Rabí Aharón Hacoheh que copió del manuscrito de Rabí Abraham Calfón.

El mérito de la liberación de cautivos

En una ciudad de Georgia, había un gran sabio, cuya piedad y rectitud precedían a su sabiduría.

Una vez tuvo en sueño en el que le anunciaron: cuando fallezcas recibirás tu parte en el mundo por venir junto con el carnicero fulano.

Se despertó de su sueño al la mañana sorprendido: ¿porqué recibiría su parte en en el mundo por venir, con un simple judío, siendo él un gran sabio?

Rezó shajarit, la oración de la mañana, con gran devoción y salió de viaje a buscar al carnicero.

Después de una intensa búsqueda, encontró el negocio del carnicero.

Ingresó al negocio y le dijo; hijo mio ¿de qué te ocupas? ¿ qué haces? Me dijeron en un sueño que estaremos juntos en el mundo por venir.

Contestó el carnicero: no tengo muchos méritos, sólo cuando vendo carne soy muy cuidadoso con el peso y trato siempre de agregar en favor del cliente.

Replicó el sabio — esa no es una mitsva de difícil cumplimiento y no creo que por ella te harás acreedor de una parte similar a la mía en el mundo por venir. Sigue pensando, quizás puedas recordarte de alguna otra cosa.

Pensó el carnicero varios minutos si había cumplido con alguna otra mitsvá o había hecho algún acto piadoso, hasta que recordó que una vez hizo una mitsvá.

Se alegró el sabio al escuchar sus palabras y preguntó: ¿qué hiciste?. Cuéntame por favor.

Contó el carnicero su historia: había una niña judía cautiva y no había quien la salva de su cautiverio, gritaba la niña y lloraba: ¿quién puede salvarme? ¿quién puede redimirme?

— Pagué por ella el rescate exigido. La traje a mi casa y después de un corto periodo, pensé en casarla con mi hijo.

Siguió el carnicero con el cuento y escuchó el sabio atentamente, como se comprometieron la joven y su hijo, como prepararon el casamiento y el gran número de invitados que vinieron al casamiento.

Breves instantes antes de celebrarse la ceremonia de casamiento observó el novio, el hijo del carnicero un joven sentado en un rincón llorando.

Se le acercó el novio y le preguntó: ¿Porqué lloras? Todos los presentes quieren alegrarse en mi casamiento y tú lloras apagando la alegría.

— No puedo evitarlo — dijo el joven apesadumbrado — mi corazón esta muy dolorido por la novia.

Se sorprendió el novio y preguntó: ¿qué pasa? ¿porqué lloras por la novia?

Explicó el joven: esta muchacha que está por casarse, era mi comprometida, mas al declararse la guerra cayó en cautiverio.

Ahora que conseguí el dinero del rescate descubrí que esta por casarse con otro.

— ¿Puedes ofrecer alguna señal identificatoria? sobre ella — preguntó el novio con asombro.

Entregó el joven siete señales acerca de su antigua comprometida.

Investigaron las mujeres y efectivamente encontraron ciertas las señales ofrecidas por el joven.

Informó el carnicero a su hijo: ¡hijo mío! está prohibido que te cases con tu novia, ya que estaba comprometida con otro hombre.

Se calló el hijo y no respondió a las palabras de su padre. Se

acercó el padre al desesperanzado joven y le dijo: Sube al palio en lugar de mi hijo, santifica a esta mujer como tu esposa y le entregó como regalo el anillo de casamiento.

Subieron el joven y la chica al palio nupcial, bendijo el rabino las siete bendiciones, el joven le dijo a su comprometida: “He aquí que tú me eres santificada como mujer por este anillo según la ley de Moshé e Israel.”

Todos los presentes se alegraron con la alegría de los novios y el carnicero, su esposa y su hijo alegraron al novio y la novia con gran entusiasmo.

Después de un corto periodo encontré para mi hijo una joven de buena familia y viven juntos con riqueza y felicidad.

Escuchó el rabino, todo el relato y se asombró de lo escuchado.

— En efecto, la mitsvá que hiciste es muy grande y no todo hombre hubiera hecho lo mismo en una situación semejante comentó.

Debido a su acción en favor de la pobre cautiva fue merecedor el carnicero, un sencillo judío, de sentarse en el mundo por venir junto al gran sabio.

El príncipe que se convirtió al Judaísmo.

Este cuento sucedió en los días de Rabí Itsjak, “Tinra”, que escribió el libro “Minhaguim”, (costumbres).

Este cuento ocurrió en el año 5210 y como consecuencia del mismo se decretó la expulsión de los judíos de la ciudad.

En esos días la ciudad de Tinra se encontraba sometida al gobierno de Viena y había una distancia de caminata de un día entre ellas.

En Viena gobernaba la Reina Regina.

Rabí Itsjak vivió en la ciudad de Tinra y sirvió allí como rabino y juez. rabínico de la ciudad, haciéndose famoso su nombre en la ciudad y las tierras vecinas por su rectitud y sabiduría.

No sólo judíos vinieron a ser juzgados por él, sino muchos no judíos le pidieron que falle sus disputas, habiendo aquellos que vinieron a escuchar sus palabras y observar como dirigía los juicios.

Rabí Itsjak tenía una única hija, poseedora de una gracia y belleza especiales.

Los no judíos que se acercaron a su tribunal, prestaron atención en la singular belleza de la hija y hubo aquellos que fueron y alabaron la belleza de la joven delante de la Reina Regina.

Escuchó el hijo de la reina las palabras y comenzó a enamorarse de la mujer sin verla.

Durante treinta días pudo contenerse, pero al pasar treinta días llamó a consejeros del reino y les dijo: No me siento bien, algo pasa con mi corazón. Creo que debo hacer un paseo fuera de la ciudad para mitigar este sentimiento — pensando que iba a aprovechar el viaje para ver a la hija del rabino.

Llamaron los ministros a los criados y les ordenaron elegir varios caballos robustos y fuertes para salir a un viaje largo fuera de la ciudad.

Montaron el príncipe y los ministros sobre los caballos viajando de ciudad en ciudad, hasta que llegaron a la ciudad de Tinra, la ciudad de Rabí Itsjak.

Al ingresar a la ciudad dijo el joven a los ministros: esperenme aquí, yo quiero caminar por la ciudad y conocer a sus calles y habitantes.

Cambió sus ropas principescas por vestimentas sencillas, e ingresó en la ciudad y preguntó a los transeúntes por la casa del rabino de la ciudad.

Cuando entró a la casa, encontró al rabino estudiando con sus alumnos y su rostro parecido al de un ángel celestial. Esperó a que terminaran el estudio y después pidió hablar con el rabino.

Supo el rabino que el joven era el hijo de la reina, se levantó de su asiento y le rindió honóres. Dijo el joven no vine a que me honren sino para decirle algo secreto y urgente.

Entraron los dos a un cuarto interior y el príncipe empezó a hablar: quiero tomar a su hija como esposa, yo soy el hijo de la Reina Regina, así que si acepta entregármela como esposa, muy bien; si no acepta podremos tomar medidas adecuadas contra su persona.

El rabino espantado, al escuchar la propuesta casi se desmayó. Advirtió el joven la reacción del rabino e intentó tranquilizarlo.

Hagamos un trato, ofreció — yo estoy interesado en casarme con tu hija sólo dentro seis años. Después de este periodo volveré. Si encontrarás que yo soy apropiado para ella me la darás como mujer, en caso contrario el trato está anulado. — Lo único que pido-concluyó-que me jures que no entregarás tu hija a otro hombre durante este periodo.

Al escuchar la proposición se tranquilizó el rabino, como consecuencia del largo plazo otorgado.

Juraron los dos guardar el asunto en secreto, se sacó el príncipe, el anillo de su mano y dividiéndolo en dos mitades otorgó una mitad a Rabí Itsjak y él guardó la otra mitad.

Al entregarle la mitad del anillo, le dijo el príncipe al rabino: este medio anillo será testigo del pacto entre nosotros. Escribieron las condiciones del pacto, firmaron los dos el documento y se despidió el joven amablemente.

Volvió el príncipe al lugar donde lo esperaban los ministros y retornaron a Viena.

El príncipe simuló haberse recuperado un poco de su mal estado anímico. Pero al pasar varios días; se mostró deprimido no comió ni bebió y argumentó que el isomnio lo atacó por la noche.

Su madre le trajo un médico particular y después de revisarlo dijo, que su pulso era normal y que aparentemente no poseía ninguna enfermedad.

Propuso su madre cambiarlo de cuarto. Así fue pasando de cuarto en cuarto y cada vez sostenía el hijo, que no le era cómodo en el nuevo lugar.

Cuando su cama fue llevada al cuarto donde se encontraba el armario con la ropa, dijo que el lugar le resultaba cómodo.

Un martes por la noche, despertó a medianoche y despertó a dos sirvientes diciendo: no puedo dormir, vengan conmigo a respirar aire puro en las afueras de la ciudad.

Antes de salir del palacio, tomó el joven varias piedras preciosas y perlas, montó sobre un ligero caballo y salió del palacio con sus dos sirvientes.

Al llegar al portón de la ciudad, dijeron los criados al guardián que el hijo de la Reina Regina quiere pasar y éste abrió rápidamente el portón besando la mano del príncipe.

Al salir de la ciudad, mató el príncipe al guardián del portón y se adelantó con sus dos acompañantes en dirección al desierto. Cabalgaron los tres durante toda la noche hasta que llegaron a la madrugada a una hostería y descansaron allí del cansancio del viaje.

No reconoció el dueño de la hostería al príncipe.

Pidió el hijo de la reina que les sirvan vino y les ofreció mucho vino a los sirvientes. Cuando los sirvientes se emborracharon, tomó el príncipe su rifle y los mató.

Cerró la puerta del cuarto y le dijo al dueño del hotel, mis sirvientes se emborracharon y quedaron fuertemente dormidos y yo estoy muy apurado y debo seguir mi viaje, cuando se despierten, que me sigan. Montó su caballo y se alejó del lugar.

Al amanecer le contaron a Regina, que su hijo desapareció y junto con él parte importante del tesoro real. El guardián del pórtico de la ciudad apareció muerto y el portón abierto.

Fueron enviados jinetes a buscarlo, pero no lo encontraron.

Se enlutó la mujer por su hijo durante una larga época, y anunciaron en la ciudad que todos los habitantes debían enlutarse con ella. La nodriza y la institutriz de su hijo fueron expulsadas, para que no le recuerden la desgracia de la perdida de su hijo.

Entre tanto el príncipe viajó de ciudad en ciudad, hasta llegar a otro país. Cambió su vestimenta por otras sencillas y se presentó al rabino de la ciudad y le pidió que lo convierta al judaísmo. Después de convertirse se dirigió a otro rabino que enseñaba alumnos en la ieshivá.

Preguntó al rabino si estaba dispuesto a enseñarle Torá y antes de recibir respuesta, continuó y le dijo que estaba dispuesto a pagarle lo que ganaba enseñando a todos sus alumnos.

Aceptó el maestro la propuesta y empezó a enseñarle el

alfabeto hebreo, la puntuación y demás fundamentos de la lectura.

Muy inteligente era el joven y rápidamente entendía lo que le era enseñado, hasta que llegó a estudiar los cinco libros de Moshé (Moisés).

Después de estudiar el Pentateuco, se dirigió a otra ciudad y continuó sus estudios junto a otro rabino.

Cuando llegó el sexto año desde su visita a Rabí Itsjak, se convirtió gracias a su inteligencia y perseverancia en un gran sabio con amplios conocimientos de Torá, recordando todo lo estudiado como un pozo cementado que no pierde una gota de agua.

Mas el joven no sobresalió sólo en el estudio, su comportamiento era ejemplar, con un cumplimiento escrupuloso de todos los preceptos, solía ayunar de vez en cuando.

Se snetaba todo el día en la ieszivá estudiando de la mañana a la noche y rezando las oraciones diarias con gran devoción.

Decidió el joven que llegó el tiempo de volver a la ciudad de Tinra para hablar con Rabí Itsjak.

Al llegar a la ciudad se acercó inmediatamente a la casa de Rabí Itsjak, que en ese momento estudiaba con sus alumnos.

No lo reconoció el rabino y pensó que un hombre indigente vino a su casa.

— Dale de comer y beber — pidió el rabino a su hija.

Después de comer y beber — dijo el príncipe a la hija del rabino — por favor, dile a tu padre que quiero hablar con él.

Fue autorizado el joven a ingresar al cuarto del rabino y le dijo: la paz sea contigo, rabino y maestro, quisiera que me sea formulada una difícil pregunta y yo con la ayuda Divina intentaré responderla.

Preguntó el rabino sobre un muy complicado asunto y lo acompañó a la biblioteca que estaba en el segundo piso y le dio tiempo para contestar la pregunta.

Después de la oración de Minjá le dijo el rabino a su hija, sube, por favor al segundo piso y fijate que hace el visitante.

Cuando la muchacha subió, observó que el cuarto en el cual estudiaba el visitante, estaba lleno de luz muy especial, y salió del cuarto con gran temor.

El joven la llamó y le entregó pulseras y demás joyas, de oro en su mayoría. Se apresuró a mostrarle a su madre lo recibido y ésta dijo: esperemos y veremos como se desenlazan los acontecimientos, quizás sea el novio que te destinaron en los Cielos.

Fue la mujer y le contó a Rabí Itsjak todo el asunto. Subió al segundo piso y también él vio la potente luz que irradiaba el cuarto donde estaba el joven. Se dirigió el joven a Rabí Itsjak y resolvió con inteligencia y claridad toda la difícil pregunta.

Se sorprendió el rabino al ver la inteligencia de su interlocutor y continuó estudiando con él largas horas sin que se le ocurriera que se trataba del hijo de la Reina Regina.

— Vine a su casa a pedir la mano de su hija — dijo el joven al finalizar el estudio.

— Mi hija está comprometida — contestó el rabino.

Al escuchar la respuesta se alegró el visitante al entender que el rabino cumplió con su promesa.

—¿Dónde está el medio anillo que le entregue como señal del pacto entre nosotros? — preguntó el príncipe.

Trajo el rabino la mitad del anillo, la comparó con la segunda mitad y comprobó que eran adecuadas entre ellas.

Se llenó Rabí Itsjak de regocijo viendo que el príncipe se

había convertido y transformado en un gran erudito: y aceptó cumplir con la promesa de entregar su hija al hijo de la Reina Regina.

Agradeció a D-s por haberle presentado un novio tan sabio, para su hija y que todos sus temores al respecto, se desvanecieron.

Se difundió la noticia que la hija del rabino está por casarse con un gran sabio de otra ciudad y muchos se prepararon a asistir a la boda.

El rumor del casamiento llegó hasta la ciudad de Viena y al escuchar la reina el rumor entendió que su hijo era el novio.

Cuando supo el día del casamiento viajó la reina a Tinra con gran parte de la corte, trayendo un gran y especial regalo a los novios.

Después de celebrarse la ceremonia del casamiento de acuerdo a la ley judía, se desarrolló la fiesta del casamiento.

En medio del casamiento le dijo la reina a su hijo: el novio: ¡Levantate y baila conmigo!

Yo soy judío y tú eres la reina: ¿cómo podré bailar con Su Majestad? — intentó el novio evadirse del pedido delicadamente.

— Yo acepté y no debes temer — le contestó la reina y lo tomó de un brazo y bailó con él.

Una gran alegría acompañó a la reina durante toda el casamiento, ya que había estado segura que no volvería a ver a su hijo y ahora había olvidado todas las penas y sufrimientos que la habían afectado por el largo periodo de desaparición de su hijo.

Desde el lugar del casamiento envió una carta a los ministros que quedaron en Viena, en la cual ordenó anular el luto que había anunciado en las calles de Viena desde la desaparición de su hijo.

Los ministros que la acompañaron a Tinra y que estaban convencidos que el novio del casamiento era un judío de familia judía, se sorprendieron ante la alegría de la reina. — ¿Acaso recibió Su Majestad hoy información acerca del príncipe? — preguntaron.

— Sí, hoy es el día de su casamiento, dijo el reina con evidente alegría, mas no quiso revelar que el novio judío era su hijo, para no hacer peligrar su vida.

Después del casamiento volvió la reina y sus acompañantes a Viena.

Al pasar un año del casamiento, la hija de Rabí Itsjak dio a luz un niño y la familia mandó una carta a la reina informándola del nacimiento.

Se alegró la reina que se convirtió en abuela y envió a su hijo un costoso regalo y envió a la ciudad de Tinra una institutriz para que se ocupe del bebé.

Días después sintió la reina melancolía y quiso ver a su hijo y a su nieto.

La víspera de Iom Kipur (Día del Perdón) fue el príncipe a sumergirse en el baño ritual y cuando la institutriz vino a traerle ropas limpias pudo distinguir una señal en su hombro.

La reina llegó a la ciudad de Tinra en medio de Iom Kipur y fue recibida en la casa de Rabí Itsjak con grandes honores.

La institutriz le contó, que en efecto es su hijo y que vio como señal la pequeña cicatriz.

No pudo la reina seguir manteniendo el asunto en secreto y en medio de Iom Kipur organizó a un grupo de soldados y les ordenó cercar la sinagoga en la cual rezaba su hijo.

Ella ingresó con varios ministros a la sinagoga y encontró a su hijo orando en el púlpito y leyendo en voz alta los sacrificios que se hacían en el Gran Templo de Jerusalém, durante Iom Kipur.

Uno de los ministros tomó del brazo a Rabí Itsjak y a los que se sentaban a su lado.

No teman — dijo el joven bajando del púlpito — ellos vienen por mí.

Los feligreses no supieron que hacer. Los cortesanos sacaron al hijo fuera del Beit-Hakneset, desvistieron la parte superior del cuerpo y vieron la cicatriz en el hombro.

Se acercó la reina a su hijo le dijo: ¡Hijo querido! ¿Porqué desapareciste sin informar que estás vivo?

— Yo soy judío y tú no lo eres — le respondió a su madre — cada cual debe seguir el camino que eligió.

— A pesar que eres judío, hoy volverás a nuestra religión y todo lo que hiciste quedará perdonado — exclamó la reina con emoción.

En lugar de responder, el hijo exclamó la proclamación de fe judía: “Oye Israel, D-s es nuestro D-s, D-s es uno.”

— Veremos como termina todo — gritó la madre con voz temblorosa.

Cuando escucharon los curas, que el hijo se negaba retornar a la religión de sus padres, lo tomaron al concluir Iom Kipur y lo arrojaron a la hoguera, actuando por propia decisión sin contar con el consentimiento real.

Cuando al día siguiente pidió la Reina Regina a uno de sus ministros que le traigan a su hijo, preguntó el ministro con gran asombro ¿Acaso no sabe Su Majestad que ayer fue arrojado a la hoguera por los curas?

Se enlutó la reina por su hijo, una larga época y no aceptó ser consolada.

No pudo castigar ni reprimir a los curas, ya que podían argumentar que ellos cumplieron con las leyes cristianas.

Los mismos curas temieron mucho de Regina, sabiendo que debían haber obtenido su consentimiento antes de actuar. Ellos enviaron un delegado con una propuesta de la iglesia: hay que asesinar a todos los judíos, debido a que ellos son los responsables de la muerte del príncipe. Si se hubieran negado a recibirlo en el seno del judaísmo, hubiera quedado fiel a su religión.

Esa noche soñó la reina con su hijo. Parecía como si su hijo estuviera parado a su lado en su cuarto y sobre su cabeza, velas encendidas.

El se dirigió a ella y le dijo: sabe madre, las velas que están sobre mi cabeza, son las almas que debían haber salido de mí, mas tus curas las cercenaron. Ahora ellos te incitan a cercenar la vida de los judíos de Tinra. Cuidate mucho de no escucharlos. Si intentas tocar a un solo judío será el final de tu ciudad como el de Sodoma y Gomorra — culminó sus duras palabras.

Se despertó la reina temblorosa de su sueño y comprendió que se trataba de un sueño, un sueño verdadero.

Se dirigió apresuradamente a ver a los curas — que no había visto desde el día en el cual quemaron a su hijo, los insultó y blasfemó y les advirtió de no causar daño a ningún judío.

Temieron mucho los curas por las violentas palabras de la reina y abandonaron por el momento sus maquiavélicos proyectos.

Con el correr del tiempo, calumniaron a los judíos con todo tipo de infamias e incitaron a las masas cristianas contra los judíos.

En el año 5210 de la Creación, fueron expulsados los judíos de la ciudad Tinra. Los expulsados sufrieron el duro deambular por los caminos sin saber adonde dirigirse.

Los curas obtuvieron un edicto real por el cual, desde ese día todo judío que entre a la ciudad, su carne será cortada en pedazos.

Durante cientos de años no vivieron judíos en la ciudad hasta el año 5541, en el que se escribió el cuento, de la boca de Rav Arie Leib Ashkenazi.

Fuente: traducido del judeo-árabe de un manuscrito de Rabí Aaron Hacoheh que a su vez copió de un manuscrito de Rabí Abraham Calfón.

El vendedor de mirtos volador

Una costumbre fija había, en la ciudad de Túnez, techar las sucot (cabañas que se deben construir en la Fiesta de las cabañas) con ramas de mirto, que se encontraban en abundancia en la ciudad.

La víspera de la fiesta, los árabes traían en sus burros al mercado grandes paquetes con ramas de mirto y las vendían a los judíos a precio de cuatro centavos de cobre cada paquete.

Uno de los años se reunieron los vendedores de mirto y decidieron encarecer el precio del mirto cinco o seis veces por encima del precio normal, bajo el argumento que la ganancia obtenida en el negocio era paupérrima.

Los vendedores estaban seguros, que los judíos no se abstendrían en comprar los mirtos a todo precio que les fuera exigido, para poder cumplir con el precepto de sentarse en la Sucá.

Parte de los vendedores, tuvo reservas acerca del abusivo aumento, pero luego de un corte debate, la mayoría decidió en favor del aumento.

Todos se pusieron de acuerdo en no vender el paquete de mirto a menos de veinticinco centavos el paquete.

Los judíos madrugaron la víspera y fueron al mercado a comprar paquetes de ramas de mirto para techar sus cabañas, antes de empezar a ocuparse de las demás necesidades de la fiesta.

Al entrar al mercado y ver que todos los puestos estaban repletos de mirto, estaban seguros que este año iban a ser vendidas las ramas a un precio inferior al normal.

Un judío se acercó a uno de los vendedores y le ofreció dos centavos por un paquete de mirtos.

No te pienses que vas a conseguir mirtos al precio de los años anteriores — dijo el vendedor — este año el precio es de veinticinco centavos. Pensó, el judío que el vendedor pidió un precio tan alto, debido a que el había ofrecido un precio muy bajo, y si aumentaría uno o dos centavos seguro aceptaría.

— Este año — dijo hay abundancia de mirtos agregaré otros dos centavos y dame un paquete de mirtos.

El vendedor árabe ni siquiera se molestó en contestarle al judío.

Se dirigió el comprador a otro puesto y también ahí le dijeron que el precio era de veinticinco centavos.

Recorrió el judío todo el mercado y todos los vendedores volvieron a repetir el mismo precio, sin excepción.

Entendió el judío que todos los vendedores se pusieron de acuerdo en no bajar del precio fijado. Se lamentó el judío en especial, por los judíos pobres que no podrían pagar el elevado precio.

Contó el hombre a sus compañeros sobre la malvada y abusiva confabulación de los vendedores de mirto musulmanes y rápidamente el rumor se extendió por el barrio judío, que el precio de los mirtos llegaba a las nubes sin ninguna justificación.

Los judíos se dirigieron al rabino de la ciudad el erudito Rabí Ieshuá Basis, que era un gran cabalista y conocido por sus maravillosos actos.

Los dignatarios de la comunidad fueron a ver al rabino y le contaron lo que ocurría con los vendedores de mirto.

Escuchó con gran atención el relato y les dijo: no teman, esperen y verán como los malvados tendrán su merecido.

Vistió el rabino su capa y salió al mercado y los dignatarios de la comunidad lo siguieron para ver que hará su venerado rabino.

Se acercó Rabí Ieshuá a uno de los vendedores y preguntó: ¿cuánto cuestan los mirtos?

Veinticinco centavos es el precio del paquete — dijo el vendedor y agregó este es el último precio y no reduciré un centavo.

Dijo el rabino: Bueno, quiero un paquete, toma el dinero y trae el paquete a mi casa.

Cargó el vendedor el paquete a su espalda y fue con el rabino hasta su casa y los dirigentes comunitarios los seguían por detrás.

Cuando el vendedor puso su pie sobre la escalera de la casa, elevó el rabino sus ojos al cielo, pronunciando el explícito nombre de D-s y en ese mismo momento comenzó el vendedor a volar junto con su paquete de mirtos.

El grupo de judíos que siguieron al rabino, se asombró ante la maravilla del hombre volador y Rabí Ieshuá ingresó en su casa como si nada hubiera pasado.

El hombre siguió volando y tomando altura y se veía desde el suelo como una pequeña ave con forma humana, volando sobre el firmamento.

Los habitantes de Túnez vieron maravillados la extraña escena y hubo aquellos que fueron al palacio real a contarle al rey lo que acontecía afuera y a decirle que no se pierda el asombroso espectáculo.

En un principio el rey se mostró incrédulo hasta que decidió levantarse de su trono y salir afuera, asombrándose mucho por el raro fenómeno.

Dijeron sus sirvientes: seguro que este fenómeno es consecuencia del accionar del rabino de los judíos, que es conocido por sus milagros y maravillas.

Envió el rey al rabino una carroza con varios ministros y les pidió que inviten al rabino a presentarse en el palacio, en su nombre y que le rindan todos los honóres posibles.

Llegaron los ministros a la casa de Rabí Jeshuá y le dijeron: Nuestro Señor, el rey pide a Su Excelencia que nos acompañe al palacio por un asunto muy importante y urgente.

Vistió el rabino su capa, colocó su turbante en su cabeza, subió a la carroza y viajó con los ministros al palacio.

Observó el rey por la ventana, que la carroza se aproximaba, salió el rey de su palacio y recibió cálidamente a Rabí Iesjuá y le dijo: "la paz sea contigo, mi señor, el rabino."

— ¡Paz y bendición! saludo el rabino y continuaran por unos instantes, las palabras de cortesía, hasta que el rey preguntó sigilosamente: ¿podría Su Excelencia explicarme qué es el extraño fenómeno del hombre que vuela con una carga en su espalda?

Una leve sonrisa se vislumbró por el rostro del rabino y contestó al rey: yo también desconozco el motivo.

Este hombre me vendió un paquete de rama de mirtos y le pedí que lo traiga a mi casa y desde que empezó a subir las escaleras de la casa hasta ahora vuela por los aires.

Al escuchar el rey estas palabras se le confirmó que el rabino es el responsable del misterioso espectáculo.

— Supe Rabino, supe que tú hiciste todo esto. Ahora pediré que me digas la verdad, ¿qué pasó? y ¿porqué? y yo castigaré a los responsables.

— Ahora el hombre volador va a bajar y él mismo contará lo sucedido y Sy sabia Majestad sabrá hacer según sabiduría.

Seguían hablando y el hombre volador cayó frente al rey y sollozando contó lo ocurrido. Desde que puse mis pies en la casa, sentí un fuerte viento que me levantó, junto con el paquete de mirtos que había sobre mi espalda sin poder hacer nada pare impedirlo. Sólo hace unos instantes — siguió el hombre sus palabras — sentí que el viento aminoró y empezó a descenderme lentamente hasta llegar al palacio de Su Majestad.

— ¿Porque pasó lo que pasó? — preguntó el rey al confundido vendedor de mirtos.

— Pienso que lo que pasó fue consecuencia de la confabulación de los vendedores de mirtos y yo entre ellos — que decidimos vender este año a los judíos cada paquete a la alta suma de veinticinco centavos de cobre.

Al escuchar el relato, se sorprendió el rey por la grandeza de Rabí Ieshuá y su capacidad de hacer milagros y maravillas y se enfureció con los vendedores de mirtos. Llamó a todos los vendedores y los reprendió por actitud desleal.

— ¿Cómo no se avergüenzan de exigir un precio tan disparatado? — les dijo y ordenó que dejen en cada casa dos paquetes gratis y si alguno desea más mirto, comprará el paquete a un precio máximo de dos centavos de cobre.

Se apresuraron los vendedores a cumplir con la voluntad real

y los judíos se llenaron de júbilo por las maravillas de Rabí Ieshuá y alabaron a D-s por Su salvación y su piedad.

Fuente: El libro Shibjei Tsadikim de Rabí Idan.

El joven consejero

A un sabio pobre y temeroso de D-s, le nació un hijo en su vejez.

El hombre fue embargado por una gran alegría, que D-s lo recordó en su ancianidad y preparó una espléndida fiesta después de la ceremonia de Brit Milá (circuncisión).

Al hijo lo llamó Jaim (vida) diciendo: Te de D-s longevidad y largos años de “vida.”

Cuando el hijo llegó a la edad de trece años, falleció el sabio y el hijo huérfano vivió en la pobreza y bajo duros apremios económicos junto con su madre.

Un día le dijo su madre: hijo mío sale al mercado a buscar trabajo, para que nos podamos mantener dignamente.

— Tú sabes madre — contestó el hijo que toda mi vida me ocupe del estudio de la Torá y desconozco las prácticas del comercio o de cualquier oficio.

— Debes ir a los dirigentes de la comunidad y ellos te aconsejarán en que conviene ocuparse — aconsejó su madre.

Se dirigió el hijo a los dirigentes de la comunidad y estos le propusieron comprar todo tipo de artículos de buhonería como botones, collares, etc, y venderlos en las aldeas vecinas.

— Lentamente aprenderás las normas del comercio, hasta que te conviertas en un próspero comerciante — lo alentaron. Pidieron de un comerciante judío que le compre mercadería y viaje con él por las aldeas vecinas durante los primeros días.

En un corto período, aprendió Jaim el oficio. Conoció las aldeas y los mercados, e iba solo a vender su mercadería.

Mas Jaim era muy aplicado en el estudio de la Torá, durante cada viaje llevaba un Tratado del Talmud con él y estudiaba durante todo tiempo libre.

Un día caminaba por el camino pensando en lo que había estudiado y repentinamente en medio del camino vio un deslumbrante palacio real de una belleza indescriptible y en la parte inferior una construcción de mármol.

Ese día era muy cálido y detrás del palacio había un lugar sombreado y agradable. Se sentó allí Jaim, abrió su libro y empezó a estudiar con gran concentración.

En ese instante abrió la reina la ventana vio al joven sentado y estudiando Torá y pidió de su sirvienta llamar al joven al palacio.

— Rabino sube al palacio — le dijo — la reina quiere verte. Al principio se asustó el joven por sus palabras, al no saber que quería de él la reina, pero la sirvienta lo tranquilizó.

Subió Jaim al palacio y la reina le preguntó: ¿Porqué viniste aquí, hijo mio?

Contó Jaim todo lo sucedido y que encontró un lugar con sombra bajo el palacio y decidió aprovecharlo para estudiar Torá.

— Te llame — dijo la reina — porque no tengo hijos, vi que tú estudias Torá y yo sé que la oración de los judíos es escuchada por el Creador. Por lo tanto, te pido que me bendigas y reces a D-s que me envíe un hijo que viva — concluyó la reina sus palabras.

— Su Majestad puede observar que yo soy muy joven y esta bendición debe darse por un gran sabio.

Pero de todos modos la reina insistió en su pedido y “Rabí Jaim” vio que no tenía alternativa y la bendijo: Sea Su voluntad, que D-s que recuerda a las mujeres estériles te recuerdo a ti y te envíe dentro de nueve meses un hijo lleno de vida y sano.

La reina le agradeció por la bendición y le ordenó a su criada vaciarle la bolsa llena de mercadería y llenarla con plata y oro.

Anotó su nombre y dirección y lo acompañó a su casa con uno de sus criados para que no lo asalten en el viaje.

Jaim ingresó a su casa y le entregó a su madre lo que recibió en el palacio y le dijo: He aquí suficiente dinero para mantenernos durante un largo tiempo. Por un largo tiempo no tendré que salir a vender y podré estudiar todo el día y le contó a su madre acerca del encuentro con la reina.

Pasaron nueve meses, y la reina dio a luz un hijo, cumpliéndose la bendición de Rabí Jaim. La alegría de los monarcas era enorme.

De todos los puntos del reino fueron enviados al rey importantes regalos y palabras de congratulación, mas la reina le dijo a su esposo, que su alegría no sería completa hasta que no llamen a Rabí Jaim, ya que sólo por su bendición nació el niño.

Envío el rey criados para llamarlo y después de una pequeña búsqueda lo encontraron y le dijeron: Nuestro señor, el rey nos envió para que te llevemos a su presencia.

Olvidó Rabí Jaim lo ocurrido con la reina y pensó: ¿Para que me quiere el rey? Se lamentó por el tiempo que perdería en el estudio de la Torá, pero no podía negarse.

Tomó un Tratado de Talmud bajó el brazo y viajó con los criados.

Al entrar al palacio, se alegró la reina con su llegada y le informó acerca del nacimiento del hijo y le dijo a su esposo que anuncie, que todas aquellos que les envían regalos, los entreguen a Rabí Jaim.

Rabí Jaim recibió numerosos e importantes regalos y el rey y la reina agregaron sus propios presentes, hasta que se transformó en una persona muy rica.

Le dijo el rey a Rabí Jaim: Trae a tu madre al palacio y yo les entregaré un lujoso cuarto en el palacio y podrán vivir conmigo toda vuestra vida.

Perdóneme Su Majestad — contestó Rabí Jaim — no podré aceptar le proposición debido a que necesito un lugar tranquilo para estudiar Torá.

Yo te aseguro que podrás estudiar Torá también en mi palacio, sólo cuando te necesito para aconsejarme contigo sobre algún asunto, te llamaré y escucharé tu opinión ya que vi que D-s te acompaña y cumple tu voluntad.

Hizo Rabí Jaim todo lo que le dijo el rey, trajo a su madre al palacio y el rey puso a su disposición un amplio y cómodo cuarto y Rabí Jaim se sentó y estudió Torá día y noche.

Vieron los cortesanos, los grandes honóres rendidos por el rey al joven judío y el amor que le profesaba y se encendió en ellos el fuego de la envidia.

Un día fue robado el dinero de la caja fuerte del rey y aconsejaron los ministros pedir a Rabí Jaim que revele al ladrón.

— Es un gran brujo y con seguridad podrá descifrar el enigma del robo — enfatizaron. Estaban seguros que Rabí Jaim no podría revelar el enigma y eso provocaría un deterioro de su figura delante del rey.

Le gustó la idea al rey y pidió de Rabí Jaim que encuentre al ladrón.

Pidió Rabí Jaim siete días de plazo para encontrar el ladrón.

El robo de la caja fuerte fue realizado por siete ladrones. Cuando estos supieron que el rey le dió a Rabí Jaim la misión de revelar al ladrón, decidieron subir al techo de su cuarto para escuchar lo que decía acerca de ellos.

Al atardecer entró Rabí Jaim a su cuarto y se sentó a estudiar Torá según su costumbre, hasta altas horas de la noche.

Le dijo su madre: Hijo mio, sabe que tu difunto padre, dividía el estudio del Zohar, en siete partes y cada día leía una parte.

Escuchó el consejo de su madre dividió el libro en siete parte y leyó esa noche la primer parte.

Al concluir su estudio le dijo a su madre: “hemos concluido con uno de los siete”, refiriéndose a una de las siete partes del Zohar.

Los siete ladrones que estaban sobre el techo, al escuchar las palabras, pensaron aterrorizados que a ellos se refería.

Los ladrones fueron presa del pánico y se dijeron entre ellos, si reveló uno de nosotros, seguro que pronto descubrirá a los demás. Por lo tanto decidieron subir al techo las siguientes noches, para escuchar el desarrollo de la pesquisa.

Siguieron subiendo al techo del cuarto de Rabí Jaim, durante cuatro noches y cada vez escucharon que Rabí Jaim había terminado con otra parte.

La quinta noche, escucharon que le dijo a su madre terminé con cinco de los siete, siendo su intención, que terminó de estudiar cinco partes de las siete partes en las que había dividido el libro.

Escucharon los ladrones estas palabras y se estremecieron ¿Cómo nos quedamos callados sin actuar? — exclamaron —

dentro de poco descubrirá a los dos que le falta, y nos denunciará al rey, que nos matará.

Deliberaron entre ellos y decidieron, que al día siguiente irían a ver a Rabí Jaim y le ofrecerían que no los denuncie a cambio de una suma de dinero.

Al día siguiente se presentaron los ladrones a Rabí Jaim y le dijeron: sabe que la caja fuerte se encuentra en nuestro poder, se encuentra enterrada en una cueva. Lo único que te pedimos es que no nos entregues al rey y haremos todo lo que nos exijas.

Le mostraron los ladrones el lugar donde estaba enterrada la caja fuerte y Rabí Jaim les prometió que no los iba a denunciar.

Se apresuró Rabí Jaim a ir al palacio y le dijo al rey: envíe changadores a traer de vuelta la caja fuerte al palacio, que ya averigüé donde fue escondida.

Se sorprendió el rey de su gran sabiduría y decidió otorgarle una condecoración; lo que provocó un aumento en la envidia de los cortesanos y ministros que buscaron un nuevo asunto para hacerlo fracasar.

Los ministros pidieron al rey probar nuevamente a Rabí Jaim para ver si realmente tan grande es su sabiduría — quizás el descubrimiento de la caja fuerte fue ocasional o causa del miedo de los ladrones y no consecuencia de su inteligencia — argumentaron.

— Si desean continuar probándolo pueden hacerlo — contestó el rey — pero sepan que podrá pasar todas las pruebas, ya que D-s lo acompaña en todo su accionar.

Fueron los ministros y trajeron una caja cerrada y pidieron del rey que envíe un emisario a llamar a Rabí Jaim, para que les diga el contenido de la caja.

Cuando llegó Rabí Jaim, le pidieron revelar que hay en la caja cerrada.

No supo lo que contestar y dijo: si no (Jaim) vivo no hubieran atrapado al pájaro. Su intención era: Si hubiera cambiado su nombre y no le hubiera contado a la reina que se llamaba Jaim, no hubiera sido atrapado por los ministros como un pájaro.

Pero el rey entendió de otra manera, que en la caja había un pájaro que todavía tenía vida.

Ordenó abrir la caja y efectivamente había un pájaro vivo en su interior.

Todos los presentes aplaudieron por su gran sabiduría y el rey le entregó una nueva condecoración.

Al pasar varios días, anclaron varios barcos en la costa de la ciudad capital.

El rey temió que se trataba de buques de guerra y le pidió a Rabí Jaim que revele que hay en el interior de los barcos.

Rabí Jaim, después de reflexionar unos instantes contestó: en la primera miel, en la segunda manteca y en la tercera alquitrán, siendo su intención: que las dos primeras preguntas supo las respuestas claramente como la miel y la manteca pero que la tercera estaba oscura como el alquitrán.

Quiso el rey enviar emisarios a verificar la verdad de la respuestas, pero justo llegó un enviado, informando que los barcos, no son naves de guerra sino buques comerciales, uno transporta miel, el otro manteca y el tercero alquitrán.

Todos los ministros quedaron anonadados ante su gran sabiduría y el rey lo llamó en privado y le dijo:

Ahora te doy permiso a regresar a tu casa. He visto la gran envidia que te tienen los ministros y temo que esa envidia te pueda provocar daño.

Agradezco a Su Majestad el permiso que me otorga, pero quiero pedir que me sea autorizado establecerme en la Tierra de Israel, la Tierra de Santidad.

Le explicó el rey dulcemente que no lo puede autorizar a viajar a un lugar alejado, ya que lo necesitaba para aconsejarse con él de vez en cuando.

Rabí Jaim calló, mas imploró y rogó a D-s que cambie el parecer del rey y le permite viajar a Erets Israel.

Un día pasó Rabí Jaim por el palacio y vio al rey y sus ministros sentados en el real gabinete y que abrieron las ventanas para respirar aire puro.

— Su Majestad — gritó Rabí Jaim — salga del palacio, debo hablar con Ud. sobre un asunto muy importante.

Aprovecharon los ministros para decirle al rey: Fijese Su Majestad, como Rabí Jaim, carece de los más mínimos modales para dirigirse al rey. Si tuviera un mínimo de modales debería venir personalmente al palacio y decir su importante mensaje.

Contestó el rey: la experiencia demuestra que todas sus palabras son ciertas y yo siempre me guío según sus consejos, por lo tanto bajaré y escucharé sus palabras.

En el momento que el rey descendió las escaleras, los ministros lo siguieron y cuando estuvieron fuera del palacio, éste se derrumbó y se transformó en un montículo de piedras.

— ¿Vieron con vuestros ojos? — preguntó el rey a sus ministros y continuó — si no hubiéramos salido del palacio, estaríamos todos muertos y ustedes todo el día pretenden difamar a Rabí Jaim que nos salvó la vida.

Por lo tanto pagaré su favor — culminó sus palabras — con otro favor y lo autorizaré a viajar a la Tierra de Israel y así se resolverán también vuestros problemas.

Llamó el rey a Rabí Jaim, le entregó una importante suma de dinero y le permitió viajar a Erets Israel junto con su madre.

Después de un corto tiempo llegaron Rabí Jaim y su madre a Erets Israel y vivieron allí una feliz vida.

Fuente: traducido del judeo-árabe del libro "Kerajem Ab" de Rabí Majluf Jadad.

El que cava la sepultura en ella caerá

Rabí Itsjak Abarbanel, era el Consejero del rey de España. El rey lo apreciaba profundamente y no hacía ningún acto sin consultarlo.

Todo viernes, se dirigía el rey a rezar a la iglesia y antes de las oraciones vestía nuevas ropas de los pies a la cabeza.

Rabí Itsjak era responsable de comprar las vestimentas. Los ministros del rey, envidiaron mucho a Rabí Itsjak y en especial era grande la envidia de uno de los ministros que llegó a confabular contra la vida del consejero judío.

Un día tomó el ministro una caja llena de oro y plata y se dirigió al zapatero donde solía Rabí Itsjak comprar zapatos para el rey.

— Sabe — dijo el ministro al zapatero — si haces lo que te ordenaré, te entregaré este caja llena de oro y plata, mas si no me escuchas te denunciaré al rey y te matará.

Contestó el zapatero: Mi señor estoy listo a cumplir con todo lo que me ordene.

Le pidió el ministro, toma este papel en el cual está escrito el nombre del Hijo de D-s y cóselo en un lugar no visible del zapato, así el rey pisará sobre este papel, cuando calce los zapatos.

Tomó el zapatero la caja con el oro y la plata y cosió el papel en interior del zapato y esperó la llegada de Rabí Itsjak.

Al pasar dos días llegó Rabí Itsjak y tomó los zapatos según la rutina para que el rey los calce el domingo antes de ir a la iglesia.

Fue el maquiavélico ministro a la iglesia y empezó a difamar a Rabí Itsjak delante del rey. Ese judío — dijo — odia a los creyentes y busca nuestro perjuicio.

— Yo sé defendió el Rey — que Rabí Itsjak es una buena persona y no odia a nadie. Yo lo pude comprobar en varias ocasiones.

Sepa Su Majestad que Rabí Itsjak se confabuló con el zapatero, escribió en un papel el nombre del Salvador y pidió del zapatero colocarlo en el zapato para que Su Majestad lo pise.

Respondió el rey severamente: Si encuentro el nombre del Profeta bajo la planta de mi pie, mandaré al judío a la hoguera, pero si no lo encuentro te arrojaré a ti en su lugar.

— Yo sólo digo la verdad — afirmó el ministro con evidente placer.

Al terminar las oraciones, se dirigieron el rey y el ministro a uno de los cuartos del palacio, el rey se descalzó, abrió la costura del zapato y pudo comprobar que el nombre de Jesús se encontraba en el lugar.

Se enfureció el rey y exclamó: veo que el judío es un embustero e impostor, hay que castigarlo con severidad.

Preguntó el rey a sus ministros y consejeros: ¿Cómo castigaré al judío?

Nuestro señor — contestaron todos los ministros al unísono — su castigo de acuerdo a nuestra religión debe ser quemarlo en el fuego.

Mandó el rey a llamar al panadero del Palacio y le ordenó: debes hacer todo lo que te ordene, en caso contrario te quemaré vivo.

— Haré todo lo que Su Majestad ordene — contestó el panadero con gran sumisión.

Escucha atentamente mis palabras — dijo el rey — debes encender el horno de la panadería durante tres días y tres noches.

Durante el tercer día enviaré uno de mis consejeros que te preguntará si hiciste lo que el rey ordenó.

Cuando escuches estas palabras, tomarás al hombre y lo arrojarás al horno. No debes fijarte en la importancia del hombre que diga las palabras, aunque fuera mi hijo.

Al día siguiente fue Rabí Itsjak al palacio como de costumbre y le dijo el rey que se quede en su casa durante tres días y que vuelva el tercer día.

Besó Rabí Itsjak la mano del rey y le respondió: estoy listo a hacer todo lo que el rey me pida.

Fue Rabí Itsjak a su casa, se sentó a estudiar y desconoció la sentencia que lo esperaba.

Al tercer día se levantó Rabí Itsjak fue a la sinagoga a rezar la oración de Shajarit y se dirigió al palacio.

Se alegró el rey al verlo y le dijo: Rabí Itsjak, por favor, dirígete a la panadería del palacio y pregunta al panadero si ya hizo lo que le ordene.

— Muy bien, pronto haré lo que Su Majestad, pide — respondió — y se apresuró a cumplir con la orden del rey. En su camino se encontró con un pobre judío. El pobre le pidió a Rabí Itsjak: hagame un favor y venga a mi casa, a la ceremonia de circuncisión, para completar las diez personas que participen en la ceremonia.

— Perdóname, pero debo cumplir con una orden urgente del monarca — se disculpó el rabino.

— Es una gran mitsvá — insistió el padre — y su cumplimiento no te va llevar mucho tiempo.

Se compadeció el rabino del judío y fue con él.

Se reunió un minian en la casa del pobre, llegó el mohel — circuncidador — y se realizó la ceremonia. Al terminar la ceremonia, el hombre pidió de los presentes, que se quedaran

en la fiesta. Entre tanto pasaron dos horas, desde que Rabí Itsjak entró en la casa hasta que salió. Al concluir la fiesta, pensó Rabí Itsjak ir a la panadería.

Mientras tanto el ministro responsable de la confabulación, no tuvo paciencia de esperar tanto tiempo y se apresuró a preguntar al panadero si Rabí Itsjak, ya fue arrojado al horno.

Se acercó al panadero y le preguntó: Nuestro señor, el rey pregunta, si ya hicieron lo que ordenó.

— Si, seguro, entra y mira con tus propios ojos — dijo el panadero. Cuando el ministro entró a la panadería, lo agarraron el panadero y sus ayudantes, lo ataron para arrojarlo al horno.

Gritó el ministro desesperadamente: Sepan que el rey se refirió a Rabí Itzjak, yo soy inocente. No nos interesa le contestaron — el rey dijo, que el que venga primero a la panadería y pregunte, debe ser arrojado al fuego, aunque fuera su hijo. Lo tomaron por la fuerza y lo arrojaron al horno convirtiéndose en cenizas en unos instantes.

Cuando la fiesta terminó fue Rabí Itsjak a la panadería y le dijo al panadero: el rey te saluda y pregunta si hiciste lo que ordenó.

Saluda a nuestro señor, el rey y dile que ya hicimos lo que nos ordenó y ya se transformó en cenizas.

Volvió Rabí Itsjak al rey y le dijo: Fui a la panadería y el panadero envía su saludo a Su Majestad e informó que el hombre ya se transformó en cenizas.

Se asombró el rey al ver a Rabí Itsjak en todo su esplendor y pensó: ¡esto es obra Divina!

Se dirigió el rey a su interlocutor y preguntó: Rabí Itsjak, fuiste a otro lado antes de ir a la panadería.

— No se enoje, Su Majestad — se disculpó — cuando me

dirigí a la panadería, me encontré con un pobre judío que me pidió mucho, que participe en la ceremonia de la circuncisión de su hijo. Me compadecí de él y participe en la ceremonia y en la fiesta. Sólo después hice lo que pidió Su Majestad.

Envió un sirviente a llamar al panadero, y cuando llegó le preguntó: ¿quién llegó primero a la panadería y fue quemado según lo ordene?

— Su Majestad, fue Fulano, que era uno de los ministros del gobierno. Cuando vino y preguntó si ya cumplimos con la voluntad del rey, lo tomamos, lo atamos con sogas y lo arrojamos al horno.

El nos dijo, que el rey se refirió a Rabí Itsjak, pero le dijimos que el rey nos ordenó quemar al primero que llegue a la panadería, aunque fuera su hijo.

Estuvo el rey seguro que del Cielo, condujeron los acontecimientos de manera tal, que Rabí Itsjak, se quedara en la casa del judío y que el ministro quemado haya ido en su lugar a la panadería.

Mandó el rey a llamar al zapatero y le dijo: Si me dices la verdad, quien te entregó el papel con el nombre del Salvador, que consiste en el zapato, bien; si no te quemare vivo.

— Su Majestad — confesó — el ministro que fue quemado me entregó el papel y yo lo cosí en el zapato de Su Majestad.

— Hice todo esto — intentó el zapatero disculparse — porque el ministro me amenazó, que encontrará la forma de matarme si no obedezco y confié en él, al ser un importante miembro del gobierno. Para reforzar sus palabras trajo la caja llena de plata y oro, que recibió del ministro.

Le dijo el rey a Rabí Itsjak: La Torá de ustedes estuvo acertada cuando dijo: “El que cava la sepultura en ella caerá” (Proverbios 26:27).

Por lo tanto — agregó el rey — todos los bienes del ministro que quiso matarte, los paso a tu poder.

La alabanza al Señor del Universo — culminó el rey — que impidió tu muerte, mató a tu enemigo en tu lugar y a mi me salvó de cometer una injusticia. De hoy en día no te abandonaré y te prestaré mi plena confianza.

Agradeció Rabí Itsjak Abarbanel a D-s que lo salvó del fuego y pensó: “Así sean exterminados los enemigos de D-s.”

Fuente: traducido del judeo-árabe del manuscrito de Rabí Aharón Cohen que a su vez copió del manuscrito de Rabí Abraham Calfon.

La Torá del Profeta Eliahu

Había un rey caracterizado por su rectitud y su bondad. El amaba a todos los habitantes de su reino y ellos lo amaban.

Un día quiso el rey acercarse a la religión judía, mas temió hácer esto en forma pública, ya que los sacerdotes musulmanes podrían intentar atentar contra él.

Llamó a los “cadies” y demás sacerdotes musulmanes y les preguntó: ¿las palabras de Moshé y sus enseñanzas son verdaderas?

Por su puesto, Su Majestad, que Moshé fue un verdadero profeta y su Torá es verdad, más aun Moshé fue llamado

Profeta de D-s y el profeta de los musulmanes fue llamado sólo Prófeta.

Les dijo el rey, yo quiero proponer algo: escribir la Torá del Profeta Moshé, para que lean de ella los judios como señal de amor y aprecio al Profeta de D-s? ¿Hay en la propuesta algún delito religioso?

— No, no hay ningún delito religioso — contestaron los sacerdotes musulmanes.

Mandó el rey a llamar a escribas judios y les preguntó: ¿Cuánto dinero ustedes piden por la escritura de un Sefer-Torá?

— La suma es de cincuenta majbub y escribiremos un Sefer-Torá muy bello — respondieron los escribas.

Estoy dispuesto a pagarles mil majbub — les dijo el rey — pero haré con ustedes un trato, si encontraré una sola letra que falta o agregada, les cortaré las manos.

Aceptaron los escribas escribir el Sefer-Torá. Curtieron cueros hicieron de ellos pergaminos, se sentaron en sillas cercanas a la mikvé, baño ritual, para poder purificarse y escribir el Sefer-Torá con un máximo de pureza y santidad.

Cuando concluyeron el Sefer-Torá, se lo trajeron al rey.

El llamó a judíos expertos en examinar Sifrei-Torá y les dijo: Deseo que examinen el Sefer-Torá, por cada error que encuentre les pagaré cincuenta majbub.

Examinaron el libro detenidamente, sin encontrar un solo error.

El rey ordenó hacer al Sefer-Torá, un estuche de oro adornado con dfamantes y preparó una gran fiesta.

Trajo el rey sabios que estudien de la Torá día y noche, pagándoles su salario y después de tres meses, llevaron el Sefer-Torá a la sinagoga.

Los dirigentes de la comunidad solicitaron al rey que coloque guardianes en la sinagoga, durante los noches, ante el temor que haya ladrones que intenten robar el Sefer-Torá con sus valiosos adornos.

— ¿Si el Sefer-Torá no puede cuidarse de los ladrones, ¿qué tipo de bendición hay en él? Seguro que él podrá cuidarse solo — respondió el rey rechazando la propuesta.

Los ladrones de la ciudad escucharon acerca del valioso estuche del Sefer-Torá y decidieron apropiarse del mismo.

Siete ladrones ingresaron a la sinagoga, para robar el estuche, cuando se aproximaron a la arca en la cual se encontraban los Sifrei-Torá, se abrió la tierra y fueron tragados por ella hasta el ombligo, quedando atrapados sin poder salir.

Cuando los judíos vinieron a rezar a la sinagoga, vieron a los siete ladrones hundidos en la tierra, gritando. Fueron los jefes de la comunidad, le contarón al rey todo el asunto y se dirigió el rey en persona a la sinagoga y cortó la cabeza de los ladrones con su espada, los colgó en el pórtico de la ciudad y sus cuerpos fueron incinerados.

Ese mismo día salió un anuncio real que el mismo castigo recibirá todo aquel que atente contra el Sefer-Torá del rey.

Pidió a los judios, que todo viernes le sea traído el Sefer-Torá a su palacio y él en persona lo llevaría a la sinagoga.

Un día visitó en la ciudad un gran sabio y vio que el viernes transportaban el Sefer-Torá al palacio y les dijo a los jefes de la comunidad, que es una afrenta a la santidad del Sefer-Torá, el traslado semanal al Palacio Real.

El sabio aconsejó: todo viernes cambien los pergaminos del Sefer-Torá por pergaminos vacios.

El consejo contó con la aprobación de los jefes de la comunidad y todas las semanas le llevaban al rey el estuche de la Torá con pergaminos vacios en su interior.

En esa ciudad había un judío renegado, que fue al rey y le denunció que los judíos lo engañan y en vez de traerle semanalmente el Sefer-Torá le traen pergaminos sin ningún contenido.

Al escuchar esto, el rey se enfureció y juró: si la denuncia es verídica mataré a todos los judíos. Le prohibió al judío salir de su casa, para evitar que los judíos escuchen acerca de la denuncia.

El jueves por la noche el criado de la sinagoga abrió la arca de la sinagoga para efectuar según la rutina el cambio de los pergaminos.

El viernes a la mañana abrió el criado la sinagoga se asombró al ver la gran luz que iluminaba todos los rincones del Beit-Hakneset y un hombre anciano que escribe los pergaminos de la Torá y le faltan sólo cuatro filas para terminar el libro.

— “La paz sea contigo” — saludo el criado al anciano y preguntó: ¿Quién eres?

— Contestó el anciano: Yo soy el Profeta Eliahu, y contó todo lo que sucedió, por lo tanto D-s me envió para escribir los pergaminos.

— ¿Porque tú mismo te molestaste en venir: en vez de informar a uno de los sabios y no hubiéramos cambiado el pergamino — preguntó el criado absorto por lo que veían sus ojos.

Hoy una gran peste atacará a los musulmanes — contestó el Profeta Eliahu — similar a la que atacó a los filisteos en Beit-Shemesh.

Cuando terminó Eliahu la escritura del Sefer-Torá, lo colocaron en el estuche del Sefer-Torá del rey y fue llevado al palacio como todo viernes.

Esperó el rey en el patio del palacio y la explanada estaba llena de soldados armados.

Cuando entró el criado al patio transportando el Sefer-Torá ordenó el rey al criado que abra el Sefer-Torá.

Preguntó el criado: ¿Qué pasa hoy que Su Majestad quiere ver la escritura del Sefer-Torá?

— Hoy quiero verlo — respondió el rey colérico — sin dar mayores explicaciones.

Cuando abrió el Sefer-Torá una gran luz irradió de él. El rey al ver las letras brillantes y luminosas cubrió sus ojos, los soldados se acercaron a ver las letras y no quedó de ellos un solo sobreviviente.

Tomó el rey al judío renegado que fue responsable de la “falsa denuncia” y lo condenó a la hoguera.

De hoy en adelante — dijo el rey al criado de la sinagoga — no me traigas mas el Sefer-Torá. Yo en persona iré a verlo todos los viernes.

Retornó el criado el Sefer-Torá al Beit-Hakneset y todos los judíos agradecieron a D-s por el gran milagro.

Fuente: traducido del judeo-árabe del libro “Jag Hapesaj” de Moshé Idan.

Rabí Abraham Ibn Ezrá ayuda a Rambam

Cuando Rabí Moshé, Ben Maimón estaba en Egipto, era muy amado por el rey y lo nombró su médico personal.

De vez en cuando invitaba el rey a Rambam y le proponía jugar ajedrez.

Con su gran inteligencia, por lo general Rambam vencía al rey, y pocas veces venció el rey en el juego.

Una vez, cuando jugaban ajedrez. Le dijo el rey: estoy saturado de jugar el ajedrez sin ningún objetivo.

Si jugaríamos por dinero, yo no necesito tu dinero y tú no querrías tomarlo en caso que vencieras, por lo tanto propongo que juguemos por nuestra “religión.”

— Si yo gano en el juego debes convertirte al Islam y ser musulmán como yo y si tú ganas estoy dispuesto a ser judío.

Escuchó Rambam absorto las palabras del rey y no supo que contestarle.

El rey lo obligó a dar su consentimiento a las condiciones del juego contra su voluntad.

Pensó Rambam que en ese juego prestaría toda su atención y no tenía lo que temer.

Llamó el rey a téstigos, escribió las condiciones en un documento y firmaron ellos y los téstigos y el juego comenzó...

El hecho que Rambam, estuvo dispuesto, por lo menos teóricamente, a convertirse no encontró gracia en los ojos de D’-s. Por lo tanto, esta vez Rambam a pesar de la gran concentración depositada en el juego cometió varios errores y cuando se acercaban al final parecía que el rey iba a triunfar.

Muy grande era la preocupación de Rambam y la alegría del rey.

De repente, se presentó en el palacio un hombre de semblante esplendoroso y de importante apariencia, que pidió ver al rey por un asunto muy urgente e importante.

Autorizó el rey al hombre a ingresar a su despacho.

Entró el hombre, le besó la mano al rey e hizo como si descansará de un largo viaje.

Movió su cabeza, vió a Rambam jugando al ajedrez con el rey, lo miró varios instantes y le dijo al rey.

Su Majestad, debo agradecer al Creador del Universo que me ayudó a encontrar a mi deudor y elevó un dedo acusador sobre Rambam.

Luego de una pequeña interrupción, continuó diciendo: Hace un tiempo le preste a este hombre una muy importante suma de dinero y cuando llegó el tiempo de la devolución negó por completo el préstamo.

Al escuchar el rey observó con asombro el semblante de Rambam no creyendo, que él pudiera hacer un acto semejante.

— No tomé dinero prestado de este hombre y ni siquiera lo conozco — afirmó Rambam. El hombre con rostro colérico le dijo a Rambam: — ¿Cómo no te avergüenzas, un hombre de tu envergadura, consejero del rey como te atreves a negar el préstamo?

Una tormentosa discusión se desató entre los dos y al final el presunto acreedor dijo: Su Majestad, yo ya sé que mi dinero esta perdido, lo único que pido que este hombre me jure que no tomó el préstamo, y que jure de acuerdo al juramento que yo diga de manera tal, que no pueda jurar de forma que se pueda entender que no va a ser castigado por su juramento.

Aceptó el rey el pedido del hombre y éste se dirigió a Rambam, y le dijo: estoy por hacerte jurar un muy grave juramento. Te conviene confesar antes de que jures.

Se rio Rambam de estas palabras y volvió a decir que no lo conocía y no tenía de que temer.

Sacó el hombre con rapidez un pañuelo, le dio un extremo del mismo a Rambam y le dijo: Si son ciertas tus palabras jura por el Creador de acuerdo a este juramento.

Formuló el hombre un largo juramento en el cual insinuó como debía jugar Rambam para vencer en el partido de ajedrez.

Al final dijo: si montarás sobre el caballo vendrá la salvación, tomó el pañuelo de la mano de Rambam, saludó al rey y se alejó con duro semblante.

Continuaron Rambam y el rey con el juego, Rambam entendió las insinuaciones del desconocido y puso todos sus esfuerzos en el caballo, cambiando en unos instantes el desarrollo del juego.

Luego de un breve desenlace venció Rambam al rey.

— ¿Que pasó? — preguntó el rey sorprendido — siempre nos lleva bastante tiempo terminar un partido y esta vez diste vuelta todo el desenlace en unos instantes.

En un principio intentó Rambam explicar que empezó a prestar mucha atención en el juego, pero el rey no aceptó el argumento.

No quiso Rambam contar lo ocurrido por temor de que no considere el rey la victoria como verdadero triunfo y empezó a pensar que decir.

— ¡Su Majestad! ¿Usted reconoce que yo soy el vencedor?

Entendió el rey que había un secreto en el asunto y contestó: Reconozco que eres el vencedor, sólo revelame que ocurrió y le entregó el documento firmado para demostrarle que lo considera el triunfador.

Explicó Rambam, el hombre que vino delante nuestro y me

exigió el pago de la deuda, me aconsejó que hacer por intermedio de su extraño juramento.

No creyó el rey estas palabras y preguntó: ¿Cómo es posible semejante cosa ¿Quién le dijo que jugamos ajedrez ¿Cómo puede saber el desarrollo de nuestro juego?

Sepa Su Majestad, afirmó Rambam que la sabiduría de los grandes sabios es comparable a la de los profetas y pueden conocer cosas ocultas. Si quieres verificar mis palabras, busca al sabio y él contará la verdad.

Fue enviado un sirviente a buscar al sabio y después de intensa búsqueda fue localizado en una pequeña callejuela.

Lo invitó el rey a sentarse el sabio intentó continuar con la “representación”, pensando que Rambam volvió de su juramento.

El rey y Rambam intercambiaron miradas y sonrisas y después del preámbulo le dijo el rey al hombre: No ocultes tus verdaderas intenciones y el consejo que insinuaste a Rambam. Yo te he llamado para averiguar: ¿De dónde sabías que jugabamos ajedrez? ¿Cómo sabías la posición del partido?

Vio el hombre que no podía continuar con la representación y con una sonrisa en su boca dijo: Ante todo debo pedir disculpas de Su Majestad por lo que pasó. No soy profeta ni ángel, soy un hombre llamado Abraham Ibn Ezzá de la ciudad de Toledo, España. D-s nos entregó sabiduría Divina con la cual podemos efectuar actos sobrenaturales.

— Sentí — continuó Rabí Abraham — que ustedes juegan ajedrez y supe la condición del juego. Rambam no debió aceptar la condición pero D-s se compadeció de él cuando vio que estuvo arrepentido de haber aceptado la condición y recibí permiso Celestial para ayudarlo.

En ese instante pronuncie el “Nombre Explícito de D-s” y llegue en unos minutos a Egipto, pensé en la “representación” que hice y aconsejé a Rambam como vencer.

Se asombró mucho el rey de todo el relato y decidió convertirse al judaísmo. Estudió los fundamentos del judaísmo con Rabí Ibn Ezrá, que después de un breve periodo en Egipto volvió a España.

Después el rey pidió de Rambam que haga un “salto en el camino” como hizo Rabí Abraham.

Cumplió Rambam con el pedido del rey. Pronunció Rambam el “Nombre Explícito” y en ese momento desapareció y después de medio día volvió Rambam llevando en su bolsillo objetos que trajo de uno de los países de Europa.

Trajo un documento firmado por testigos y el sello real que testimonia que Rambam estuvo en el lugar, compró una casa y en su mano las llaves de la casa.

Cuando el rey vio todas estas maravillas, fue mayor sus deseos de estudiar Torá y Rambam se sentó con él y le enseñó.

El rey se convirtió en un temeroso de D-s, amó al pueblo de Israel, lo ayudó en todo lo que pudo para que vivan en paz y seguridad toda la vida.

Fuente: traducido del judeo-árabe de la revista “Luz de la Luna.”

Glosario

Arvit o *Maariv*, *Shajarit* y *Minjá*: Oficios religiosos de la noche, la mañana y la tarde.

Beit-Midrash — literalmente “casa de estudios sagrados, que también en muchos casos es utilizado como Beit-Hakneset, “casa de la Asamblea” — sinagoga.

Las dos “casas” terminaron a menudo por formar una sola, o al menos acercarse, prolongándose las oraciones en estudio y estudio en oraciones.

Cabalá el conjunto de la tradición “mística” judía, la parte oculta de la Torá.

Havdalá — separación, ceremonia con la cual se despide al shabat-sábado y se lo separa de los días profanos.

Tefilin — filacterias, dos cajas de cuero negro con correas conteniendo pergaminos de la Torá, que el judío debe colocar en su brazo y sobre su frente. (Deut. VI, 8).

Tsedaka — literalmente justicia, rectitud, piedad, utilizándose el término con el sentido de acciones de beneficencia y caridad a las cuales el judío está obligado por la Torá.

Zohar — El libro del Esplendor, libro básico de la Cabalá que la tradición adjudica a Rabí Shimón Bar Jojai.